Los Hollister

Y EL MISTERIO DE LOS GNOMOS

33



JERRY WEST

¡Los niños Hollister vuelven a embarcarse en una nueva y excitante aventura! Todo empieza cuando reciben una carta de su abuela, que vive en Canadá, escrita en un divertido código: «Queridos niños: Hoy la abuelita os escribe en clave. Es Braille. ¿Os gustaría venir a visitarme y conocer a una amistad mía muy especial? Además, quisiera que pudieseis resolver el misterio de los gnomos de medianoche. Con cariño de vuestra abuela».





Jerry West

Los Hollister y el misterio de los gnomos

Los Hollister - 33

ePub r1.1

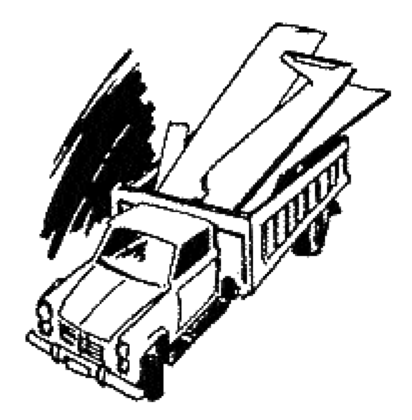
nalasss 16.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Mystery of the Midnight Trolls*
Jerry West, 1969
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



LA CARTA PERDIDA



—¡Ahí llega el planeador de papá! —gritó Ricky Hollister, corriendo por el césped.

—¿Por dónde? —preguntó su hermana Holly, de seis años, mirando al azulísimo cielo estival.

—No es por ahí, boba —replicó Ricky, que tenía siete años y el cabello rojizo—. ¡Llega por la carretera!

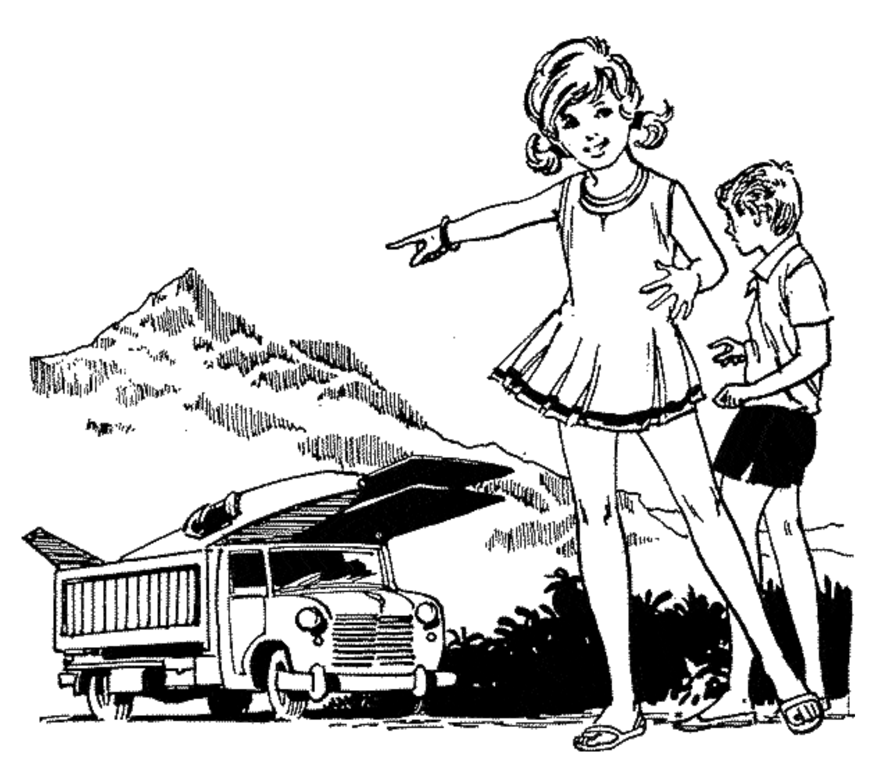
—¡Aaah!

Holly echó a correr detrás de su hermano, sacudiendo las graciosas trenzas.

El hogar de los Hollister se encontraba situado entre el Lago de los Pinos y la carretera de Shoreham.

Al llegar al bordillo, Ricky y Holly pudieron ver una camioneta que llevaba el largo fuselaje de un avión, y las alas y demás accesorios del mismo.

Varios niños de la vecindad corrían tras el vehículo, cuando entró en el camino del jardín.



—Voy a volar en el avión, en cuanto le pongamos las alas —declaró Holly.

—¡Es fantástico! —opinó Dave Meade, un muchachito de doce años—. Pero, oye, ¿dónde están los otros chicos?

Porque había otros tres hermanos Hollister. Pete, el mayor, tenía doce años, y le seguía Pam, de diez. Los dos habían salido en bicicleta para hacer un recado a su madre. Sue era la pequeñita de la familia. Tenía cuatro años y, hasta entonces, había estado dentro de la casa, jugando con sus muñecas. Pero en aquel momento abrió de par en par la puerta de tela metálica de la fachada y salió a toda la velocidad que sus piernas, cortas y gordezuelas, le permitían.

Cuando la chiquitina se aproximaba, de la camioneta descendió el señor Hollister, un hombre alto, de anchos hombros y con una sonrisa simpática y juvenil. Le siguió Indy Roades, que estaba empleado en el Centro Comercial, un establecimiento de la zona comercial de Shoreham, donde se vendían artículos de ferretería y deportes, así como juguetes y que era propiedad de los Hollister.

El padre de los Hollister era un entusiasta de la aviación y había

construido un planeador en el gran garaje que tenía detrás de la tienda. Ahora pensaba concluir el montaje en su propiedad, a orillas del Lago de los Pinos.

Detrás de Sue, que ya echaba los brazos al cuello de su padre, llegó la guapa y elegante señora Hollister, que exclamó:

—¡Pero, John, no sabía que tu planeador fuese tan grande!

En aquel momento se oyó el chimar de llantas de bicicleta, y Pete y Pam aparecieron en el camino del jardín. Pete era un muchachito fornido, alto y de ojos azules. Pam tenía un dulce carácter, y bonito cabello, que se agitó con la brisa cuando la niña se detuvo y saltó de la bicicleta.

Sonrientes, los dos mayores se unieron al grupo de niños que observaban emocionados cómo los dos hombres descargaban el fuselaje en el patio, al lado del garaje. Luego, Pete y su amigo Dave ayudaron a descargar las alas para dejarlas junto al fuselaje.

—¿Es verdad que vuestro padre montará en ese aeroplano sin motor? —preguntó con extrañeza Donna Martin, una niña de siete años.

Ricky se apresuró a responder:

—¡Claro! ¡Es muy bien aviador!

Entonces avanzó entre el grupo un muchacho algo más desarrollado que Pete, con las manos hundidas en los bolsillos. Era Joey Brill, compañero de clase de Pete, y de la misma edad que el mayor de los Hollister. Pero en lugar de sonreír afable, como era costumbre en Pete, Joey siempre fruncía el ceño, malhumorado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó dándose mucha importancia.

—Papá ya tiene el velero preparado —respondió Pam.

—Querrás decir el planeador.

—No. He dicho velero —replicó Pam—. Lo mismo puede decirse planeador como velero.

—Mi padre ha construido ese aparato —dijo Pete, con orgullo.

—Papá es también inventor —añadió Ricky, algo fanfarrón, mientras observaba cómo los dos hombres montaban las alas.

Joey dio un resoplido y echó a andar en torno al planeador, para verlo bien desde todos los ángulos.

—Yo diría que este trasto no sirve para volar ni un tanto así —declaró Joey.

—Claro que volará. Y yo acompañaré a mi padre —informó Pete.

En tono retador, Joey preguntó:

—Crees muy grande a tu padre, ¿verdad?

—Claro.

—Pues mi padre hace cosas más importantes que el vuestro.

—Eso a mí no me importa —contestó Pete, alejándose.

Antes de que Joey hubiera tenido tiempo de pensar más frases desagradables que decir, apareció el cartero, que tendió un puñado de sobres a los Hollister.

Pam corrió a recogerlos, preguntando:

—¿Todas son para nosotros, señor Barnes?

—Todas y cada una de ellas, jovencita.

Pam dio las gracias al hombre y empezó a leer los nombres de los sobres, mientras se aproximaba a su madre. Un gran sobre con el matasellos de Froston, Canadá, iba dirigido a los Felices Hermanos Hollister.

—¡Es algo de la abuelita! —exclamó Pam, entusiasmada.

Mientras los demás niños miraban con gran interés, Pam sacó una cuartilla de grueso papel. En el papel había una serie de puntos, dispuestos de manera extraña.

Ricky prorrumpió en una exclamación de asombro:

—¡Canastos! La abuelita nos manda un mensaje muy raro.

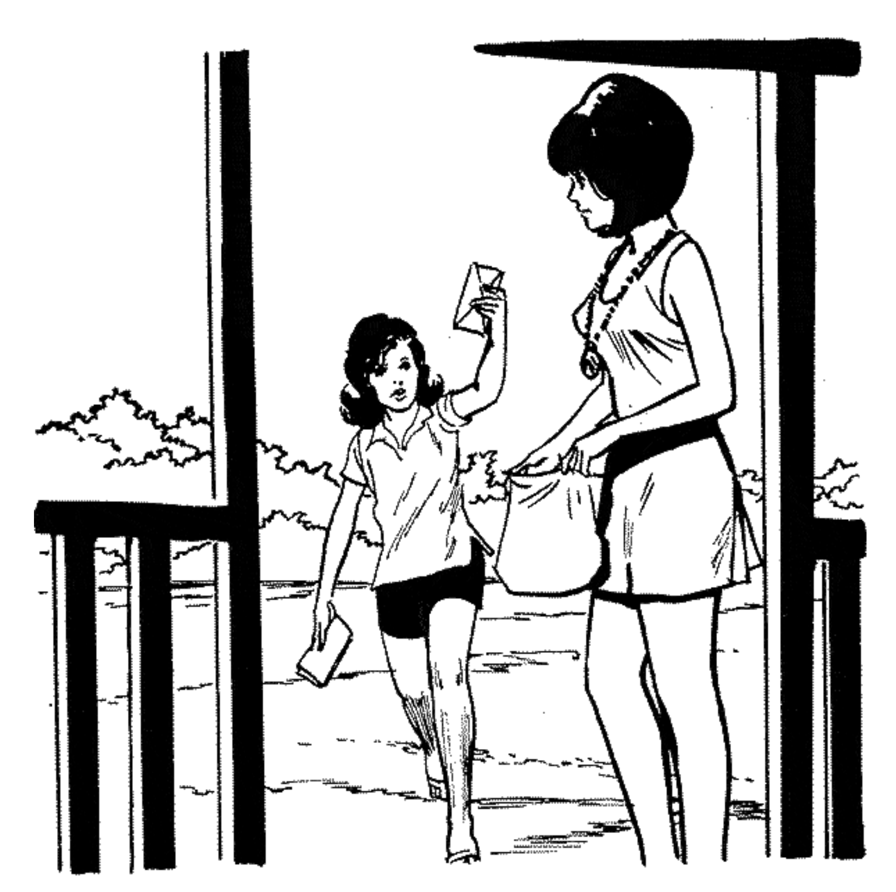
—Sí. Un mensaje en clave de puntitos —dijo Holly, con una risilla, retorciéndose una de sus trenzas.

La señora Hollister explicó a sus hijos que se trataba del sistema Braille, la escritura empleada para los ciegos.

—¿No será que la abuelita…? —empezó a preguntar Pam, preocupada.

—No. No le ocurre nada a vuestra abuela —aseguró la señora Hollister.

Y explicó que la abuelita había trabajado durante un tiempo en la preparación de libros para ciegos, en el Canadá. Los abuelitos Hollister vivían allí desde que tuvieron la edad del retiro.



—La abuela tiene una máquina especial para escribir en Braille —aclaró la madre.

—¿Puedo ver la carta? —preguntó Ricky, y tomó la cuartilla para mostrársela a sus amigos, diciendo con suficiencia—: Es la clave secreta de mi abuela.

Joey Brill se acercó al momento y, antes de que nadie pudiera impedírselo, se apoderó de la carta escrita en Braille.

—¡Eh! ¡Devuélvemela! —gritó Ricky.

Pero el camorrista se alejó a toda prisa; tan sólo se detuvo un instante para volver la cabeza y sacar la lengua al pequeño.

Ricky corrió en su persecución. En seguida, Pete, Pam y Dave le imitaron, trotando hacia la calle. Pero al llegar allí y mirar a uno y otro lado no pudieron ver a Joey por parte alguna.

—¿Hacia dónde iba, Ricky? —preguntó Pam a gritos, a su

hermano, que se había detenido, desorientado, dos manzanas más allá.

—No lo sé. Ha desaparecido entre aquellas dos casas.

—Joey es malísimo —dijo Dave, indignado.

—No os preocupéis. Su madre nos devolverá la carta —afirmó Pam.

—Iré a su casa ahora mismo —decidió Pete—. ¿Quieres venir, Pam?

—Voy.

Los Brill vivían cerca y los Hollister llegaron a su casa a los pocos minutos. Joey estaba en el porche de la fachada, balanceándose en una mecedora.

—¿Qué queréis? —preguntó, agresivo.

—Ver a tu madre —repuso Pam.

—No está en casa.

Al oír voces, la señora Brill, con las manos enharinadas, apareció en la puerta.

—¡Válgame el cielo! ¿Ya estáis discutiendo otra vez? ¿De qué se trata ahora?

—Joey nos ha arrebatado una carta que nos envió mi abuela —dijo Pete—, y queremos que nos la devuelva.

—¡Bah! Yo no tengo ninguna carta —masculló Joey.

—No era una carta corriente —explicó Pam—. Estaba escrita en Braille.

—¿El sistema para ciegos?

—Sí, señora.

—Pero, en vuestra casa no hay ningún ciego —objetó la señora Brill—. ¿Cómo iba a llevarse mi Joey una carta para un ciego?

—La escribió mi abuela, que ayuda a los ciegos —insistió Pam.

La señora Brill se limpió las manos en el delantal y miró a Joey, ordenándole:

—¡Devuelve esa carta!

—No la tengo.

A Pam se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Señora Brill, Joey está mintiendo. Nosotros le hemos visto llevarse la carta.

La señora miró severamente a su hijo y exigió:

—¡Devuelve la carta ahora mismo!

Al ver que su madre se aproximaba a él, Joey gimoteó:

—Es que… No… No la tengo ya.

—¿Dónde está?

Joey repuso que se había guardado la carta en el bolsillo de la camisa, pero que mientras corría, camino de su casa, se le cayó y no pudo encontrarla.

Muy desalentados, los Hollister dieron media vuelta y se alejaron, preguntándose si al perderse la carta se habría perdido, también, algún importante secreto. ¿Qué habría escrito en la carta su abuela? ¿Sería algo que requiriese una respuesta rápida?

Cuando llegaron a casa les sorprendió ver a un fotógrafo que estaba tomando fotografías del planeador. Mientras, su padre hablaba con un reportero.

—Tengo pensado tomar parte en algunas exhibiciones —dijo, y añadió que muy pronto pondría a prueba su dos plazas.

A la hora de la cena, los Hollister hablaron de los acontecimientos del día. Lo relativo al planeador era agradable para comentarlo, pero no ocurría lo mismo con lo que se refería a la carta de la abuelita. Era preciso escribirle en seguida, y hacerle saber que su carta se había perdido.

Al concluir la cena, el señor Hollister dijo:

—Vamos, muchachos. Tenemos que atar bien el planeador, para que el viento no se lo lleve por la noche.

Ricky arrugó la naricilla, al tiempo que se rascaba la cabeza y preguntó:

—¿Es para que no se escape volando?

—Si esta noche se levantase un viento fuerte, se elevaría hacia el cielo como una cometa —aseguró el padre.

Y luego dijo a sus hijos que sería preciso atar unas cuerdas alrededor de las alas y sujetarlas a unos pernos clavados en tierra.

Una vez concluido aquel trabajo, Pam llamó a «Zip», el perro pastor de la familia, que se presentó al momento y lamió las manos de su ama.

—Túmbate, «Zip» —pidió Pam.

En seguida enganchó al collar del perro una cadena y el extremo opuesto lo ató a un árbol.

—«Zip» puede quedarse a hacer guardia aquí, por si acaso.

Mientras iba cayendo el crepúsculo en el Lago de los Pinos, Ricky, Sue y Holly se entretuvieron en buscar luciérnagas por los alrededores de la casa, las cuales guardaban luego en un tarro de cristal.

Algo más tarde, desde el interior de la casa, la señora Hollister llamaba a sus hijos.



—Ya es hora de acostarse.

Ricky hizo unos agujeros en la tapa de hojalata y la enroscó al tarro donde tenía las luciérnagas.

—¿Puedo llevarme las luciérnagas a mi habitación? —preguntó.

—Está bien —asintió la madre—. Pero deja libres a esos pobres animales por la mañana.

Justamente cuando Pete se disponía a subir las escaleras camino de su dormitorio, «Zip» empezó a ladrar. El chico se precipitó hacia el exterior.

—¡Silencio! ¡Silencio, «Zip»! —ordenó.

El obediente perro pastor dejó de ladrar, pero prorrumpió en aullidos y gruñidos apagados.

Pete miró en torno suyo, aunque no pudo ver a nadie. Sin embargo, súbitamente, captó un crujido. Luego, cuando sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, vio a un hombrecillo que, doblado por la cintura, para pasar desapercibido, corría por el camino del jardín.

—¡Oiga! ¿Qué desea? ¡Deténgase! —gritó Pete, echando a correr tras el intruso.

Pero, cuando el muchacho llegó a la calle, el hombre había desaparecido. Desde el porche, el señor Hollister preguntó a su hijo:

—¿Quién era?

—No lo sé, papá. Estoy mirando…

Y Pete miró y escuchó por entre los arbustos que bordeaban la carretera.

¡De pronto, algo le rozó ligeramente la pierna, y Pete gritó asustado!

APRENDIENDO UNA CLAVE



Pete quedó inmóvil, aterrorizado, temeroso de volver la cabeza hacia la cosa que ascendía por su pierna. Si se trataba de una serpiente, podía morderle en cualquier momento.

Estaba a punto de dar un manotazo a aquella cosa desconocida, cuando a su espalda una voz dijo:

—No tengas miedo.

Con las rodillas trémulas, Pete volvió la cabeza lentamente para mirar por encima de su hombro. Y se encontró con un hombre delgado, encorvado, de ojos que no parpadeaban.

En la mano llevaba un blanco bastón, con el que daba golpecitos en la pierna de Pete.

El muchacho seguía tan asustado que no logró hacer salir de sus labios una sola palabra. El hombre le preguntó:

—¿Eres uno de los Hollister?

—Sí… Soy Pete. —Al decir esto consiguió sonreír con un esfuerzo—. ¡Qué susto me ha dado! ¿Fue usted quien salió corriendo de nuestro jardín?

—Sí. Pero ten la bondad de llevarme a tu casa, Pete —pidió el desconocido—. Y no permitas que tu perro me muerda. Tú ve

delante, yo te seguiré.

Pete quedó un momento pensativo. Pero el desconocido le pareció una buena persona.

—Está bien —dijo.

Dio media vuelta y echó a andar por el camino del jardín, lentamente. Tras él iba el desconocido, golpeteando con su bastón.

De repente se dio cuenta de que el desconocido debía de ser ciego. Inmediatamente se detuvo para preguntar:

—¿Me permite que le tome del brazo, señor?

—No, no. Tú ve delante, hijo. Puedo seguirte perfectamente.

El señor y la señora Hollister se encontraban en el porche.

—Papá, mamá, este señor quiere veros —dijo Pete, conduciendo al visitante a la sala.

—¿Cómo está usted? —preguntó, amablemente, la señora Hollister, comprendiendo en seguida.

El padre de los Hollister se presentó y ofreció asiento al desconocido. Mientras palpaba el asiento con el bastón, el ciego dijo:

—Me llamo Kovac. Tengo algo que les pertenece.

Encontró la posición del sofá y se sentó, al tiempo que buscaba en su chaqueta, de la que sacó un mensaje escrito en sistema Braille.

—¡Santo cielo! —exclamó la señora Hollister—. ¡Si parece la carta que perdieron mis hijos!

—¡Claro que lo es! —concordó Pete.

—Muchas gracias —dijo Pam—. Pero ¿cómo sabía usted que era para nosotros?

El señor Kovac sonrió al responder:

—Va dirigida a los Felices niños Hollister. ¿Queréis que os lea la carta?

—¡Sí, sí! Háganos el favor —pidió Pam—. La carta es de nuestra abuela.

Los dedos del ciego fueron pasando sobre la carta. Empezó a decir:

—«Queridos niños: Hoy la abuelita os escribe en clave. Es Braille. ¿Os gustaría venir a visitarme y conocer a una amistad mía muy especial? Además, quisiera que pudieseis resolver el misterio

de los gnomos de medianoche. Con cariño de vuestra abuela». Eso es todo —concluyó Kovac.

Entre tanto, tres siluetas en pijama aparecieron en lo alto de las escaleras y empezaron a descender paso a paso, sigilosamente, como ratoncillos.

De repente, la vocecilla chillona de Sue anunció:

—Yo «sabo» lo que es un «tomo». Es un libro de la biblioteca del colegio.

El señor Kovac se volvió hacia el lugar de procedencia de la vocecilla y, sonriendo, dijo:

—De modo que son cinco los Felices Niños Hollister…

Pam se sintió atónita.

—Pero ¡si sólo ha oído usted hablar a tres de nosotros, señor Kovac!

—He oído a los otros dos bajando, sigilosos, las escaleras —repuso el ciego.

En seguida se hicieron las presentaciones, y los más pequeños estrecharon la mano al señor Kovac. Holly dijo entonces:



—Pero no nos ha dicho usted cómo ha encontrado la carta que nos quitó Joey Brill.

Aún no había tenido tiempo el señor Kovac de responder, cuando la señora Hollister murmuró, al oído de Pam:

—Pon agua en el fuego, hijita, y prepara un té para nuestro visitante.

—La carta no la encontré yo —decía, ya, el señor Kovac—. Fue una señora. No recuerdo su nombre, pero ella sabe que soy ciego y me la llevó.

—Y ¿cómo averiguó usted dónde vivimos? —quiso saber Pam.

El señor Kovac sonrió y enlazó las manos sobre el mango del bastón, que tenía sujeto con las rodillas.

—Hace muy poco que vivo en Shoreham, pero ya he oído hablar de la familia Hollister.

El ciego explicó que vivía en una casa pequeña, a menos de

quinientos metros del hogar de los Hollister.

Al poco, un silbido de la tetera automática, hizo correr a Pam a la cocina. La hermana mayor pidió a Holly que preparase una mesa.

Holly se encargó de llevar dos mesitas de servicio a la sala y Pam sirvió té a los mayores. Luego ofreció un platito de pastas al señor Kovac. El ciego dejó el bastón junto a su silla y se sirvió unas golosinas.

—Muchas gracias —dijo.

Mientras él saboreaba el té, la señora Hollister le habló de la abuelita Hollister, que trabajaba en favor de los ciegos.

—Eso demuestra que es una buena persona —declaró el ciego.

—A mí también me gustaría ayudar a los ciegos —dijo la bondadosa Pam—. ¿Es difícil aprender el Braille?

—En absoluto, cuando se trata de jóvenes inteligentes.

Dicho esto, el señor Kovac invitó a Pam a que fuese a visitarle a su apartamento, acompañada de todos sus hermanos.

Se marchó poco después, con las palabras de agradecimiento de los Hollister zumbándole en los oídos. Pero el señor Hollister no le permitió marcharse a pie, sino que insistió en acompañarle en coche a su casa.

Al regresar, el padre de los Hollister encontró a sus hijos riendo alegremente, mientras hablaban de los gnomos.

—El «tomo» que tú dices, Sue, se deletrea así: t-o-m-o. Lo que dice la carta de la abuelita es «gnomos»: g-n-o-m-o-s.

—Pues a mí me parece igual —contestó Sue. Y echándose a reír, preguntó—: ¿Los gnomos tienen tomos?

Pero Pam ya no pudo oír el chiste, porque estaba sacando de un estante varios tomos de la enciclopedia. Dejó los libros en el suelo y empezó a pasar hojas, rápidamente.

—Aquí están —dijo, al fin, ofreciendo un libro a Sue—. Éstos son gnomos. ¡Míralos!

Mientras Sue, Holly y Ricky se divertían contemplando los simpáticos enanitos, de cómicas vestimentas y gorros puntiagudos, Pam buscó la palabra Braille.

—Escucha esto, Pete —dijo. Y leyó, en voz alta— «Louis Braille, un estudiante francés, ciego, de quince años, en 1824 ideó un sistema de lectura, con puntos en relieve, basado en un rectángulo

formado con seis puntos. Con las sesenta y tres combinaciones que pueden hacerse con esos puntos obtuvo Braille un alfabeto, signos de puntuación y números. El ciego lee pasando sus dedos por encima de esos puntos. Y puede escribir en una máquina de seis teclas, conocida como máquina Braille».

—Eso es lo que utiliza vuestra abuela. Y estoy segura de que tú también podrías aprender a utilizarla, Pam —opinó la madre.

Cuando acabaron de consultar los libros, todos los hermanos siguieron hablando, pues tenían cientos de preguntas que hacer. Y la más importante de todas era: ¿Podrían ir a visitar a los abuelitos al Canadá?

—Tal vez sí —respondió a eso la señora Hollister—. Pero no olvidéis que papá tiene que probar su planeador.

—Podríamos ir solos —sugirió Pete.

Y su hermana mayor añadió, en seguida:

—Claro que sí. Y resolveríamos el misterio de los gnomos de medianoche. ¿Qué será lo que hacen a medianoche?

—Bueno. Ahora lo que tenéis que hacer es acostaros —indicó la madre.

—Yo quiero soñar con los gnomos —dijo Ricky.

—Pues yo quiero ser un «gomo» —declaró Sue, mientras subía lentamente las escaleras, camino de su habitación.

—Ya lo eres —bromeó Ricky—. Sólo te falta el gorro de cucurucho.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, los niños volvieron a insistir a sus padres sobre la visita a los abuelos.

—Tendremos que esperar a que papá haya probado su aeronave —dijo Pete.

Su padre les había dicho que, dentro de pocos días, pensaba participar en una competición que se celebraría en el Estado de Nueva York, y de ser posible, en el gran concurso internacional que tendría lugar en Islandia.

—Es un país de Escandinavia —dijo Pam, meditativa—. ¿Creéis que allí habrá gnomos?

Holly hundió la cabeza entre los hombros y se adornó con un espléndido bigote, formado por sus trenzas. Esto hizo que Sue estallara en risas y dejase caer, sin querer, una cucharada de la

papilla de maíz en su vestido.

—¡Mira lo que has hecho! —exclamó Pam, apresurándose a limpiar el vestido de su hermanita con la servilleta. Luego añadió—: Oíd, niñas. Tengo una idea. Podemos ir a visitar al señor Kovac.

—¡Vivaaa! —se entusiasmó Holly.

Los dos chicos se quedaron con su padre, para observar las pruebas del planeador, mientras las niñas se alejaban, calle adelante, en dirección a la casa del señor Kovac.

Le encontraron sentado, tomando el sol, en un trecho de césped, delante de la fachada de su casa. Les oyó aproximarse y, antes de que ninguna hubiese hablado, exclamó:

—¡Qué agradable visita la de los Felices Hollister!

—Hemos venido a aprender Braille —le dijo Pam.

—Muy bien. Esperad un momento.

El señor Kovac entró en su casa y volvió con una mesita para cartas, que instaló bajo el sol. Después sacó una máquina Braille y hojas de papel grueso.

Pam le ayudó a llevar tres sillas plegables y todos se sentaron para principiar la lección.

La máquina Braille era como una máquina corriente, pero con solo seis teclas. El señor Kovac puso papel en el carro y empezó a presionar las teclas con fuerza.

—Voy a escribiros el alfabeto —dijo.

¡Clac, clac, clac, clac! El papel salió lleno de pequeños puntos.

—¿Veis estas dos hileras paralelas de tres puntos cada una? —preguntó el señor Kovac—. Pues todas nuestras letras están formadas por esto.



Y siguió explicando que la «a» era el punto número 1. La «b» eran el punto 1 y el 2, la «c» el 1 y el 4, la «e» el 1 y el 5, y así sucesivamente.

Pam prestaba enorme atención. Después de haber estudiado durante un rato aquel extraño alfabeto, dijo:

—Señor Kovac, ¿querrá usted ayudarnos a escribir una carta a nuestra abuela?

—Claro que sí. ¿Qué queréis decirle?

El ciego puso un papel nuevo en la máquina Braille, y Pam dictó lo siguiente:

—Querida abuelita: Gracias por tu carta en Braille. Procuraremos ir a visitarte y conocer a ese amigo tuyo, tan especial. Ahora estamos recibiendo lecciones de sistema Braille con el señor Kovac.

Mucho cariño de todos. Pam.

El señor Kovac entró en su casa y volvió con un sobre oscuro. Mientras Pam escribía la dirección, el ciego dijo:

—Habéis aprendido mucho, hoy. Sois muy buenos estudiantes.

Cuando hubieron recogido la mesa y las sillas, las niñas dieron las gracias y se despidieron para volver a casa. El señor Kovac salió con ellas a la calle y las acompañó un trecho.

De repente, las niñas vieron que hacía un ruidillo con la lengua y golpeteaba el suelo con los pies.

Holly se echó a reír y dijo:

—No sabía que fuese usted cómico, señor Kovac.

—No lo soy. Y, realmente, no tendría que hacer esto.

—¿Por qué no?

El ciego explicó que los ruidos que hacía con la lengua y los pies enviaban sonidos delante de él. Estos sonidos tropezaban en aquello que hubiera frente a él y volvían, advirtiéndole de que había algo en su camino.

—¿Todos los ciegos hacen eso? —preguntó Holly.

—No. Muy pocos —respondió el señor Kovac con un encogimiento de hombros—. Pero yo debería utilizar mi radar.

Pam abrió inmensamente los ojos.

—¿Quiere usted decir que tiene un radar en su persona?

—Naturalmente. Todo el mundo lo tiene —afirmó el señor Kovac, pasando alrededor de un árbol que ocupaba parte de la acera. Y siguió explicando que si una persona caminaba con los ojos cerrados, ciertas vibraciones del aire le daban en la cara y le advertían de los obstáculos.

—Eso es maravilloso. Tendremos que probarlo alguna vez —dijo Pam.

Después de repetir las gracias al ciego, las tres se alejaron, corriendo.

En el primer buzón que encontraron echaron la carta para la abuela.

Cuando llegaron a casa, encontraron a su padre y a Pete sentados en el planeador.

El señor Hollister, que estaba manipulando los controles, decía a su hijo:

—Todo está en perfecta forma, Pete. Estoy deseando volar.

En ese momento la señora Hollister llamó a su familia para comer. Durante la comida, Pam habló de la carta que habían escrito

la abuela y de lo que habían aprendido con el señor Kovac.

Todos pasaron el resto del día emocionados con las novedades, en las que no dejaron de pensar hasta que, a la hora de dormir la última luz de su casa estuvo apagada.

Hacia la medianoche todo estaba absolutamente silencioso. De repente se oyó un sonoro ¡CLOC!

La señora Hollister se sentó en la cama de un brinco.

—¡¡John!! —dijo, despertando a su marido—. ¡Ese ruido ha sonado en la habitación de Holly!

UNA SORPRESA EN CORREOS



No había tenido tiempo la señora Hollister ni de ponerse las zapatillas, cuando se escuchó un llanto desconsolado.

Esta vez todos salieron de la cama precipitadamente y corrieron al dormitorio de Holly. Se encendieron luces.

Holly estaba cerca de la pared, oprimiéndose la frente y llorando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pam.

Pete observó:

—Parece que se ha dado un golpe en la cabeza.

La señora Hollister rodeó con sus brazos a la pequeña y le preguntó, cariñosamente:

—¿No te habrás caído de la cama?

Holly siguió sollozando durante unos segundos. Por fin se secó las lágrimas con el dorso de la mano y, entre hipidos, declaró:

—¡Mi radar no funciona!

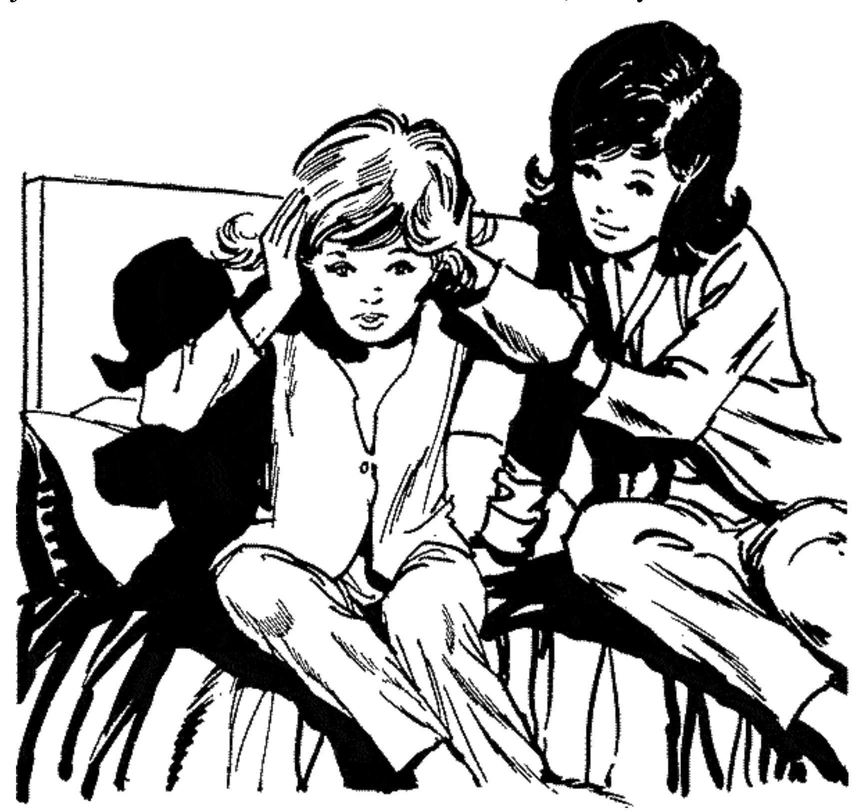
—¿Tu radar? —repitió la madre, perpleja—. Pero ¿qué…?

—Yo sé lo que es —dijo Pam, moviendo la cabeza—. Ha estado probando el radar que usan los ciegos. ¿No es eso, Holly?

—Sí, sí —suspiró Holly—. Me desperté cuando estaba soñando

con eso. Pero mi radar no funciona.

—Esas cosas no pueden aprenderse de la noche a la mañana —le dijo la madre—. Ven. Siéntate sobre la cama, Holly.



—¡Canastos! ¡Has debido de dar un buen topetazo con la pared! —dijo Ricky, mirando de cerca el chichón que su hermana tenía en la frente.

Pam se marchó al cuarto de baño y volvió, en seguida, con un paño empapado en agua fría.

—Ven. Ponte esto, guapa —dijo a su hermana, con cariño.

Entonces fue a su habitación, abrió un cajón de la cómoda y buscó debajo de unas blusas. De allí sacó uno de sus tesoros. Era una pelotita de goma, pendiente de una cinta elástica. A Pam le gustaba atarse la goma a un dedo y hacer saltar la pelotita. Tomó la pelota y se la llevó a su hermana.

—Toma, Holly. Te ayudará a olvidarte del chichón —dijo con

ternura, entregando a Holly el bonito juguete.

Holly contuvo con dificultad los hipidos y sonrió ampliamente.

—Muchas gracias, Pam. Cuidaré mucho tu pelota.

Al día siguiente, el señor Hollister marchó temprano al Centro Comercial, pero regresó a media mañana, acompañado de Indy Roades. Los dos hombres, ayudados por los dos muchachos, desmontaron el planeador y lo colocaron en la camioneta.

Joey Brill estaba en un lado de la carretera, observando, pero sin atreverse a entrar en la propiedad de los Hollister.

—Voy a llevarme el aparato para hacer la primera prueba —dijo el señor Hollister a su familia.

—Tendrás mucho cuidado, ¿verdad, John? —pidió la esposa.

Fue Ricky quien contestó, muy ufano:

—No te preocupes por papá. Es un estupendo aviador.

El señor Hollister dijo que se llevaría con él a los dos chicos.

—Una vez compruebe qué tal funciona este pájaro, podéis ir todos a verme al State Park.

Ricky y Pete entraron en la camioneta, se instalaron junto a las alas y saludaron alegremente con las manos, al alejarse.

Joey hizo un ruido desagradable con la boca cuando ellos pasaron, y Ricky le respondió metiéndose los dedos pulgares en las orejas y sacudiendo los demás dedos, ridiculizando al camorrista.

Pete rió entre dientes y luego dijo a su hermano:

—No te tomes ni esa molestia con ese tonto.

Treinta minutos más tarde, la camioneta se detenía en un pequeño aeropuerto en el State Park. El señor Hollister montó su planeador cerca de la pista de despegue. Cuando todo estuvo preparado, se aproximó un coche con una cuerda de nylon sujeta a la parte posterior. El señor Hollister tomó aquella cuerda y la enganchó al morro del planeador, con un garfio movible.

—Voy a subir solo esta primera vez —dijo a los chicos—. Luego os llevaré a dar un paseo.

El señor Hollister se acomodó en la carlinga.

Los dos hermanos Hollister miraron con admiración, mientras el coche corría delante del planeador, tirando de la cuerda. Cuando la cuerda estuvo tensa, el señor Hollister sacudió una mano, diciendo adiós a sus hijos, e hizo una señal. El coche corrió ahora por la

pista, aumentando la velocidad. De este modo, el planeador empezó a elevarse. El planeador subía, subía hacia los cielos.

Ricky dio un grito y empezó a saltar, entusiasmado. Sin cesar pronunciaba palabras de aliento para su padre.

Finalmente el señor Hollister movió una palanca para soltar el cable remolcador. Y quedó planeando suavemente, buscando corrientes de aire ascendentes, para llevar su pájaro cada vez más alto.

El planeador se deslizaba entre las algodonosas nubes blancas, para luego empezar a descender hacia la pista de aterrizaje. Diez minutos más tarde efectuaba una toma de tierra perfecta, sobre la verde hierba, junto a la pista.

Los dos muchachitos corrieron a felicitar a su padre.

—¡Papá, ha sido estupendo! ¡Perfecto!

Ricky arrugó la naricilla pecosa, levantó la vista hacia el señor Hollister y le dio una palmada, declarando:

—¡Tú puedes hacer cosas mejores que el padre de Joey, en cualquier momento!

—¿Ahora me llevarás a mí, papá? —preguntó Pete—. ¿Puedo sentarme detrás de ti, ante los controles duplicados?

—Está bien. —El señor Hollister miró a su hijo menor para decir —: Después de Pete, será tu turno.

—Es que… Bueno. Puede que sea mejor dejarlo para otro día —murmuró el pelirrojo, y añadió atropelladamente—: ¿No lleva ningún motor este aparato, papá?

—Oye, Ricky, ¿no será que eres un gallina? —bromeó Pete.

—¡Pues claro que no! Anda, ve. Da tu paseo.

Se avisó al coche remolcador y Pete se instaló en el asiento, detrás de su padre. Le latía apresuradamente el corazón y en el estómago notaba una extraña sensación de vacío.

Tragó saliva un par de veces, mientras el coche remolcador corría por la pista. ¡Ya estaban en movimiento! Luego se vieron elevados del suelo.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, conteniendo la respiración.

Cuando se desprendieron de la cuerda remolcadora, el planeador se elevó más. El señor Hollister miró al exterior y luego a su hijo. En el majestuoso silencio reinante padre e hijo se sonrieron,

entusiasmados.



—No hay nada como esto, ¿verdad, Pete?

—Es verdad, papá. Es emocionante. ¡Cuidado!

Pete miraba arriba y vio aparecer un avión de un solo motor, por encima de ellos. Se encontraba a unos diez metros, a la derecha.

El señor Hollister lo vio, también. Viró, bruscamente, a la izquierda. El planeador se ladeó, descendiendo.

Pasados unos segundos de tensión, el aparato volvió a quedar enderezado y tomó la dirección del aeropuerto, pasando a poca distancia de las copas de los árboles.

¿Qué iba a pasar? Pete veía las copas de los árboles cada vez más cerca del fuselaje. ¡Y la franja de césped de la pista quedaba tan lejos!...

El muchachito se inclinó hacia delante, en su asiento, como

queriendo pedir al planeador que evitase los obstáculos. Finalmente dejaron atrás el último grupo de árboles, cuyas ramas más altas rozaron el fuselaje como lo hubieran hecho unos dedos crispados. Entonces se encontraron por encima del claro. El planeador se posó con la suavidad de una pluma sobre la hierba.

—¡Uff! Gracias por tu advertencia, hijo —dijo el señor Hollister, mirando a Pete—. Ese otro aparato se habría precipitado sobre nosotros. Pero tendría que habernos visto… Estuvo a punto de que chocáramos, de no gritar tú.

Poco después, el planeador era remolcado hasta un cobertizo, cercano a la pista, donde permanecería hasta el día de la gran competición. Pete y el señor Hollister volvieron a donde habían dejado a Ricky.

—¡Canastos! ¡Vaya equilibrios! —dijo el pelirrojo, que corría ya a su encuentro.

Pete no dijo nada; tan solo miró a su padre y le hizo un guiño. Los tres volvieron a casa, pero allí no encontraron a nadie.

Sin duda la señora Hollister se había ido de compras con sus hijas. Adherido a la puerta vieron un papel de la oficina de correos, indicando que tenían dos paquetes para los Hollister.

Un poco más tarde regresaban la señora Hollister y las niñas. Pam llevaba una gran caja de pasteles de manzana, recién salidos de la panadería. Durante la comida se habló mucho de la prueba con el planeador. Luego la señora Hollister comentó:

—¿Sabéis una cosa? Creo que hay un error en el papel de correos.

—¿Por qué, mamá? —preguntó Pam.

—Porque no esperaba más que un paquete. Envié mi reloj a Nueva York para que lo reparasen. Debe haber llegado.

Después de lamer un trocito de manzana que tenía en el dedo, Pete dijo:

—¡A lo mejor alguien nos envía una sorpresa!

Ricky en seguida ofreció sus servicios:

—Holly y yo podemos ir a buscarlo.

—Muy bien. Y si, verdaderamente, hay otro paquete, traedlo también.

Ricky sacó su bicicleta e invitó a su hermana a sentarse detrás.

Pronto estuvo pedaleando enérgicamente en dirección a la zona comercial de Shoreham, en donde estaba situada la oficina de correos.

Después de presentar el volante en una de las ventanillas, el empleado les entregó un paquetito.

—Éste es el reloj de pulsera de mamá —dijo Holly.

—Hay otro paquete para nosotros, ¿verdad? —preguntó Ricky al empleado.

—Sí. Ese grande —respondió el empleado, mirando unas notas que tenía en el mostrador.

Y fue a abrir una puerta cercana para sacar de allí, arrastrándola, una gran caja que dejó en el vestíbulo. La caja era cuadrada, de cartón, tan grande como lo permiten las normas postales, y estaba marcada como frágil. El remitente era Karl Sveinsson, de Reykjavik, Islandia.

—¡Canastos! —exclamó el pecoso—. ¿Cómo vamos a llevarnos esto a casa?

En aquel momento Holly se fijó en un muchachito que pasaba por delante de la oficina tirando de su carretilla. Era Jeff Hunter, de ocho años y amigo de Ricky.

—¡Jeff, Jeff! —llamó Holly, saliendo de la oficina—. ¿Puedes prestarnos tu carretilla para llevar un paquete a casa?

—Claro —repuso Jeff.

En unión de Ricky, sacó la caja a la calle, para colocarla en la carretilla. Jeff tenía algo que hacer y dijo que iría más tarde a recoger la carretilla a casa de los Hollister.

Ricky aceptó una gruesa cuerda que le dio el empleado. Ató un extremo a la carretilla y el otro a la parte posterior de su bicicleta. Luego se*puso en marcha, calle abajo, con Holly protegiendo la parte posterior.

El chiquillo tenía buen cuidado de detenerse en todos los cruces, para asegurarse de que nada se interpusiera entre su bicicleta y la carretilla. Mientras cruzaban la Cuarta Avenida se oyó de repente el sonido de una motocicleta que se aproximaba a toda prisa.

Ricky vio la máquina precipitándose hacia él. Pero lo terrible era que el encasquetado conductor no miraba al camino, sino que tenía vuelta la cabeza, mientras saludaba a un amigo que se encontraba

en la acera.

Ricky se detuvo. ¿Debía retroceder o seguir adelante a toda prisa? ¡Si al menos el conductor del vehículo mirase hacia él! —pensó el pecoso, muy apurado.



Pero el motociclista sonrió ampliamente y siguió con la vista fija a un lado de la calle, sin ver a los Hollister ni el cordel que unía la bicicleta con la carretilla.

Al llegar al cruce, pasó sobre la cuerda, provocando un fuerte tirón de la bicicleta, tanto como de la carretilla.

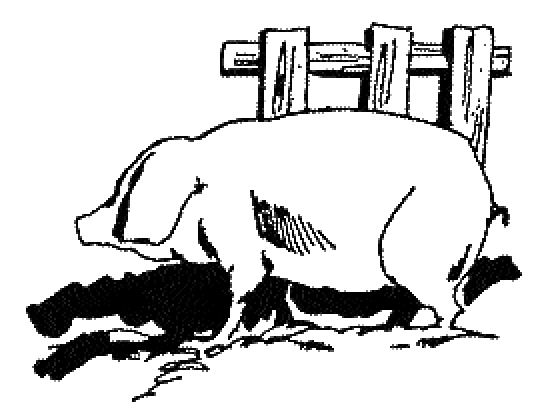
Ricky salió disparado por encima del manillar y chocó ruidosamente contra el suelo.

La caja saltó a la calzada y resbaló a lo largo del bordillo.

Holly dio un grito estridente y corrió al lado de su hermano, muy asustada.

—¡Ricky! ¡Ricky! ¿Te has hecho daño?

UNA FEA JUGARRETA



La gente que pasaba acudió en seguida en ayuda de Ricky.

El pequeño tenía las manos y rodillas llenas de rasguños, pero eso era todo, y pudo levantarse tranquilamente del suelo y coger su bicicleta. Tampoco a la bicicleta le había ocurrido nada. De pronto, a sus ojos asomó una expresión de sorpresa. Se volvió a Holly, y preguntó:

—¿Dónde está la caja? ¿Qué ha pasado?

Pero Holly se había llevado tal susto con la caída de Ricky que, por un momento, había olvidado absolutamente la carga que transportaban. Al oír a su hermano, miró a su alrededor.

La carretilla se encontraba volcada junto al bordillo, pero… ¡Pero el paquete de correos que había saltado hasta el bordillo, había desaparecido!

Rechazando las atenciones de las personas que habían acudido en su ayuda, Ricky dejó la bicicleta y corrió de un lado a otro, buscando desesperadamente el paquete. Holly levantó la volcada carretilla, la llevó a la acera y fue a unirse a su hermano. Ricky preguntó a varias personas:

—¿Ha visto alguien el paquete que llevábamos en la carretilla?

—¿Cómo era ese paquete? —preguntó una señora alta, adornada con un sombrero blanco.

Cuando el pequeño hizo la descripción, la señora declaró:

—He visto a un hombre que desaparecía por la esquina, llevando un paquete como el que tú dices.

Ricky saltó a la bicicleta y pedaleó en la dirección indicada por la mujer. Holly echó a correr tras él, tirando de la carretilla.

Hacia el final de la calle pudieron ver un hombre que… ¡Sí! ¡Llevaba el paquete!

Ricky logró darle alcance.

—¡Señor, espere un momento! —dijo—. ¡Ese paquete es nuestro!

El hombre no le hizo el menor caso. Era bajo, fornido, tenía la mandíbula cuadrada y todo el rostro cubierto de profundas arrugas.

Entonces apareció Holly, diciendo:

—Haga el favor de poner el paquete en la carretilla. Tenemos que llevárselo a papá.

Esta vez el desconocido se detuvo y miró a los niños con el ceño fruncido.

—¡Esta caja la he encontrado en la calle y quiero una recompensa!

Los dos hermanos se dieron cuenta de que el desconocido tenía un acento extraño.

—¿Una recompensa? —preguntó Ricky.

Y al momento tuvieron una idea. Posiblemente, si daban algo a aquel hombre no tendrían más dificultades y podrían llevar el paquete a su padre.

Muy decidido, Ricky metió la mano en el bolsillo y encontró tres monedas. Las sacó, contó su importe y se las ofreció al hombre.

—Muy bien. Aquí tiene su recompensa. Ahora, denos el paquete.

El desconocido miró las monedas y contrajo los labios.

—¡Veinte centavos! Lo que yo quiero son veinte dólares, o tal vez doscientos, si el paquete es de valor. Ahora, apartaos de mi camino.

Holly puso ambas manos a los lados de su boca y, roja de rabia, gritó:

—¡Es usted más que horroroso! ¡Además, no se puede violar el correo de los Estados Unidos!

—¿De verdad? —replicó, burlón, el hombre—. Pero éste no es correo de los Estados Unidos. Esto viene de Islandia.

A esto, los dos hermanos no supieron qué decir, pero cuando el hombre echó a andar, ellos le siguieron.

De repente, por una esquina apareció un coche de la policía. Ricky pensó: «¡Si, al menos, fuese el oficial Cal!…».

Cal Newberry era un joven y amigable policía que había ayudado a los Hollister en muchos de los misterios que los cinco hermanos habían puesto en claro. Y, alguna vez, también los Hollister habían ayudado al policía.

Ricky dio un codazo a Holly y le señaló el coche patrulla. Cuando el vehículo se aproximaba, la niña gritó:

—¡Oficial Cal, socorro! ¡Socorro!

Cuando el desagradable desconocido oyó aquello, puso cara de asombro y aceleró el paso.

Pero no fue muy lejos. El oficial Cal detuvo el coche y bajó, para preguntar:

—¿Qué os ocurre, pequeños?

Holly señaló al hombre y tiró de la mano del policía, al que contó apresuradamente lo que les había ocurrido.

—Permítame ver ese paquete —pidió el oficial al hombre.

—Lo he encontrado en la calle e iba a devolvérselo a su propietario —contestó el hombre.

—Éstos son los niños Hollister. ¿Por qué no se lo ha entregado a ellos?

—¡Yo no sabía quiénes eran!

El oficial Cal mantuvo fija la mirada en el desconocido, que entregó el paquete y se marchó sin decir una palabra.

—Venid; os llevaré a casa —ofreció el oficial a los niños—. Pondremos el paquete, la carretilla y la bicicleta en la parte trasera del coche.

Una vez hecho esto, Ricky y Holly se instalaron en el asiento delantero, junto al policía. Éste tomó el micrófono para informar:

—Con Holly y Ricky Hollister hacia su casa. No se trata de ninguna emergencia.

Cuando el grupo llegó al jardín de los Hollister, el padre ya había regresado del Centro Comercial. Él y Pete acudieron a saludar

al policía.

Cuando los niños le entregaron el paquete, el señor Hollister quedó sorprendido.

—¡De Karl Sveinsson, de Islandia! —exclamó.

—¿Le conoces, papá? —preguntó Pete.

—Sí. He estado manteniendo correspondencia con él sobre un invento revolucionario. Creemos que es perfecto.



—¿Para un planeador?

—Casi, casi, Pete. Para un motor de planeador.

—Pero, papá…

—Veamos qué es esto —dijo el señor Hollister, aproximándose al paquete para abrirlo.

El contenido de la caja estaba rodeado con abundantes virutas de embalaje. El señor Hollister metió la mano y, en medio de los «Oh» y los «Ah» de sus hijos, extrajo un modelo de planeador, reluciente.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el policía—. ¡Es una belleza!

Entonces se oyó hablar por la radio del coche policial, y el oficial Cal tuvo que despedirse.

Los niños siguieron a su padre hasta la sala, donde se colocó el pequeño planeador sobre una mesita. Lo cierto era que, aquel diminuto aparato parecía un planeador de verdad, pero con una diferencia: Alrededor del fuselaje, cerca de la cola, había un aro, y adherida a aquel aro una hélice de dos palas.

Pete advirtió aquello y quedó muy extrañado.

—Pero, papá —dijo—, yo creía que los planeadores no tenían motor.

El señor Hollister explicó que algunos planeadores llevaban un pequeño motor, con objeto de no tener que ser remolcados para despegar. Y también podía ser muy útil en caso de emergencias.

—Viene a tener la medida de un motor económico y puede ser acoplado al fuselaje. Una pequeña hélice ayudará al piloto, en caso de que pierda altura.

—Pero esta hélice no está montada normalmente —observó Pam.

—Es cierto. El señor Sveinsson y yo opinamos que es una gran mejora.

—¿Quieres decir, papá, que girará alrededor del eje, en la parte posterior del fuselaje? —preguntó Pete.

—Exactamente.

El señor Hollister dijo que el islandés y su cuñado, que vivía en el Canadá, habían trabajado de firme para perfeccionar aquella idea.

—Si participas en el concurso internacional de planeadores, a lo mejor puedes hablar con el señor Sveinsson —dijo Pam.

El señor Hollister sonrió bonachonamente, al replicar:

—Eso es lo que estoy deseando, Pam.

Por la noche, los Hollister tuvieron una llamada telefónica de la abuelita. La ancianita insistió para que los niños fuesen a verla.

—Me los mandáis en un autocar —dijo, hablando con la señora Hollister—. Ésa será la manera de que puedas irte a Islandia con John.

Cuando los niños se enteraron de estas palabras dichas por su abuela, rieron, entusiasmados. Ricky incluso hizo una pirueta sujetándose con solo una mano, y a punto estuvo de hacer caer un jarrito con flores, que adornaba una mesa rinconera.

Los padres hablaron en voz baja durante unos minutos y, al fin, la señora Hollister dijo:

—Bueno, hijos. Podéis hacer las maletas esta noche y salir de viaje mañana. ¡Hay que darse prisa!

—Y tú, Pam, tienes que prometernos que cuidarás mucho de Sue —añadió el padre.

—Claro que sí, papá.

Preparar las maletas no llevó mucho tiempo, porque los cinco niños estaban acostumbrados a salir de viaje o excursión con poco rato para preparativos. Sabían que el autocar salía de Shoreham por la mañana temprano, y la emoción casi no les permitió dormir.

Al día siguiente, Pam fue la primera en vestirse y bajar al sótano. Quería asegurarse, antes de salir, de que su gata y los cinco hijitos tenían abundante leche. Luego llenó el plato de «Zip» y acarició al hermoso perro pastor.

—Cuida de todo hasta que volvamos, «Zip» —le dijo a la oreja —. Y obedece lo que Indy te diga.

Después de desayunar se marcharon. Las calles estaban silenciosas cuando el señor Hollister conducía el coche, con toda su familia, hasta la parada. Mientras los niños subían al vehículo, el conductor charló animadamente con los padres.

—Déjenlos en nuestras manos y todos nos encontraremos felizmente en Froston, esta noche —decía el hombre, entre risas.

De pronto, con gran estrépito, el autobús salió de la terminal. ¡Ya estaban camino de Canadá!

Cuando hacía sólo un cuarto de hora desde el momento de la salida, se habían detenido ya en tantas poblaciones, a lo largo del camino, que apenas quedaban asientos vacíos.

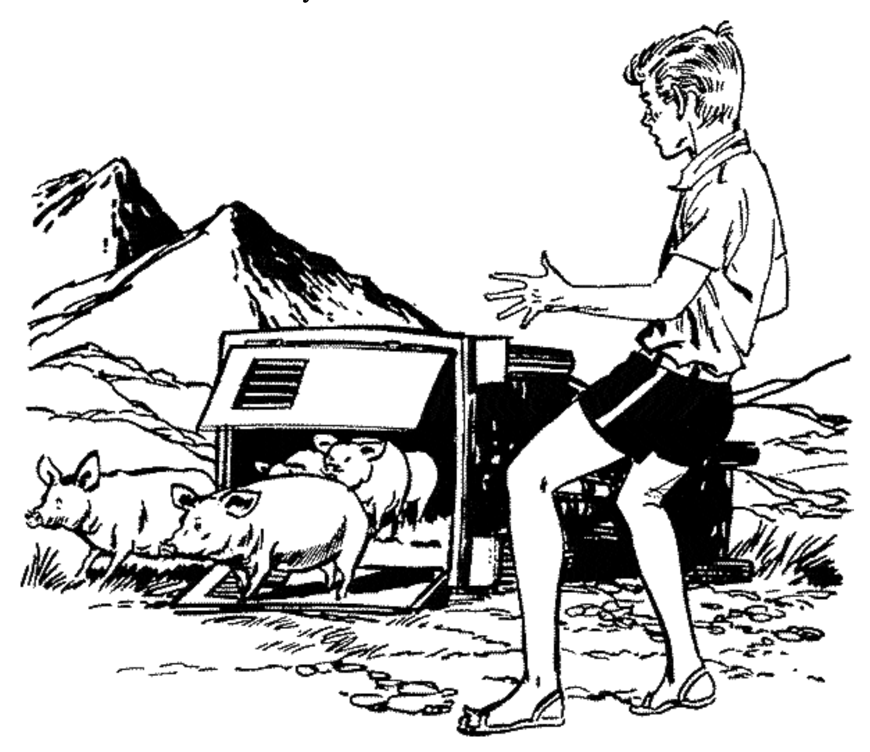
Los niños iban y venían de unos asientos a otros, e inventaban juegos para ir pasando el tiempo.

Pam dio a sus tres hermanos menores lápiz y papel para que anotasen el número de la matrícula y el estado de todos los coches que viesen pasar. Más tarde Holly sacó su pelotita de goma y de pie en el pasillo, se entretuvo en hacerla saltar.

La parada para comer fue divertidísima. Pete, que llevaba el dinero, pidió hamburguesas, perros calientes y bebida. Pasando por alto el detalle de que Ricky se echó mostaza en la nariz, todo lo demás transcurrió sin novedades. Luego, a media tarde, cuando viajaban por una carretera que discurría entre bosques, el conductor tuvo que presionar bruscamente los frenos.

—¡Oh! Algo pasa ahí delante —dijo Pete.

Varios vehículos más se habían detenido entre grandes chirridos de neumáticos. Mientras el autobús avanzaba, centímetro a centímetro, por una curva, los niños ahogaron una exclamación: allí, a un lado de la carretera, se veía una pequeña camioneta volcada. Iba cargada de cerdos que salían precipitadamente, invadiendo la carretera y las laderas boscosas.



—Vamos a ver qué ha pasado —decidió Ricky.

Por lo visto el conductor tuvo la misma idea, porque abrió las puertas y varios pasajeros bajaron.

En ese momento aullaron unas sirenas y aparecieron en escena las luces de tres coches policiales. Los Hollister bajaron y se situaron delante del autobús. Luego subieron al alto bordillo del lateral del camino.

—Pero ¿cómo ha ocurrido esto? —preguntó Pam a uno de los que contemplaban la escena.

Le contestaron que el transporte de cerdos se había desviado bruscamente en aquella curva tan cerrada, y por ese motivo se volcó.

Se detuvo el tráfico en ambas direcciones y los viajeros se apresuraron a ayudar a la policía y al conductor de la camioneta en la tarea de recoger animales.

Pete y Ricky corrieron tras un lechoncillo. Lo cogieron por las patas traseras y lo llevaron, triunfantes al conductor, que ató al asustado animal y lo dejó a un lado de la carretera.

—¡Mira, Sue! —exclamó Holly—. Allí hay uno chiquitín. Vamos a buscarlo.

Mientras los demás hermanos observaban como entre los policías y algunos viajeros empujaban la camioneta para dejarla, de nuevo, descansando sobre las ruedas, las dos pequeñas corrieron tras el cerdito.

Cuando el lechoncillo vio a las niñas, hundió sus patitas en la tierra para emprender la carrera y desaparecer entre los árboles. Holly corrió tras él, dio un traspié y cayó de bruces. Sue siguió adelante, con los puños apretados y las piernas volando literalmente, en su interés por alcanzar al animal.

De pronto Pam oyó decir a Holly:

—Ven. ¡Nos marchamos ya!

La niña miró a un lado y otro, buscando a la pequeñita. ¡Qué carita de susto puso! Porque no se veía a Sue por ninguna parte.

—¡Sue, tenemos que volver!

Silencio.

—¡Sue! ¿Dónde estás?

UN NUEVO AMIGO



—¡Si estaba aquí hace un momento! —dijo Holly a Pam, que había acudido a su lado al oírla llamar a Sue.

—¿No habrá corrido hacia el bosque?

—Seguramente. Estábamos persiguiendo un cerdito, yo me caí, y entonces…

Pam no esperó a oír más. Se alejó entre la arboleda, llamando a gritos a Sue. Holly regresó al autobús. El conductor, preocupado por la ausencia de los Hollister, estaba haciendo sonar repetidamente, el claxon.

«Qué apuro —pensaba, entre tanto, Pam—. Estamos molestando a todo el mundo».

Haciendo bocina con los dedos, Pam gritó:

—¡Sue! ¿Dónde estás? ¡Sue!

Un gran peñasco se levantaba a poca distancia. Pam corrió hacia el otro lado y estuvo a punto de caer sobre su hermanita. Sue estaba sentada en el suelo, acunando en sus brazos al lechoncillo.

—Sue, ¿por qué no…?

—¡Chisst! No despiertes a «Puerquito». Está cansado.

Pam tomó a Sue de la mano y la forzó a levantarse.

—¡De prisa! ¡Va a salir el autobús!

Con el cerdito, que no cesaba de gruñir, sujeto bajo el brazo, Sue, arrastrada por Pam, corrió a la carretera, donde el conductor de la camioneta estaba cargando el último de los cerdos.

—Mi hermana ha encontrado este otro —dijo Pam al hombre.

El camionero se volvió y pareció sorprendido.

—Este animal no me pertenece. Es demasiado pequeño.

—Pero ¡si se ha caído de su camioneta! —insistió Pam.

—Lo meterían por equivocación.

Sue, comprendiendo algo, se apresuró a aprovechar la ocasión, y dijo:

—Entonces, ¿puedo quedarme con él?

—Claro. ¿Por qué no?

—¡Qué bien! ¡Tendré un cerdito de verdad que sea solo mío! —exclamó, con entusiasmo la chiquitina, acariciando el morro del animal.

—Pero… Pero…, Sue…

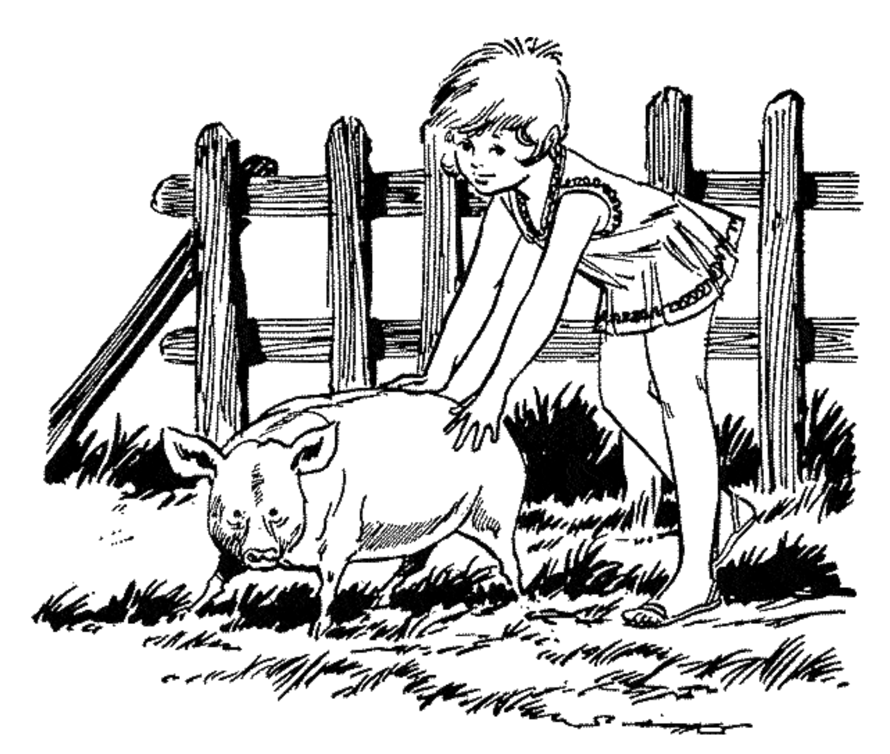
La pequeña se sentía demasiado feliz para hacer caso de las objeciones de Pam. Mientras la policía organizaba el tráfico de nuevo, la niña cruzó y subió al autobús.

El conductor se quedó mirándola con incredulidad.

—¿Qué es lo que traes ahí?

—Un cerdito.

—¡No puedes llevar eso en el autobús! —protestó el conductor.



La expresión de dicha de Sue se transformó en expresión de desespero, en menos tiempo que lleva retorcerle el rabo a un cochinillo.

—¡Aaaah! —gritó con desespero—. ¡Yo «quero» mi cerdín!

Una anciana que iba sentada cerca del conductor, dijo al hombre que se estaba comportando con verdadera maldad.

—Pero, señora, hay que obedecer las ordenanzas —se defendió el conductor.

Y añadió que estaba prohibido llevar perros en autobuses, a menos que fuesen encajonados o dentro de algún maletín.

—Pero no hay ninguna ordenanza que hable de los cerdos —dijo la anciana.

Cuando uno de los policías vio a Sue llorando a lágrima viva, se acercó a preguntarle qué ocurría.

—Espera un momento —le dijo, cuando se enteró de su problema—. Llevo una caja de cartón en la parte trasera de mi coche.

—¡Canastos! ¡Qué preciosa casa de cerdos!

El conductor sacudió la cabeza con aire de aburrimiento. Y con voz cansada acabó diciendo:

—Está bien. Meted ese animal en la caja y sigamos el viaje en paz. ¡Llevamos veinte minutos de retraso ya!

Al atardecer, Sue estuvo jugando con su nuevo amiguito, mientras Pam entretenía a Ricky y Holly haciéndoles practicar sobre el alfabeto Braille. Pete leía una revista. Al oscurecer, los cansados viajeros fueron quedando dormidos. Todos despertaron cuando, entrada la noche, el autobús se detuvo.

El conductor, recobrado ya el buen humor, anunció:

—¡Froston! ¡Aquí es donde bajan los Hollister y su lechón!

En la plataforma había un hombre enjuto y arrugado, de unos sesenta años.

—¡Abuelito!

Los cinco hermanos prorrumpieron en exclamaciones de alegría, y se apresuraron a rodear a su abuelo, para besarle y abrazarle. Luego el abuelo consultó, su reloj y comentó:

—Llegáis con retraso. ¿Qué ha sucedido?

—Fue por el cerdo de Sue… —empezó a decir Holly.

—¿Cómo? ¿Es que ha traído un cerdo?

—Aquí está —informó Ricky, señalando la caja que acababan de bajar.

—Pero… ¿Cómo?… —balbuceó el abuelo, con los ojos desorbitados.

—Es largo de explicar. Será mejor que te lo contemos en el coche —sugirió Pete.

—Buena idea. Vamos.

—¿Dónde está la abuelita? —quiso saber Pam.

—En casa, con un huésped sorpresa.

—Y ¿quién es ese huésped? —indagó Ricky.

—Mañana lo sabréis —repuso el abuelo, abriendo la marcha hacia la calle. Ricky se encargó de llevar la caja con el cerdo, pues Sue estaba tan cansada que se le doblaban las piernas.

Cuando estuvieron instalados en el coche, Pete explicó con pocas palabras cómo había llegado a sus manos el cerdito y luego, lleno de curiosidad, pidió:

—¡Ahora, háblanos tú de los gnomos de medianoche, abuelo!

El abuelito Hollister sonrió, mientras conducía el coche hacia la carretera.

—Estaba esperando que me hicieseis esa petición.

Entre bostezo y bostezo, Ricky dijo:

—No existen gnomos ni cosas de ésas. Son imaginaciones, ¿verdad, abuelo?

—Cierto. Pero la verdad es que están sucediendo cosas muy raras en el Campamento Copo de Nieve.

—¿Qué cosas? —preguntó Holly, retorciéndose, nerviosamente, una de sus trenzas.

—No creo que debamos ocupamos de eso esta noche —repuso el señor Hollister—. Hablaremos de ello mañana, cuando conozcáis a nuestro huésped.

El coche marchaba ahora por las afueras de la ciudad.

Mientras los Hollister avanzaban, veían parpadear haces luminosos procedentes de las casitas semiocultas en el bosque.

Sue se había dormido en el regazo de Pam. Los demás iban adormilándose. De súbito, Holly se despabiló, sobresaltada.

—¡He visto un duende! —gritó.

El abuelo hundió el pie en el freno.

—¿Dónde?

—Detrás de aquellos arbustos.

Los demás estaban otra vez bien despiertos y miraron con atención, mientras el coche retrocedía y los faros brillaban en el trecho indicado por Holly. Nada se movía en los bosques silenciosos.

—¿Estás segura de haberlo visto? —preguntó Pam.

—Debía de estar soñando —opinó Ricky.

El abuelo, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Cómo era el duende, Holly?

—Solo puedo decir que era muy pequeño.

—Bueno. Lo que quiera que fuese, se ha marchado —declaró el abuelo. Y reanudó la marcha.

Pocos minutos más tarde detenía el coche ante una gran casa de madera. En tomo a ella había varias casitas pequeñas.

—Hemos ampliado la casa principal, desde la última vez que estuvisteis aquí —explicó el abuelo—. Ahora podréis estar todos con

nosotros.

La puerta se abrió y una señora de cara redonda y sonriente salió corriendo, con los brazos abiertos.

—¡Abuelita! —exclamaron los niños, abrazándola.

Luego ella tomó a Sue de los brazos de su marido, y la llevó adentro. Los demás la siguieron.

—Abuelita —murmuró Sue, adormilada—, ¿dónde está mi cerdito?

—Pondremos su caja en la cocina, junto al fogón —dijo el abuelo, que luego explicó a su mujer todo lo relativo al animal propiedad de Sue.

Una vez que los abuelos les indicaron cuáles eran sus literas, apenas tuvieron tiempo los cinco hermanos de apoyar la cabeza en la almohada, cuando quedaron profundamente dormidos.

A pesar dé lo largo y fatigoso que había sido el viaje, se despertaron cuando los primeros rayos de sol se filtraban por las cortinas. Se vistieron a toda prisa y acudieron a la cocina. La abuelita les estaba preparando ya una alimenticia papilla caliente y huevos revueltos.

Sue se acercó al fogón para ver su cerdito. Y ni siquiera se fijó en una niñita que estaba sentada a la mesa. Tenía algunos años más que Pam, pero era más bajita. El cabello oscuro le llegaba a los hombros, e inclinada ligeramente hacia delante la cabeza, mirando en línea recta.

—Bien —dijo la abuelita, dejando la espátula de revolver los huevos—. ¿Cómo están mis indios hambrientos? Niños, quiero presentaros a nuestra invitada, Helga Karlsdottir, de Islandia.

Los recién llegados miraron a Helga, sorprendidos.

—Hola —saludó la niña—. Me alegro de conoceros. Vuestra abuela me ha contado muchas cosas de los Hollister.

En aquellos momentos, Pam ya sabía por qué la abuela se había referido a Helga, llamándola «un invitado muy especial». Aquella niña era ciega.

Pam avanzó unos pasos y alargó la mano. Al notarlo, Helga también le ofreció su mano.



—Me alegro de conocerte —dijo Pam, que luego miró a la abuela interrogadoramente.

—Ya sé lo que estás pensando —afirmó la señora Hollister—. Quieres saber por qué Helga ha venido a Froston, a visitamos.

Pam y los demás asintieron y la abuela añadió:

—Es nieta de los señores Peterson, que viven en la carretera, un poco más abajo que nosotros.

Por lo visto, los Peterson habían tenido que ir a la costa Oeste, por una emergencia de familia y la abuelita Hollister se había ofrecido a cuidar de la niña hasta que ellos regresasen.

—Me gusta venir al Canadá de vacaciones —declaró Helga.

—Hablas muy bien el inglés —dijo Ricky.

La niña visitante sonrió y repuso:

—Mi madre es canadiense. Además, en Islandia hay muchos niños que aprenden a hablar inglés.

Holly se volvió a su abuela para decir:

—Recibimos tu carta en clave y la desciframos. Hay un señor ciego que vive cerca de nuestra casa.

—Sí —añadió Pam—. El señor Kovac nos ha enseñado el alfabeto Braille.

Al oír aquello, la carita de Helga se iluminó.

—¿Has aprendido el alfabeto, Pam?

—Sí. Bastante bien.

—Estupendo. Porque yo he traído mi juego de cartas, en Braille. A lo mejor luego podemos jugar una partida.

Se trataba de una baraja corriente con caracteres Braille grabados en cada carta.

—Qué curioso —comentó Pam.

Durante el desayuno, Helga dijo a los Hollister que había llegado de Reykjavik, la capital de Islandia, y que su madre y la señora Peterson eran hermanas.

Mientras untaba una tostada con la sabrosa mermelada que hacía la abuelita, Holly preguntó:

—Helga, ¿cómo es tu radar?

La niña ciega quedó un momento pensativa y luego se echó a reír.

—¿Cómo estás enterada de eso?

—El señor Kovac nos lo dijo.

Pero Pete, que estaba muerto de impaciencia, interrumpió aquellos comentarios para decir:

—Abuela, ¿querrás hablarnos de los gnomos de medianoche?

—Veréis. Es que, últimamente, han estado sucediendo cosas muy raras —dijo la abuela—. A veces, a medianoche, oímos una tonadilla fantasmagórica que alguien silba en los cercanos bosques. Otras veces, el rumor llega desde la carretera.

—¿Habéis oído algo anoche? —preguntó Pam.

—Sí.

—¿Cómo sonaba? —inquirió Ricky.

—Es una parte de una canción folklórica islandesa —dijo Helga —. Y la semana pasada encontramos huellas de pisadas muy

pequeñas, a la puerta de la casa de mis tíos.

—¡Estás bromeando! —dijo el pecoso.

—¡No bromea! ¡Ya os dije yo que había visto un gnomo anoche! —recordó Holly a su hermano.

—Pues escuchad esto —continuó la ciega—. Una vez estaba yo sentada bajo un árbol, cuando oí crujidos entre las ramas. Luego cuchicheos, y risas, y… —se inclinó hacia los Hollister, con el rostro sonrojado por la emoción—. ¡Y me golpeó en la cabeza una manzana!

—¿Y qué tiene eso de raro? —preguntó Pete.

—¡Que el árbol era un pino!

Los demás niños se echaron a reír, al oír aquello, pero Helga no consideró que tuviera ninguna gracia.

—Creo que los duendes me siguieron hasta aquí, desde Islandia —declaró, con suma gravedad.

—¿Tenéis duendes en Islandia? —se interesó Pam.

—Sí. Y desaparecen igual que las gentes ocultas.

—¿Gentes ocultas? ¿Qué son?

—Personas diminutas que habitan en las colinas verdes.

Los Hollister no quisieron herir los sentimientos de Helga, aun cuando ellos consideraban que todo aquello no eran más que supersticiones. Por eso Pete sugirió:

—Podemos salir y buscar pistas.

Los niños pasaron todo el día buscando pistas alrededor del Campamento Copo de Nieve y de la casa de los Peterson, pero ni en un sitio ni en el otro descubrieron nada.

Aquella noche, el tiempo se tomó desapacible y el abuelo pidió a los chicos que encendieran fuego en la chimenea. Cuando la chimenea estuvo chisporroteando alegremente, Pam pidió a Helga que les contase más cosas sobre los duendes de Islandia.

—Y no debíamos usar otra luz que no sean velas —opinó Pam—. Eso hace más misterioso todo. ¿Podemos, abuelita?

Sonriendo, la ancianita encendió dos velas y las colocó sobre la mesa.

—¿Queréis saber algo del gato Yule?

—Sí, sí. Cuéntanos. ¿Qué es? —se interesó Holly.

—Es un monstruo que se come a todos aquellos que no tienen

vestidos nuevos para Navidad. Por eso todo el mundo, por pobre que sea, recibe algo que ponerse.

Holly se estremeció.

—Me gusta más la Navidad en mi casa. Allí nos regalan juguetes.

—¿Y los duendes son tan malos como ese Yule? —inquirió Ricky.

—No. Los duendes sólo son un estorbo. Hubo una duendecita que se llama Gryla. Ella tenía a su mando un equipo de duendes. A uno se le llama Golpea-Puertas. No hace más que molestar a la gente, cerrando puertas con un empellón.

En aquel momento, una fuerte ráfaga de viento cruzó el claro y la puerta trasera de la casa… ¡Bam!, golpeó ruidosamente.

—¡Canastos! Me ha dado un susto —confesó Ricky.

Helga siguió hablándoles de un duende llamado algo así como Garfio Hambriento.

—En Navidad, baja por las chimeneas y roba los dulces.

Helga movió la cabeza como si estuviera mirando a los Hollister y pudiera comprender las expresiones de sus rostros. De pronto, por la chimenea bajó una bocanada de viento.

—¡Oh!… ¡Oh!… —exclamó Holly, con voz temblorosa—. ¡Ya llega Garfio Hambriento! ¡Abuelita, esconde los dulces!

Helga había oído el rumor del viento y rió silenciosamente.

—Pues hay otro duende malo que se llama Quita Velas. Robaba las velas a los niños, en los tiempos en que las velas tenían mucha importancia.

Otro soplo del viento penetró por la chimenea y una de las velas se apagó.

Inesperadamente el cerdito, que seguía en la cocina, dio un grito estridente y rompió el hechizo que parecía rodear la escena. Los Hollister se echaron a reír.

—Me parece que nosotros no creemos en los duendes —dijo Pam, sonriente.

—De todos modos, yo vi uno —murmuró Holly, arrugando el entrecejo—. Al menos, me pareció verlo.

—Haremos una cosa, Holly —decidió Pete—. Para asegurarnos, Ricky y yo iremos a aquel trecho e investigaremos.

—Pero tened cuidado de no ir demasiado lejos; no vayáis a perderos —advirtió el abuelo.

—No te preocupes. Conocemos aquel trecho desde la última vez que os visitamos —aseguró Pete.

Durante la mañana Sue, estuvo jugando con el cerdo, mientras Pam y Helga ayudaban a la abuela a preparar tarta de manzana al horno. Holly observaba fascinada, como la masa era aplanada en delgadas capas bajo el rodillo de madera.



Pete y Ricky, entre tanto, hacían una excursión, carretera abajo, en dirección al lugar en donde Holly decía haber visto el gnomo. Pete abría la marcha y su hermano le ayudaba a apartar la maleza, para inspeccionar todos los rincones, por si aparecía algo que tuviera relación o parecido con un duende.

—Yo creo que Holly estaba soñando —declaró Pete, al cabo de un rato de búsqueda sin resultados—. Iba tan adormilada…

Ricky concordó con su hermano y dijo:

—Podemos volver ya.

Habían recorrido unos pasos, cuando el pelirrojo señaló el suelo, exclamando:

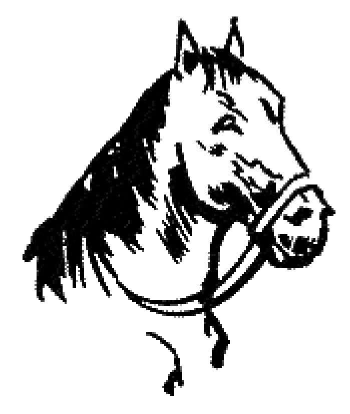
—¡Mira lo que ha dejado caer el duende!

Y se agachó a recoger un gorrito minúsculo, de tejido escocés.

En ese momento, alguien se echó a reír en tono apagado.

Perplejos, Pete y Ricky miraron a su alrededor.

¡Momentos después una risotada sonora y misteriosa llegaba de los bosques!



A Ricky empezaron a temblarle las rodillas y las niñas de sus ojos giraron vertiginosamente, al volverse a mirar a Pete.

—¿Qué… qué ha sido… eso?

—Yo lo averiguaré —cuchicheó Pete.

Otra vez sonó la risa. En esta ocasión Pete avanzó a través de los bosques, pero Ricky no quiso tomar parte en la búsqueda. Muy al contrario, dio media vuelta y salió corriendo.

Al poco llegaba junto a una cerca, en el borde de unos campos donde pastaban caballos y jacas. Muy decidido dio un salto para saltar la cerca, pero el pie derecho tropezó con el borde, y Ricky se precipitó hacia abajo, de cabeza, aterrizando en la hierba con gran estrépito.

Después de permanecer unos momentos atontado, de los labios del pobre Ricky salió un quejido, que llegó a oídos de su hermano, que continuaba buscando entre la maleza.

Al momento, Pete dio media vuelta para correr junto al pequeño. Cruzó la cerca de un salto y ayudó a levantarse al pelirrojo.

—¿Has encontrado al fantasma? —preguntó Ricky, mientras se

palpaba primero una pierna y luego la otra, para cerciorarse de que no se le había roto ningún hueso.

—No. Pero podría haberlo encontrado, si tú no hubieras gritado como si te estuvieran degollando.

—Si no era un fantasma, puede que haya sido el duende Ríe-Entre-Los-Bosques —apuntó Ricky.

—De acuerdo. Ha sido Ríe-Entre-Los-Bosques. Volvamos —decidió Pete.

Los dos chicos volvieron sobre sus pasos, pero la risa había cesado y, por mucho que buscaron, no pudieron encontrar nada.

Al poco iniciaron un trote lento camino de casa de los abuelos, y al aproximarse les dio la bienvenida un delicioso olorcillo a dulces, que salía del homo.

—Pronto estarán listos —dijo la abuelita Hollister. Y luego, mirando extrañada a su nieto pequeño, preguntó—: ¿Qué te ha ocurrido en la espalda? ¡Está verde!

—Es que tuvo que salir huyendo del duende Ríe-Entre-los-Bosques, y aterrizó en unos pastizales —explicó Pete, burlón.

—Había muchos caballos y jacas allí —añadió Ricky—. Tuve suerte de no aterrizar sobre uno de ellos.

—¿No habéis atrapado al duende? —preguntó el abuelo.

—No. Pero tenemos su gorro —repuso Pete.

—¡Dejadme verlo!

Ricky buscó en sus bolsillos y… ¡Estaban vacíos!

—¡Canastos! Se me habrá caído mientras corría. Pero lo encontraré, abuelito.

—De acuerdo. Pero creo que, esta vez, yo os acompañaré. Puede haber algo raro en este asunto de los duendes.

Los tres salieron a la carretera, para internarse en el bosque y llegar al lugar en donde los dos hermanos habían oído las risas. ¡Y esta vez no pudieron encontrar el gorrito!

Con Ricky al frente del grupo, se dirigieron al pastizal. Tampoco allí vieron nada que tuviera parecido con el gorro.

—A lo mejor se lo ha comido alguno de los caballos —razonó Ricky.

Pete no estaba muy conforme con que hubiera sido eso, y declaró:

—Será que su dueño ha vuelto a buscarlo.

El abuelo frunció el ceño y sacudió la cabeza, al decir:

—¿Estáis seguros, diablillos, de que no habéis querido burlaros de mí?

—De verdad que no, abuelo —declaró Pete, muy serio—. Todo lo que hemos dicho es verdad.

De regreso a casa, el abuelo dijo que daría la noticia a la policía, por si había algún intruso merodeando por las cercanías de las casitas.

Después de la comida pasó el cartero rural. Sacó la cabeza por la ventanilla de su coche y dijo que había dejado correo en casa de los Peterson.

—Puede que haya algo para mí —dijo Helga.

Y ella, Pam, Holly y Sue salieron hacia la blanca casita de sus tíos. La niña ciega caminaba como si pudiera ver con toda claridad cuanto se encontraba ante ella. Cuando Pam habló de ello, Helga contestó:



—Es que puedo verlo en mi imaginación.

Fue directamente al buzón y sacó varios sobres. Entonces se echó a reír.

—Ahora sí que necesito tu ayuda, Pam. ¿Hay alguna carta para mí?

—Sí. Hay una.

Helga abrió el sobre alargado y sacó de él varias hojas escritas en Braille. Se mordía los labios, emocionada, cuando sus dedos empezaron a deslizarse por los signos en relieve.

—¿Qué dice? —preguntó Sue, que daba saltitos de impaciente curiosidad.

La niña islandesa prorrumpió de pronto en una exclamación.

—¿A que no sabéis una cosa? ¡Papá ha enviado un planeador que es invención suya, a un señor de Shoreham, llamado Hollister!

—¡Es nuestro padre! —exclamó Holly.

—¡Parece mentira! —añadió Pam—. Pensar que tu padre y el nuestro se conocen…

Las niñas emprendieron el regreso a casa de los abuelos. En su nerviosismo, Helga había olvidado acabar de leer la carta.

—Ahora que recuerdo —dijo Pam, de repente, con expresión de extrañeza—. Papá se escribe con un señor de Islandia que se llama Karl Sveinsson, pero nunca le he oído hablar de alguien que se llame Karlsdottir.

Helga se echó a reír.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —quiso saber Holly.

—Es que en Islandia tenemos una manera especial de llamar a las personas —repuso Helga; y luego explicó que Karl Sveinsson era su padre. En Islandia, los hijos de un hombre que se llamase Karl eran conocidos como Karlsson o Karlsdottir.

—Entonces, si yo viviera en Islandia me llamaría Pam Johnsdottir —reflexionó Pam.

—Eso es —repuso Helga.

Cuando llegaron a la casa de los abuelos, llamó a Ricky diciendo:

—¡Eh, Ricky Johnsson!

—¿Qué? —murmuró el pelirrojo, sin comprender.

Las niñas explicaron a sus hermanos lo que sabían sobre los

extraños nombres que se empleaban en Islandia.

Los abuelitos Hollister quedaron muy sorprendidos al enterarse de que su hijo John y el padre de Helga habían estado manteniendo correspondencia.

—¡Cuánto me gustaría ir a Islandia! —suspiró Pam.

—Y a mí —concordó Holly—. Podríamos ver osos polares y esquimales y…

Otra vez se echó a reír Helga.

—Casi no hay osos polares en Islandia y, desde luego, no hay esquimales.

—¡No bromees! —dijo Pete—. Yo creía que había cientos de iglús.

Helga movió negativamente la cabeza.

—No hay ni uno.

Los Hollister empezaban a sentir más curiosidad que nunca con respecto a Islandia y asaetearon a Helga con sus preguntas.

La cieguecita les dijo que su patria, una gran isla, se encontraba inmediatamente debajo del Círculo Ártico. Fue colonizada por los escandinavos en el año 874.

En la actualidad, los islandeses siguen usando la lengua que hablaban los habitantes del norte de Europa en el año 1000.

—¡Canastos! ¡Qué vieja debe de ser la gente de Islandia! —exclamó Ricky.

Estaban todos riendo la ocurrencia de Ricky cuando un hombre llamó a la puerta. Llevaba el uniforme de oficial de policía y dijo ser miembro de la fuerza provincial.

—Recibí su mensaje, señor Hollister —dijo al abuelo—. Pero, si he de decirle la verdad, no veo las cosas muy claras.

—¿Está usted hablando de los gnomos? —preguntó Ricky, lleno de curiosidad.

—Gnomos o lo que quiera que sean —declaró el abuelo con firmeza—. Tengo la certeza de que algún desconocido merodea por estos alrededores.

Y Holly notificó:

—Mis hermanos han oído a un duende que se llama Ríe-Entre-Los-Bosques. ¿Verdad, Ricky?

El policía sacó lápiz y papel, y empezó a tomar nota de lo que le

decían los niños. Al final se puso en pie, se rascó la cabeza y dio a todos las gracias por su información.

Al abrir la puerta hizo señas al señor Hollister para que le acompañase. Los dos hombres estuvieron unos momentos fuera. Luego el oficial se marchó.

—¿De qué hablabais, abuelito? —preguntó Sue.

—No creo que este hombre dé mucho valor a nuestro informe —replicó el abuelo.

Aunque, siguió diciendo, el policía pasaría de vez en cuando por las casitas, manteniendo una cierta vigilancia.

Más tarde, mientras Pam, Pete y Helga hablaban de Islandia, Ricky se echó al suelo, y caminando sobre manos y rodillas, dio un paseo a «caballo» a Sue.

—Mira, Helga. Sue va dando un paseo. ¡Uff, uff! Soy un perro de San Bernardo.

—No, no —rectificó Sue, entre risillas—. Eres un caballo.

Ricky subía y bajaba la espalda. Sue intentaba sujetarse a sus orejas, pero acabó cayendo y dándose un buen golpe.

Mientras los más pequeños jugaban, Pam preguntó a Helga si tenía perro lazarillo.

—No —replicó la niña islandesa—. Pero tengo un caballito lazarillo. Se llama «Thor».

—¿Un caballo lazarillo?

Todos los niños quisieron conocer detalles sobre aquel caballo.

Helga explicó que en Islandia había numerosos caballitos y que, durante muchos años, esos animales constituyeron el único medio de transporte.

—«Thor» es un animalito maravilloso. Me lleva a cualquier parte que yo le diga. Le echo mucho de menos. Ojalá hubiera podido traerlo.

—Eso sí que habría estado bien —declaró Ricky.

Las niñas de sus ojos hicieron varios giros vertiginosos, como si tuviera una idea secreta, y salió apresuradamente de la casa.

—¿Adónde vas? —le preguntó Holly.

—A un sitio —fue la respuesta de Ricky, que corría ya por el camino.

Veinte minutos más tarde los Hollister escuchaban un

inesperado alboroto. Ricky llegaba a paso de carga sobre un caballito negro. Tras él, un hombre también montado a caballo, gritaba:

—¡Detente! ¡Ladronzuelo! ¡Detente!

PONIENDO UNA TRAMPA



El fragor de cascos de caballos y los gritos asustaron a Helga, que preguntó:

—¿Qué pasa, Pam?

—Ricky llega montado en una jaca, y le persigue un hombre.

El pelirrojo guiaba a su montura entre las casitas de madera, y el hombre le seguía de cerca, pidiéndole a gritos que se detuviera.

Al final, perseguidor y perseguido quedaron a la misma altura y el hombre alargó una mano para agarrar por las crines a la jaca.

Todos salieron de la casa y contemplaron el espectáculo atónitos.

—¡Caramba! —exclamó el abuelo Hollister—. Señor Beem, ¿por qué persigue usted a mi nieto?

—¿Su nieto? —repitió el hombre a caballo, mostrándose también sorprendido—. ¡Porque es un cuatrero, sí, señor! ¡Ha robado una de mis jacas!



Ricky bajó de lomos del animal para correr al lado de su abuelo. Tenía una expresión de gran susto en su carita sonrojada. Sus pecas resaltaban como grandes puntos sobre su naricilla.

—No… No lo he robado —dijo con voz temblorosa—. Sólo lo he tomado prestado…

—¿Por qué? —preguntó el abuelo.

—Lo quería para Helga. Como echa de menos su caballo lazarillo…

El dueño del animal miró al grupo sin comprender. No sabía de qué estaban hablando.

—Ricky —empezó a decir el abuelo, con afecto—, no debiste tomar algo que no te pertenece. Eso es robar.

Ricky inclinó la cabeza y dio un puntapié a una piedrecilla. De sus ojos habían empezado a brotar lágrimas que resbalaban hasta las comisuras de sus labios.

—Yo… No… No he robado. Sólo tomé prestado el caballito.

Al ver que el pequeño estaba tan asustado, el señor Beem

suavizó su voz para decir:

—«Fantasma» es mi mejor jaca. No quisiera perderla. Creo que puede usted hacerse cargo, señor Hollister.

—Desde luego —replicó el abuelo—. Ricky ha obrado mal, pero sé que no volverá a hacerlo.

Ricky apretó los puños, y gruesas y cálidas lágrimas cayeron hasta su barbilla.

—Pero Helga necesita un caballito. ¿Por qué no se lo prestan?

Pam avanzó un paso para rodear con su brazo los hombros de su hermano.

—Yo sé que lo has hecho con buena intención —dijo la niña. Y se volvió al señor Beem para preguntar—: ¿Podríamos alquilar su caballito por unos días?

—Buena idea —aplaudió el abuelo—. ¿Qué le parece, vecino?

Por primera vez, el señor Beem sonrió.

—De acuerdo. Podéis quedaros con «Fantasma» unos cuantos días. Si necesitáis algo de comida extra para él, podéis ir a los pastizales. —El señor Beem se volvió y movió la cabeza, diciendo—: Nunca he visto a nadie cabalgando como tú, hijo. Algún día serás un buen vaquero.

Holly intervino para decir:

—Pero no volverá a ser un cuatrero.

Cuando el señor Beem se alejó, a caballo, los abuelos entraron en casa.

—Primero gnomos… Ahora, cuatreros —comentó el abuelo—. No hay manera de aburrirse cuando estos chiquillos están cerca.

Helga, entre tanto, había ido a acariciar al caballito, le palmeó el hocico y pasó sus dedos por las espesas crines. Luego, con la ligereza de una pluma, dio un salto, montó a lomos del animal, le rozó los flancos con las rodillas y emprendió la marcha. Los otros salieron tras ella.

Helga conducía al caballito con gran habilidad. Había empezado Holly a solicitar que se le permitiese montar un ratito, cuando regresó el señor Beem, cargado con una montura y arreos.

Entregó todo ello a los niños, diciendo:

—Lo pasaréis mejor si usáis esto.

—Muchas gracias —dijeron a coro los niños, y despidieron

alegremente al vecino del abuelo, que se marchaba ya.

Helga bajo del caballito y Pete le colocó la silla sobre el lomo. Con habilidad, la niña la ajustó, tensó la cincha y arregló las bridas.

—Lo haces muy bien —dijo Pete, admirado.

—¡Canastos, para ser una chica, eres listísima! —declaró Ricky.

—¿Qué quieres decir con eso de «para ser una chica»? —protestó Pam—. ¡Las chicas podemos hacer las cosas igual que los chicos!

—Sí. Hasta podemos robar jacas, si queremos —afirmó Holly, amenazando graciosamente a Ricky con un dedo—. ¿Puedo dar un paseo yo, ahora?



Los niños jugaron alegremente con «Fantasma». Todos dieron más de un paseo, montados sobre el animal. Al cabo de un rato, Pam dijo:

—Tengo una idea.

—¿Cuál? —quiso saber Ricky.

Su hermana no contestó, sino que entró en la casa y salió con la abuela de la mano.

—Ahora le toca el turno de montar a la abuelita —anunció.

—Las señoras viejas no pue… —empezó a objetar Ricky.

—¡Chist! —le regañó Pam—. ¡La abuelita no es vieja!

—Es más vieja que papá —razonó el pecoso.

—Vamos, Ricky; me parece que hoy no estás en buena forma —dijo Pete, dando a su hermano un ligero pescozón.

Pero la abuela no prestó atención a nada de aquello.

—Esperad un momento —dijo—. En seguida vuelvo.

Entró en la casa y a los pocos minutos volvía a salir ataviada con blusa y pantalones.

—Oye, abuelita, ¿de dónde has sacado esos pantalones? —preguntó Holly.

—Me los compré para llevarlos cuando el abuelo y yo salimos de excursión.

Con la barbilla muy levantada, la abuelita se aproximó a la jaca y subió a la silla. Luego puso el caballo al trote lento. Los niños la observaron, boquiabiertos.

—¡Mirad! La abuelita sabe montar de verdad —dijo Holly.

Mientras observaba, Holly sacó la pelotita de su bolsillo, se ató la goma a un dedo y empezó a golpear la pelota, que iba y venía, separándose de la niña cada vez más.

Ahora la abuelita había decidido dar por terminada su exhibición. La jaca se aproximaba a los niños en el momento en que Holly lanzaba con fuerza la pelotita. Ésta regresó veloz, pero la niña falló al recogerla y la bolita de goma alcanzó al animal con fuerza en un flanco.

Antes de que la abuela hubiera tenido tiempo de desmontar, el animalito, asustado por el inesperado impacto, emprendió una veloz carrera.

—¡Sooo! ¡Quieto! —gritó la abuela.

Pero el aterrado animal, con la cabeza inclinada, corría con la velocidad del viento.

—¡Se ha desbocado! ¡Se ha desbocado! —gritó Ricky, corriendo a la casa para buscar al abuelo.

—¡Quieto! —ordenó Pete.

Pero el animal dio una vuelta alrededor del gran espacio de terreno libre, con la abuelita aferrada a su cuello, al estilo de un indio apache. La pobre señora buscaba a tientas las riendas, pero no lograba recogerlas.

Pete corrió hacia su abuela, con la intención de sujetar a «Fantasma» por la cabeza. Cuando el animal pasó por su lado, el chico se lanzó a su cuello. Los dedos le resbalaron, pero pudo sujetarse a las bridas. Y quedó colgando, como un vaquero de circo, con los tacones arrastrando por el suelo, hasta que «Fantasma» se detuvo, jadeante.

—¡Vivan Pete y la abuelita! —gritó Sue, que corrió junto a ellos, poniéndose las manecitas en la cintura, declaró—: Ha sido «percioso», Pete. ¿Lo harás otra vez?

—No, mientras yo esté en la silla —declaró la abuela, desmontando a toda prisa—. ¡Ya he quedado bien servida!

En aquel momento oyeron sonar el teléfono.

—Yo iré —se ofreció Pete.

Entró en la casa y descolgó el auricular.

—Ah, sí, señor Beem. Pete Hollister al habla. —Escuchó unos momentos y añadió—: Sí, señor. Gracias por decírnoslo.

Pete salió de la casa con los labios distendidos en una amplia sonrisa. Pam, que estaba ocupándose de atar a «Fantasma» a un árbol, preguntó:

—¿Quién era?

—El señor Beem. Dice que hay una cosa que olvidó decimos.

—¿Qué es? —quiso saber la abuela.

—Algo sobre «Fantasma». ¡Dice que se aterra y sale disparado cuando se le golpea con fuerza en el flanco!

Todos se echaron a reír, y Holly se apresuró a guardar la pelotita de goma en el bolsillo.

—¿Qué os parece si escuchamos algunos cuentos antes de cenar? —propuso Helga.

—¿Los contarás tú?

—No. Tengo cintas magnetofónicas. —La cieguecita explicó que existían grabaciones para los invidentes—. Así aprendemos las lecciones del colegio y oímos cuentos. Venid que os lo enseñaré.

Todos siguieron a Helga hasta la sala, donde ella sacó un

magnetófono portátil, que se encontraba en la librería. Junto al aparato había varias cajitas que contenían las cintas grabadas.

Los niños Hollister se fueron sentando en el suelo, mientras Helga colocaba una de las cintas, con gran habilidad.

—¡Qué bien! Es una historia de «Belleza Negra» —dijo Pam, cuando el narrador empezó a hablar.

Aquello mantuvo a los niños como hechizados hasta la hora de la cena. Habían concluido de cenar cuando Pam hizo chasquear los dedos y dijo:

—Helga, tengo una idea con la que podríamos descubrir a los gnomos.

—¿De verdad?

—¿Qué te parece si colocásemos un magnetófono en los bosques y lo pusiéramos en funcionamiento? El sonido a lo mejor atraería a los gnomos, que saldrían al aire libre y podríamos capturarlos.



—¡Qué idea tan superbuena! —exclamó Pete, entusiasmado—. ¿Cómo no se me ocurriría eso?

La abuela arqueó las cejas y empezó a mover de un lado a otro la cabeza.

—¿No os parece, niños, que ya habéis tenido bastantes emociones por hoy?

—Pero…

—Además, podría ser que no diese resultado —adujo el abuelo.

—¡Pero podríamos probar! —suplicó Ricky.

—Bien —dijo el abuelo, después de reflexionar unos momentos —. Vosotros sois buenos detectives y puede ser que tengáis razón.

—Entonces, ¿podemos hacerlo? —preguntó Ricky, empezando a dar saltos.

—Eso, siempre que tú te portes bien —dijo el abuelo, y dio un abrazo al pelirrojo.

Todos los niños, excepto Sue, salieron con el magnetófono. A la pequeñita se le había prometido una historia sobre las épocas en que la abuela era pequeña, y por eso se decidió a quedarse en casa.

Los niños anduvieron un corto trecho por los bosques. Helga puso la cinta para grabarla y todos retrocedieron a un trecho lleno de maleza, para observar, allí ocultos y agazapados, si los gnomos se dejaban ver.

Iba cayendo la noche y Holly empezó a moverse con impaciencia.

De repente se oyó algo. ¡Zam, zam! De la espesura brotó una figura fantasmagórica.

Al instante Pete se puso en pie.

—¡A él! —gritó.

GNOMOS BROMISTAS



—¡Espera! —advirtió Pam, cuando la silueta estuvo más cerca.

Entonces Ricky exclamó:

—¡Canastos! ¡Pero si es «Fantasma»! Ha debido de seguimos.

—Y ha espantado a los duendes —dijo Pete, con desencanto—. Ricky, «Fantasma» fue idea tuya. ¿Por qué no te ocupas tú de llevarlo a la casa?

—Está bien —respondió el pecoso, saltando sobre el caballito—. ¡En marcha, amigo!

—Y cuando vuelvas, no hagas ruido —advirtió el hermano mayor.

Helga rebobinó la cinta y volvió a insertarla en el punto de principio. Los niños se tendieron en el suelo y escucharon. Al poco hubieron unos susurros y Ricky fue a colocarse al lado de Pete. En un cuchicheo dijo:

—Los abuelitos no están en casa.

—¡Chist! —advirtió Pete—. No grites tanto.

Ricky bajó la voz hasta que no fue más que un ronco susurro:

—Han salido y no sé adónde han ido.

—¿Estaba Sue en casa? —quiso saber Pete.

—Tampoco. La casa está vacía.

—Estoy asustada —notificó, entonces Holly—. Pam, ¿no te parece que deberíamos volver? Está empezando a lloviznar.

Antes de que Pam hubiera tenido tiempo de responder, se oyó algo en las sombras, cerca del magnetófono. Mientras a todos les recorrían las espaldas fuertes escalofríos, los niños se esforzaron por distinguir algo en la oscuridad. Sin embargo, no se vio cosa alguna.

Otra vez se oyó el rumor entre la maleza que se extendía en frente de ellos.

—Puede que sea una ardilla —opinó Pam, hablando en cuchicheos con Holly, que parecía tener la lengua atada por el miedo.

En aquel momento se oyó un estornudo en las proximidades de la cinta magnetofónica.

Ricky dio un tirón de la manga de Pete.

—¡Vamos! —mascculló, mientras el sonido se alejaba de ellos.

—Lo seguiremos —decidió Pete—. Agarraos todos de la mano.

Se colocaron en fila india. Pete abría la marcha, los más pequeños quedaban en medio, y Pam iba a la cola. Pero, a pesar de lo rápida y silenciosamente que avanzaron bajo las sombras de la noche, el ruidillo siempre quedaba a buena distancia de ellos.

De repente, Pete se detuvo en seco. Frente a ellos acababa de aparecer, muy difuminada, una figurilla: ¡un gnomo!

El corazón de Pete pareció a punto de paralizarse. El chico se volvió en redondo para cuchichear algo a Ricky.

—¿Dónde? —preguntó el pelirrojo, atisbando por encima del hombro de Pete.

—¡Allí!

El lugar que Pete señalaba estaba vacío. ¡El duende se había esfumado!

De súbito, tras el grupo de niños se produjo un chasquido. Todos giraron sobre sus talones, pero… Nada se movía en la serenidad de los bosques.

Y entonces Ricky sintió una punzada en la espalda:

—¡Huy! ¡Pete, deja de hacer eso!

—¡Chisst! —ordenó, roncamente, Pete—. ¿Que no haga qué?

—¿No me has tocado?

—¡Claro que no!

Desde la espesura llegó una risilla, y luego crujidos, como si alguien se alejase, corriendo.

Los niños permanecieron muy unidos; a todos les castañeteaban los dientes. Durante unos minutos no se atrevieron a moverse. Pero luego todo pareció quedar silencioso y normalizado.

—Vámonos a casa —pidió, por fin, Holly.

—Está bien. Pero será mejor que, antes, recojamos la grabadora —dijo Pete, abriendo la marcha hacia el lugar en que la habían dejado.

Al aproximarse oyeron un ruidoso parloteo ininteligible.

Helga cogió con fuerza la mano de Pam.

—¡La cinta! ¡Está moviéndose hacia atrás!

—¡Y el volumen es más alto que antes! —observó Pam que, del susto, se había quedado con sólo un hilillo de voz.



Pete se armó de valor para acercarse al magnetófono, desconectarlo y recogerlo. Todos volvieron, corriendo, hacia el Campamento Copo de Nieve. Delante de la casita distinguieron la silueta de «Fantasma», atado a un árbol. El animal relinchó sin estridencias.

—¡Abuela! ¡Abuelo! —llamó Pete.

No hubo respuesta. Pete abrió la puerta y todos entraron. ¡La casa estaba vacía!

Holly se echó a llorar.

—Puede que los gnomos se los hayan llevado —dijo entre hipidos.

—¡Qué tontería! —replicó Pam, con acento firme, rodeando a su hermanita con un brazo.

—No pueden haber ido muy lejos. El coche está aquí —observó Pete.

Volvió a salir de la casa y llamó en voz tan sonora como pudo. Pronto, desde la carretera, llegó un «¡hooolaa!». Era la voz de la abuela.

—Están en casa de mis tíos —dijo Helga.

La ciega cogió de la mano a Pam y recorrió a toda prisa el camino que separaba las dos casas. Los demás la siguieron.

Pronto se pudo ver una linterna, cuyo haz luminoso iba y venía por el césped de la entrada de los Peterson. La abuela salió al encuentro de los niños, llevando a Sue en brazos.

—¡Abuelita! Os estábamos buscando. ¿Qué…?

—¡Alguien ha estado registrando aquí! —dijo la señora Hollister, interrumpiendo a su nieto.

—¡No puede ser! —exclamó Helga, apurada.

—En casa, de pronto, se apagaron las luces —explicó la abuela —. No encontré más que una vela, pero sabía que la señora Peterson tenía un paquete entero de velas en un cajón de la cocina. Como tengo su llave, vine aquí y comprobé que alguien ha cortado los hilos eléctricos entre las dos casas. ¡La casa es un desbarajuste!

—¿Habéis llamado a la policía? —preguntó Pete.

—También los teléfonos han quedado sin línea.

—¿Dónde está el abuelo?

—Dentro. Venid.

Los niños siguieron a la señora Hollister hasta la sala de los Peterson, por donde el abuelo fue pasando el haz de la linterna. Todo estaba en desorden. De una cómoda habían sido sacados todos los cajones y su contenido estaba desparramado por todas partes.

—Tu tío nos dio algo antes de marchar —dijo, pensativo, el señor Hollister—. Un gran sobre alargado, con los planos de un invento. Como tuvo que marchar apresuradamente, no tuvo tiempo de llevarlo a su caja de seguridad en el banco, y no quería dejarlo de cualquier manera. Me dijo que todavía no ha patentado el invento y que valía una fortuna.

—¿Qué clase de invento es? —preguntó Pete.

—Un motor auxiliar para un planeador, que el padre de Helga y él han ideado.

Pete hizo chasquear los dedos al exclamar:

—¡Zambomba! Apuesto algo a que el señor Peterson es el pariente que el señor Sveinsson mencionó en su carta a papá.

—Sigo sin comprender cómo alguien puede estar enterado de la existencia de esos planos —comentó el abuelo.

—¡Pues nosotros atraparemos a esos ladrones, aunque sea la última cosa que hagamos en nuestra vida! —afirmó Ricky, sacudiendo un puño amenazador.

—Debemos salir a buscar pistas ahora mismo —opinó Pete—. ¿Puedes prestarme tu linterna, abuelo?

—Claro. Pero volved pronto. Lo mejor será que vayamos lo antes posible a informar a la policía.

Pete tomó la linterna, y él y Pam estuvieron buscando alrededor de la casa. Pronto encontraron lo que habían esperado hallar. ¡En la parte trasera de la casa, la tierra empapada por el agua de las lluvias, presentaba una serie de pisadas!

Una de aquellas huellas las habían dejado pesadas botas. Las otras eran más pequeñas.

—¿Tú crees que son huellas de un gnomo? —preguntó Pam.

—Puede ser —admitió Pete—. O de un hombre pequeñajo.

La abuela salió a la puerta para decir, a voces:

—¡Pete, tú y yo iremos a Froston para avisar a la policía!

Abuela y nieto se apresuraron a entrar en el coche. Pero el motor no se puso en marcha.

El abuelito hizo aparecer una expresión obstinada en su rostro.

—Ha sido averiado adrede. Pero ven. Iremos, de todos modos.

La carretera estaba oscura como boca de lobo y la luz de la linterna del abuelo saltaba, veloz, entre las tinieblas, mientras abuelo y nieto caminaban a buen paso.

Pete habló con el anciano Hollister sobre la experiencia que tenía de los bosques.

—Yo no creo en gnomos —concluyó—. Pero ¿qué opinas tú de todo esto?

—Que podría tener una relación con el robo ocurrido en casa de los Peterson. Pero, por otra parte —murmuró el abuelo—, esa tontería de los gnomos está dándonos la lata desde hace bastante tiempo. Es un verdadero crucigrama.

—¿Sabes una cosa? Alguien intentó robarnos el modelo de planeador que el señor Sveinsson envió a papá, poco antes de que saliéramos para Froston.

A continuación, Pete habló del episodio de Shoreham.

—Haremos que intervenga la policía. Estoy seguro de que ellos podrán aclarar las cosas —replicó el abuelo.



Habrían recorrido un cuarto de milla, cuando a lo lejos de la carretera, vieron faros de coche que iban variando de intensidad desde brillante a normal. Pete y el abuelo se apartaron a la derecha.

—Puede que quien va en el coche esté haciendo señas a los ladrones —murmuró Pete.

Cuando el vehículo estuvo más cerca, el abuelo tomó a Pete por un brazo, al tiempo que decía:

—¡Será mejor quitarse de la circulación!

Juntos saltaron a la cuneta del camino. Pero la oscuridad era tan profunda que no pudieron ver que allí había una honda zanja.

¡El muchacho y el anciano se hundieron en ella!

SNAEFELL STIKKI



—¡Uuuf! —exclamó el abuelito Hollister cuando Pete cayó casi encima de él.

—Lo siento, abuelo —dijo Pete, ayudando al anciano a ponerse en pie.

Entre tanto, el coche se había detenido.

—¡Nos han descubierto! —cuchicheó Pete.

Los dos miraron con cautela desde la hondonada. Las puertas del coche se abrieron y del vehículo salieron un hombre y una mujer. Pete casi no podía creer lo que estaba viendo.

—¡Papá! ¡Mamá! —exclamó subiendo al borde de la carretera.

El abuelo le siguió.

—Me pareció ver que alguien caía en la cuneta —dijo la señora Hollister, estrechando a Pete en sus brazos.

—No. Hemos saltado a propósito —replicó el chico, algo avergonzado, mientras los cuatro se miraban a la luz de los faros—. Como cambiabais la potencia de los faros continuamente, creímos que podían ser los ladrones.

Viendo que el señor Hollister parecía perplejo, el abuelo añadió:

—Pensamos que podía tratarse de alguien que estuviera

haciendo señales a los picaros que han registrado la casa de los vecinos y que nos han dejado sin línea telefónica ni luz.

—¡Vaya! ¿Pero qué es lo que está ocurriendo? —preguntó la señora Hollister.

—Llévanos a la ciudad, papá, y os lo contaremos todo por el camino —dijo Pete—. Tenemos que dar aviso a la compañía telefónica y a la de electricidad.

—Y también a la policía —añadió el abuelo.

El coche efectuó un viraje y pronto los Hollister se aproximaron al centro comercial de Froston. Por el camino, Pete dijo a sus padres:

—¡No esperábamos veros por aquí!

—¿Qué es lo que os ha inducido a venir a estos mundos apartados de la civilización, John?

—En realidad —empezó a explicar John Hollister—, estoy de paso a Islandia. Elaine ha decidido pasar esos días en Froston, con vosotros y los niños.

—¡Qué suerte! —exclamó Pete—. ¡Y qué sorpresa!

—Hemos venido en avión. Intentamos telefonear desde el aeropuerto, pero no teníais línea. Por eso alquilamos este coche y llegábamos sin avisar.

—Pero ¿dónde está tu planeador, papá?

—Ha sido enviado a Islandia por correo aéreo. Tres días ha llevado embalarlo —repuso el padre.

El abuelo dio un golpecito a Pete y dijo:

—¿No podrías haberlo llevado a remolque de tu avión a propulsión?

Reían todos aún de la broma del abuelo, cuando empezaron a aparecer las luces de la ciudad de Froston.

El abuelo entró en un «drugstore» que estaba abierto, e hizo llamadas telefónicas a las compañías de luz y teléfonos, así como al jefe provincial de policía, quien prometió investigar sobre el intento de robo. Después regresaron al Campamento Copo de Nieve.

Cuando llegaron, todos, excepto la abuelita, dormían ya.

El señor y la señora Hollister encontraron cama en una de las casitas cercanas, detrás de la cual aparcaron el coche. Después de esto, el Campamento Copo de Nieve quedó envuelto en el silencio.

A la mañana siguiente, la abuelita puso dos cubiertos más en la mesa del desayuno. Holly se fijó inmediatamente en aquel detalle.

—¿Para quiénes son, abuelita? ¿Es que vienen los gnomos a comer con nosotros?

Pete, a quien se había pedido que guardase el secreto, no dijo nada.

—¡Ya sé! —afirmó Ricky—. Es para los hombres que vienen a reparar las averías.

Y miró hacia la carretera. A lo lejos se veían dos camionetas que entraron en el caminillo del campamento.

La abuela sonrió, diciendo:

—Ya veremos…

Tan pronto como estuvo reparada la avería eléctrica, la abuelita Hollister preparó un desayuno de tipo campesino.

Todos se sentaron.



—Ahora, cerrad los ojos —pidió la abuela—, y no los abráis hasta que yo os lo diga.

Desde la ventana había visto al señor y la señora Hollister que cruzaban el claro. Cuando entraron en la casa, la abuelita se llevó un dedo a los labios y señaló la mesa. Los dos obedecieron, sonriendo alegremente.

La abuela dijo entonces a los niños:

—¡Ahora, abrid los ojos!

Todos quedaron boquiabiertos y con los ojos redondos de asombro, durante unos instantes. Luego, las sillas cayeron al suelo estrepitosamente, pues todos los Hollister se pusieron de pie con la rapidez de un rayo y corrieron a abrazar a los visitantes, sin atender a nada más.

—¡Mami! ¡Papá!

—¿De dónde venís?

—¿Cómo habéis llegado sin que nos hayamos enterado?

—¡Canastos! ¡Y nosotros que pensamos que iban a llegar los duendes!

Después de repartir gran cantidad de besos y abrazos, todos se sentaron a disfrutar del sabroso desayuno. Los niños presentaron a Helga y se fueron turnando para explicar cuanto sabían del extraño misterio que deseaban resolver.

Algo más tarde, cuando ni siquiera se habían fregado los platos, sonó en el exterior una bocina. Helga la reconoció al momento.

—¡Tío Sig y tía Stina! —exclamó, poniéndose en pie y corriendo a la puerta.

Curiosos, los Hollister la siguieron. Un hombre alto y una mujer bajita y elegante, de cabello blanco, salieron del coche y corrieron a abrazar a la niña.

Luego Helga presentó a sus tíos y a sus nuevos amigos.

Los dos hombres entablaron en seguida una conversación sobre el planeador con motor de Karl Sveinsson, pero se interrumpió todo rápidamente, cuando la abuelita anunció:

—Lamento deciros que han entrado ladrones en vuestra casa.

La expresión del señor Peterson se tomó colérica.

—¡Casi esperaba que fuese así! —dijo, indignado.

El abuelo se mostró muy sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—La emergencia que me reclamaba a la Costa Oeste ha resultado ser o un engaño o una equivocación —explicó el vecino de los abuelos—. ¡Nuestros parientes no sabían nada de tal emergencia!

—¡Entonces, todo fue una añagaza para alejaros de aquí! —exclamó el abuelo.

—Exacto. Por eso celebro tanto que hayáis cuidado vosotros de mis documentos y tesoros de Stina.

—¿Qué tesoros? —inquirió Holly.

Todos, incluidos los mayores, sintieron curiosidad, y siguieron a la abuela a la sala, en donde ella sacó de un armarito un sobre marrón y una caja de cartón que entregó a sus vecinos.

La señora Peterson levantó la tapa de la caja y extrajo un joyero de terciopelo color púrpura, que abrió lentamente.

—¡Oooh! —exclamó Pam, con un suspiro admirativo.

En el estudie había varios broches y otras piezas de joyería, formadas por diminutas porciones de oro y plata.

—¡Qué lindo trabajo de filigrana! —comentó la señora Hollister.

—Mi madre también tiene una colección —dijo Helga.

La señora Peterson explicó que aquella labor de filigrana estaba hecha por artesanos islandeses, que seguían la tradición de sus antepasados. Eran especialistas en moldear las laminillas de plata y oro para convertirlas en rosas y otros diseños.

—Los turistas extranjeros saben lo que hacen cuando compran filigrana en Islandia —prosiguió la señora Peterson—. Nuestros joyeros han trabajado para muchos reyes y reinas. ¡Miren esto!

Y sacó un precioso broche de oro.

—Se hizo para una exhibición internacional hace algún tiempo. Fue robado, pero el ladrón fue detenido y se devolvió el broche. Entonces fue cuando yo lo compré.

Pam miró con gran interés unos pendientes.

—¿Quieres probártelos? —le preguntó, amablemente, la tía de Helga.

—Me gustaría mucho —repuso la niña, y se apresuró a ponérselos.

De repente, Ricky pensó algo y lo dijo en voz alta:

—Yo creo que los ladrones no buscaban el invento del señor Peterson. Lo que querían era estas joyas.

—Es posible —admitió Pam, devolviendo los pendientes a su dueña—. Pero entonces, ¿por qué aquel hombre de Shoreham intentó robamos el modelo?

—No cabe duda de que alguien desea esos planos —razonó Pete.

—Puede que haya dos bandas de ladrones diferentes —insistió Ricky.

La señora Peterson se echó a reír, y dijo:

—Te lo ruego. No presentes las cosas peor de lo que están. —Luego se volvió a su marido para pedir—: Vamos a ver cómo está nuestra casa.

—Completamente desordenada —dijo Pam.

Se acordó que todos ayudarían a ordenar la casa de los Peterson, pero, antes, la abuelita prepararía desayuno para sus vecinos. El resto de la mañana se dedicó a recoger papeles, ordenar muebles y pasar la aspiradora por la sala de los Peterson. ¡No faltaba cosa alguna!

—Lo que yo no sabía —dijo la tía de Helga— es que hubieran gnomos en Canadá. Creí que eso sólo existía en Islandia.

—Es que nosotros no hemos asegurado que sean gnomos —dijo Pete, y añadió que podía tratarse de personas de la población que se disfrazasen para evitar ser detenidos.

Helga se trasladó a la casa de los Peterson pero, después de comer, cruzó los bosques hasta la casita de los Hollister.

—El tío Sig piensa salir a cazar gnomos esta tarde —anunció la cieguecita.

—Me parece muy bien —aplaudió el señor Hollister—. Iremos todos.

—¿No te parece que convendría que se quedase alguien para vigilar la casa de los Peterson? —dijo Pete.

Los mayores consideraron que era una buena idea. Podía ocurrir que los ladrones volviesen y saquearan la casa.

Se decidió, pues, que la señora Hollister, la abuelita y la señora Peterson se quedasen en casa, mientras los demás iban a los bosques.

Manteniendo una separación entre cada uno de ellos de unos

sesenta centímetros, caminaron en línea recta.

El lugar donde los niños estuvieron a punto de dar caza a los gnomos fue recorrido varias veces. Pam estaba asombradísima, viendo cómo Helga eludía los árboles, utilizando su «radar».

Finalmente, fue Helga quien descubrió algo. Su pie tocó algo que crujió. Se inclinó y recogió un trocito de papel.

—¿Qué es esto, Pam? —preguntó.

—Parece el envoltorio de un caramelo. Pero nunca he visto esta marca: «Snaefell Stikki».



Helga ahogó una exclamación.

—¡Tío Sig! ¡Tío Sig! —llamó luego—. ¡Hemos encontrado una pista!

El señor Peterson llegó corriendo, y preguntó:

—¿De qué se trata?

Pam le entregó el papel, apropiado para envolver una barrita de

caramelo.

—¿Sabéis de qué es esto? —dijo el señor Peterson—. ¡Pues de una barrita de caramelo islandés!

—Entonces, son verdadero gnomos islandeses —razonó Ricky, muy emocionado—. ¿Cómo habrán llegado hasta aquí?

El señor Peterson declaró:

—Gnomos o no, quienes quiera que sean proceden de Islandia.

—Y como no encontraron los planos de tío Sig, puede que hayan vuelto para buscarlos —dijo Helga.

—No creo que tengamos que seguir buscando más. Este misterio señala hacia un lugar determinado: Islandia.

Cuando regresaron todos a casa, las señoras se sintieron emocionadísimas. La señora Peterson dijo:

—Precisamente me estaban hablando ahora de los Felices Hollister y de su manera de resolver misterios. Creo, Sig, que deberían ir todos a Islandia y ponerse a investigar de lleno.

La señora Hollister sonrió y movió la cabeza, sin entusiasmo.

—No creo que eso sea posible —dijo—. Francamente, cuesta demasiado dinero el viaje en avión para tantos niños.

—¡Oh, mamá!… —exclamó Ricky, desencantado.

Los Peterson se miraron el uno al otro y sonrieron. Al parecer los dos habían pensado lo mismo.

—Puede que yo tenga la solución al problema —dijo la señora Peterson—. Nuestro hijo Harold dirige una compañía de aviones de alquiler en la capital de Islandia. Sé que tenía que llevar a unos ejecutivos a Montreal, esta semana. Tal vez él pueda llevarles a ustedes a Islandia.

La señora se acercó al teléfono y, a los pocos minutos, estaba comunicando con su hijo.

—Hola, Harold. ¿Cómo estás?… Eso es bueno. —La señora escuchó un rato. Luego continuó—: ¿Y tío Karl? ¿Tendrá su planeador preparado?

Pete estaba ansioso por oír a la señora cambiar de tema y hablar del vuelo a Islandia. Miró a los otros. Todos estaban muy nerviosos. Ricky no cesaba de rascarse las pecas de su naricilla.

Después de charlar unos minutos más, la señora Peterson dijo:

—Harold, ¿llevaste, por fin, a esos señores a Montreal? —Una

pausa—. ¿Eso quiere decir que volverá a Reykjavik un avión vacío? —Otra pausa—. ¿Que por qué te lo pregunto? Ha sido una buena pregunta la tuya —siguió la tía de Helga, riendo.

Después de un silencio para recobrar el aliento, la señora Peterson añadió:

—¿Tendrías espacio para llevar a unos amigos míos? Sí. A Reykjavik… ¿Que cuántos son?

La señora quedó quieta y contó mentalmente a los niños:

—Dos adultos, Harold, y seis niños, entre ellos tu prima Helga.

LA BALLENA MÁGICA



Los niños guardaron silencio, Helga oprimió la mano de Pam, mientras esperaban a que la señora Peterson concluyese de hablar con su hijo.

—Muy bien, Harold. Entonces, ¿te encargarás tú de llevarles a Islandia?… Espera, que se lo preguntaré. —La señora se volvió a los Hollister—: ¿Qué hay de los pasaportes?

—Los hemos traído, por si acaso —dijo el señor Hollister.

—Sí, Harold… Todo está a punto… Adiós, hijo.

—¡Yuuupiii! —gritó Ricky, dando una voltereta en el sofá.

Pam y Holly corrieron a abrazar a la señora Peterson. Helga dio un fuerte abrazo a su tía. Pam nunca había visto tan emocionada a Helga.

—Podréis vivir en mi casa. Telefonearé a mi madre esta noche —dijo la cieguecita, rebosando alegría.

—Pero nosotros somos siete —le recordó Pam—. ¿Será bastante grande tu casa?

—Ya lo creo. Tenemos una casita para invitados.

—¡Qué suerte! ¡Ahora podremos ver a papá en él concurso de planeadores! —dijo Pete, con una sonrisa feliz.

El señor y la señora Hollister parecían haber perdido el habla.

—Es demasiada molestia para su hijo, señora Peterson —logró objetar, al fin la señora Hollister.

—Nada de eso. Les esperará a ustedes en Froston, mañana por la mañana.

El abuelito parecía tristón.

—Yo que pensaba tener una agradable visita en él Copo de Nieve… Y ahora todos os marcháis.

—No te apures —le dijo, mimosa, Sue, subiéndose a sus rodillas —. Te puedes quedar con mi cerdín.

Y Ricky se apresuró a añadir:

—Si los gnomos no están ya en Islandia, volveremos a buscarles aquí.

Se iniciaron los preparativos a toda prisa. Había vestidos para lavar y planchar, era preciso bañarse, tenían que hacerse las maletas. Helga prometió reunirˆ se con los Hollister a la mañana siguiente, después del desayuno.

Cuando, al fin, se apagaron las luces, era casi medianoche. Pero era tanto el nerviosismo de los niños, que no tuvieron ninguna dificultad para levantarse temprano; y poco después llegaban los Peterson en coche, con Helga y su equipaje. La niña dijo que había telefoneado a sus padres y que irían a esperar el avión de Harold al aeropuerto de Keflavik, que estaba a unos treinta y cinco millas de la capital.

La abuelita Hollister se enjugó una lágrima, al despedir a sus nietos con fuertes abrazos.

El abuelo dijo:



—Cuidaré de tu cerdo, Sue.

Y también prometió devolver el caballo al señor Beem.

Luego, los viajeros se pusieron en camino en dos coches. Ya en el aeropuerto de Froston, el señor Hollister devolvió el vehículo alquilado.

Diez minutos más tarde tomaba tierra el aparato de Harold Peterson.

En el asiento de mano derecha se sentaba el copiloto. Los padres de Harold tuvieron una gran alegría al ver a su hijo, que se parecía muchísimo al señor Peterson.

—¿De modo que éstos son los Felices Hollister? —dijo Harold, sonriendo a las caritas de los niños, levantadas hacia él—. Veo que has hecho un montón de amigos, Helga.

—Son detectives —explicó Helga—. ¡Y van a resolver el misterio de esos gnomos que salen a medianoche!

Harold dejó escapar una risilla.

—Bien, bien… Hace años que no veo un gnomo. Parece que los adultos no tenemos derecho a verlos.

Luego, el señor y la señora Hollister y todas las personas mayores fueron presentados al piloto y charlaron durante un buen rato. Después Harold hizo un guiño a sus padres y todos se despidieron.

—Tenemos que darnos prisa. ¿Están los equipajes preparados? —preguntó—. Pues ¡todos a bordo!

Pete observó que en el morro iba pintada la palabra «Snarfaxi».

Helga le dijo que «faxi» era la palabra islandesa que significaba caballo, y «Snarfaxi» quería decir caballo veloz.

—Como «Fantasma» —comentó Ricky, mientras subía la escalerilla y entraba en el avión.

Unos minutos más tarde los viajeros se ajustaban los cinturones, los motores zumbaban y pronto se encontraron sobrevolando Froston.

Una vez se hubieron elevado lo bastante y se dirigían al océano, Harold Peterson delegó su trabajo de conducción en el copiloto y pasó al departamento de viajeros para charlar con los Hollister.

Les habló algo de la historia de Islandia y señaló el escudo de armas, de variado colorido, pintado en la pared de la cabina. Se trataba de un escudo azul, en el que había cuatro figuras.

A la derecha, un gigante sosteniendo un báculo. A la izquierda, un buey. En la parte alta del escudo un dragón, y un enorme pájaro.

—Hace muchos años —explicó Harold— hubo un vikingo muy malo, llamado Gormsson. Quería conquistar Islandia y mandó a su hombre de confianza para que hiciese una visita de reconocimiento. Aquel hombre dominaba la magia y se transformó en ballena.



Holly abrió los ojos enormemente.

—¿Una ballena grandota?

El piloto asintió:

—Sí. La ballena nadaba alrededor de la isla. En la orilla este encontró un dragón que vomitaba fuego venenoso. El dragón iba acompañado de lombrices y serpientes gigantescas, que tenían unas bocas así de grandes.

Sue se llevó una mano a la mejilla y rió, diciendo:

—¡Agg! ¡Qué asco!

—Eso mismo pensó la ballena —afirmó Harold—. Por eso se alejó, nadando, a la orilla norte.

—¿Y qué pasó allí? —preguntó Ricky, muy interesado.

—Allí fue recibida por un pájaro enorme, como un halcón, cuyas alas tocaban las montañas en ambos lados de un fiordo. Había con él otros muchos pájaros, grandes y pequeños.

—Y entonces la ballena volvió a marcharse —adivinó Pam.

—Naturalmente. Entonces se fue a la costa oeste. Allí tropezó con un toro, que se precipitó al agua, cargando contra la ballena y mugiendo fieramente. Con él iban los guardianes de la tierra: Los gnomos y las gentes ocultas.

—Yo me habría ido corriendo —confesó Ricky.

—Eso fue lo que hizo la ballena. Se fue, nadando, hasta la orilla sur.

—¿Y el gigante la persiguió? —preguntó Holly.

Harold movió la cabeza, asintiendo.

—La cabeza del gigante era más grande que la montaña. Y con él iban otros muchos fieros gigantes. Por lo tanto, la ballena se alejó a nado e informó al rey de que era preferible no intentar siquiera la conquista de la isla.

—Y desde aquel día, esas criaturas son conocidas como los defensores de Islandia —concluyó Helga.

—¿Sabes más cuentos así, Harold? —preguntó Sue.

El piloto se echó a reír.

—Yo tengo que irme. Pero, cuando pasemos sobre Groenlandia, Helga podrá hablaros de esa tierra.

El avión zumbaba, zumbaba. Era un sonido pesado, que atontaba. Los Hollister fueron adormilándose, uno tras otro. Varias horas más tarde, Pete se frotó los ojos y observó una gran montaña blanca, que surgía del océano, a la izquierda del avión.

—¡Oye, Helga! ¿Esa montaña de allí es Groenlandia? —preguntó.

Al oírle, todo el mundo se despertó.

—¿La de hielo? Sí.

—Yo creía que Groenlandia o Greenland, que significa Tierra Verde, era verde —dijo Ricky, que algo había aprendido en la geografía.

Helga soltó una risilla.

—No. No es verde. Hace muchísimos años, Eric el Rojo zarpó de Islandia para explorar una nueva tierra que se extendía al oeste. La llamó Groenlandia, o Greenland, que sí quiere decir tierra verde, pensando que los hombres sentirían más deseos de ir allí, si la tierra tenía un buen nombre.

—¡Bonita broma! —rezongó Ricky.

—En el verano del año 986 —continuó Helga—, una flota de veinte barcos zarpó para Groenlandia. Allí se aposentaron y la colonia duró casi quinientos años.

—¿Y luego? —preguntó Pete.

—Nadie sabe con exactitud. Pero hacia el año mil quinientos, el poblado desapareció.



Helga añadió que en Groenlandia aún quedaban muchas ruinas de entonces.

Ahora «Snarfaxi» se alejaba de las frías y solitarias montañas y al poco otra enorme isla apareció abajo.

—¡Ajústense los cinturones! —dijo Harold, por el intercomunicador—. Vamos a iniciar el descenso sobre Keflavik.

Los Hollister hundieron las caritas en el cristal de la ventanilla, para contemplar, cuanto antes, la tierra natal de Helga.

Pete quedó desencantado.

—¿Cómo? ¿Es esto? ¿Esas montañas áridas?

—Espera —replicó Helga.

El avión describió un giro, para aproximarse al aeropuerto. A lo lejos se veía un puerto, con un grupo de casitas en la orilla. Los tejados eran verdes, rojos, azules… De todos los colores. O al menos, así se lo pareció a los niños.

Por. fin el avión tocó tierra y ante las ventanillas desfilaron varios cobertizos, hasta que el aparato fue a detenerse delante de un edificio alargado y bajo.

El copiloto abrió la portezuela e hizo bajar los peldaños, señalando a los Hollister dónde debían presentar sus pasaportes.

Después de dar las gracias a Harold por el viaje, y de despedirse de los dos hombres, los Hollister bajaron.

Un viento levantisco barría el aeropuerto y Ricky caminaba con dificultad hacia la puerta del edificio.

De pronto, dicha puerta se abrió y un hombre se asomó a mirar. Ricky experimentó la sensación de haber sido herido por un rayo. El hombre era bajo y fornido, con el rostro surcado por profundas arrugas. Al momento, el pelirrojo se volvió y agarró a su padre de la mano.

—¡Papá, he visto al hombre que nos molestó a Holly y a mí!

—¿A quién?

—¡Al hombre que quiso quitarnos el modelo de planeador, en Shoreham!

—¿Estás seguro?

—¡Del todo! Ven. Vamos a hacerle unas preguntas. ¡Tenemos que saber qué está haciendo en Islandia!

Padre e hijo entraron a toda prisa en el edificio y el resto de la familia les siguió. Echaron un vistazo por la sala de espera, donde los oficiales de aduana estaban revisando el equipaje de otros viajeros. Pero no se veía al hombre por ninguna parte.

En aquel momento, un hombre alto y de buena presencia se aproximó e hizo una ligera inclinación. Dijo pertenecer a la compañía de fletes.

—¿Es usted el señor Hollister, de los Estados Unidos?

—Sí. Yo soy John Hollister.

—¿El que envió el planeador por avión?

—Exacto. ¿Han llegado ya los embalajes?

—Sí, señor. De hecho, llegaron antes de lo esperado. Yo no estaba aquí cuando se efectuó la descarga. —El hombre hizo una pausa, antes de decidirse a decir—: Lamento tener malas noticias para usted.

—¿Malas noticias? —preguntó el señor Hollister, inquieto.

El de la compañía de transportes afirmó con la cabeza.

—¡Los embalajes han sido robados!

LA ISLA TETERA



—¡Parece imposible! —dijo el señor Hollister—. ¿Cómo ha podido llevarse alguien una carga tan grande?

—Les resultará difícil mantenerlo escondido —admitió el agente —. Por eso confío en que encontraremos pronto a los ladrones.

El resto de la familia había llegado ya y también estaban allí los equipajes. Al enterarse de la mala nueva, Pam contuvo una exclamación.

—¿Tendrán algo que ver los gnomos con esto? —preguntó.

—No lo creo —contestó el señor Hollister—. Si Ricky no se equivoca sobre el hombre que ha visto, que según dice es el mismo que quiso robar el modelo de planeador, yo diría que ese hombre es el responsable. Un hombre de pequeño tamaño.

El agente de la compañía de fletes dijo que ya había sido avisada la policía, y preguntó al señor Hollister en dónde podría ponerse en contacto con él. Después de dar la dirección de los Sveinsson, el señor Hollister se despidió del otro hombre.

Mientras, al otro lado de la barrera de aduanas, aguardaba un señor, una señora y un chico de unos catorce años, que saludaban con la mano a los recién llegados.

La señora acabó gritando:

—¡Helga!

—¡Mamá! —La niña ciega fue al encuentro de su madre, mientras el hombre y el niño sonreían a los viajeros americanos que iban saliendo de la aduana con sus equipajes.

Helga dijo entonces:

—Papá, mamá, Olaf; os presento a mis amigos, los Hollister.

Los hombres se estrecharon las manos y los demás intercambiaron saludos afectuosos.

Pam miró al muchachito, que era moreno y atractivo, y que retrocedió tímidamente, avergonzado ante Pam. Ésta cuchicheó a Helga:

—¿Olaf es tu hermano?

—Sí. Ven aquí, Olaf —pidió Helga, alargando la mano. Y cuando tomó la de su hermano, añadió—: Mira, Olaf, ésta es Pam. Y ahí están Pete, Ricky, Holly y Sue.

—Yo soy Olaf Karlsson.

A Pete le agradó aquel chico, que medía una cabeza más que él, tenía ojos azules, nariz ancha y respingona y mentón cuadrado.

—No sabía que fuerais cinco hermanos —dijo el chico en inglés, con ligero acento.

—Eso es lo que me preocupa —intervino la señora Hollister. Y sonrió, interrogadora, a la madre de Olaf—. ¿Está usted segura de que tendrá bastante espacio en casa para todos nosotros?

La señora Sveinsson, que se parecía mucho a la señora Peterson, se echó a reír.

—Olaf será el jefe de la casa de invitados. Hay sitio de sobra para todos.

—¿Hasta para mí? —preguntó Sue, que se entretenía balanceando su cuerpecillo, mientras se apoyaba primero en un pie, luego en el otro.

—Especialmente, para ti.

Los hombres habían estado hablando a media voz. Pero en aquel momento el señor Sveinsson se volvió a su esposa:

—Anna, ha sucedido algo terrible. ¡El planeador de John Hollister ha sido robado!

—¡No!

La familia islandesa quedó atónita ante aquella noticia.

—¿Quién ha podido hacer una cosa así? —preguntó Olaf.

—Los gnomos —afirmó Holly, muy convencida—. Y nosotros vamos a descubrirlos.

—Bien. Nada vamos a solucionar, quedándonos en el aeropuerto —dijo el señor Sveinsson, tomando una de las maletas.

Pete y Olaf también ayudaron a transportar el equipaje. A la salida de la terminal aguardaban dos vehículos: Una furgoneta negra y un «Volvo» deportivo, nuevo.

—Éste es de mamá —explicó Olaf, sonriendo—. Espero que me lo dé a mí, cuando tenga edad para llevarlo.

—Es bonito —afirmó Pete.

—¿Quieres viajar en él? —preguntó la señora Sveinsson.

—Sí, gracias.

—Pero, antes, podríamos comer un poco —propuso el señor Sveinsson.

Todos fueron a la cafetería del aeropuerto.

Concluida la comida, Pete fue a ocupar el asiento delantero del «Volvo». Olaf llamó a Pam y Holly y las dos entraron en el «Volvo», en unión del muchachito islandés. Los demás se acomodaron en la furgoneta.



Cuando menos podía esperarse, Sue hizo un pucherito.

—Quiero «golver» a casa —anunció, mientras un río de lágrimas resbalaba por su carita.

—Pero, Sue, ¿qué te pasa, hija? ¿Por qué quieres, ahora, volver a casa? —preguntó la madre.

—Por aquí no hay árboles —sollozó la chiquitina.

—Es verdad —concordó Helga—. En Islandia apenas hay árboles.

—Entonces, ¿dónde viven los pajaritos?

—En los matorrales. O construyen nidos en el suelo. Pájaros sí tenemos. Muchos —afirmó Helga.

—Ya verás los frailecillos —añadió el señor Sveinsson, con intención de consolar a la pequeña—. Son muy lindos.

Sue suspiró y se secó las lágrimas, pero por su expresión se

notaba que no estaba muy convencida.

Entre tanto, el «Volvo» había embocado una carretera que bordeaba la costa, por la izquierda. A la derecha se extendía un plano cubierto de negros trozos de roca volcánica, procedentes de una montaña de poca altura que se levantaba al fondo. Los niños Hollister asaetaron con preguntas a sus anfitriones.

La isla, tuvo que explicar la señora Sveinsson, estaba formada por volcanes que emergieron del mar hacía muchos siglos.

—Fue muy dura la vida para los primeros pobladores —dijo la señora Sveinsson—. Tenían algo de ganado y cultivaban algunas verduras, pero los inviernos eran terriblemente fríos.

—Y apenas llegaban visitantes de otras tierras —añadió Olaf.

—Antiguamente, ¿había árboles en Islandia? —inquirió Pam.

—Sí. Bosques enteros —respondió Olaf—. Pero todos los árboles fueron derribados para construir con ellos casas y barcas.

—Y nadie plantó nuevos árboles —dijo la señora Sveinsson—. Ahora el gobierno se ocupa de plantar y proteger los árboles.

La carretera describía una curva cerrada al borde de la costa y, a la izquierda, podía verse una pequeña ciudad.

—Es Hafnarfjordur —dijo Olaf—. Estaremos en casa dentro de poco.

Holly se acercó a Pam para preguntarle, al oído:

—¿Es que Olaf va a ser tu novio?

Pam se puso roja como una amapola y dio un empellón a su hermana, al tiempo que decía:

—¡Chisst! ¡Claro que no!

—Entonces, ¿por qué te pasas todo el tiempo mirándole? —preguntó Holly, sonriendo.

Durante el resto del trayecto, Pam no hizo otra cosa más que esforzarse por mirar el paisaje.

Al poco pasaron ante unas cuantas casitas y, a continuación, junto a una hilera de edificios de apartamentos, levantados en un espacio amplio, cubierto de hierba.

—Esto es Reykjavik —anunció Olaf—. Nosotros no vivimos en plena ciudad, sino en el campo.

Holly se volvió en su asiento para saludar a los del vehículo de detrás. En la furgoneta, los dos padres de familia hablaban de cosas

serias. El señor Sveinsson hizo comentarios con el visitante sobre sus negocios. Además de una pequeña granja caballar, tenía varios barcos de pesca. Una vez efectuada la pesca, los pescados se dejaban secar en grandes bastidores, al aire libre.

—¡Canastos! ¿Y cómo pueden comerse ustedes solos tanto pescado? —preguntó Ricky, asombrado.

—No es para nosotros —replicó Helga, riendo—. Se envía a países africanos.

—La gente necesita proteínas —añadió el señor Sveinsson—. El pescado es rico en proteínas. Y los africanos hierven el pescado seco y lo comen todo, incluso el caldo.

Durante todo el trayecto, Sue estuvo atenta al exterior, esperando ver algún pájaro.

—¿Por dónde vuelan los «monjitos»? —acabó preguntando.

Todos se echaron a reír.



—Los frailecillos —rectificó la madre.

Y cuando los coches hubieron dejado atrás el centro de la población, el señor Sveinsson señaló al cielo, indicando:

—¡Allí va una bandada de patos!

Aquello alegró un poquito a Sue, aunque su madre pudo darse cuenta de que la chiquitina se habría sentido mucho más contenta en compañía de su abuela, en el Canadá.

La carretera discurría en dirección a unos extensos y verdes prados. El «Volvo» penetró en un caminillo. A la derecha había un espléndido campo de margaritas y al fondo se levantaban tres edificios. El más grande tenía frontón, y techumbre triangular de metal ondulado, pintado de rojo. La segunda casa, a menos de cien metros de distancia, era muy parecida a la primera, pero mucho más pequeña. El tercer edificio era una cuadra.

El camino pasaba, formando una curva, por detrás de la casa grande y concluía delante de la pequeña. Mientras bajaban de los vehículos, la señora Sveinsson dijo que en el edificio pequeño estarían los niños.

Los Hollister tomaron sus maletas y fueron conducidos a la casa para invitados.

—¡Qué linda es! —exclamó Pam.

Las paredes estaban pintadas de blanco, y el suelo, de madera encerada, quedaba cubierto por alfombra de alegres colores. Una escalera de madera pulimentada daba acceso al piso alto.

—Os enseñaré vuestros dormitorios —se ofreció Helga, caminando con paso rápido y confiado.

A cada lado de la escalera, una puerta daba paso a una habitación coquetona. Una de ellas la compartirían Helga y Pam; la otra, Holly y Sue.

Las dos pequeñas entraron, corriendo, y se dejaron caer en la mullida cama.

Mientras tanto, los tres chicos subieron a una habitación grande y soleada, de techo inclinado. Mientras Olaf ayudaba a Pete a deshacer las maletas, Ricky volvió a la escalera. Pasó los dedos por la brillante barandilla.

«Es bonita y muy buena para bajar por ella», pensó el travieso pecoso.

En silencio, Ricky se montó en la barandilla y se deslizó hasta abajo.

«¡Es bárbaro!» —se dijo, entusiasmado.

Subió de dos en dos, los peldaños y de nuevo montó en la

barandilla, como si fuera a caballo.

«Esta vez probaré sin las manos».

Y apretó con fuerza las rodillas contra la pulida madera. Pero, a medio camino, empezó a titubear. Sacudió los brazos y, cuando se encontraba casi al final, se le encalló el pie entre dos balaustres.

Ricky dio un alarido.

—¡Socorro! ¡Se me ha enganchado el pie!

Las niñas salieron de sus habitaciones y los chicos bajaron rápidamente las escaleras. Holly exclamó:

—Eres un bobo. Mira lo que has hecho.

—Ya lo sé. ¡Ayy! Ayudadme a salir de aquí.

—Estate quieto —ordenó Pete.

Entre Olaf y él lograron quitar el zapato a Ricky. Así, el tobillo del pecoso salió con facilidad de su prisión. Al apoyar el pie en el suelo, Ricky hizo una mueca y anduvo cojeando. Pero logró sonreír, algo tímidamente, para decir en un murmullo:

—De todos modos, ha sido divertido.

Algo más tarde se sirvió la cena en el gran comedor de la casa grande. Los niños Hollister hablaron con los Sveinsson de los gnomos y añadieron que creían que habían regresado a Islandia.

—No sabemos si tienen algo que ver o no con el intento de robo en casa de tío Sig, pero lo averiguaremos —afirmó Helga.

Después de cenar, el señor Sveinsson telefoneó a la policía. Por desgracia, no había noticias sobre el planeador desaparecido.

—Es hora de irse a la cama —dijo, al fin la señora Hollister.

—¡Pero, mamá, si aún es de día! —protestó Ricky.

—Mira tu reloj.

—¡Qué! ¿Las nueve y media?

Helga explicó entonces que aquélla era la tierra del sol de medianoche.

—Apenas desaparece un minuto durante el verano.

—Entonces, ¿cómo vamos a dormir? —preguntó Holly.

—Bajad las persianas para que no entre la luz —aconsejó Olaf—. Vamos. ¡A dormir todo el mundo!

Los niños marcharon a la casa de los invitados.

—Mañana os enseñaré los caballos —prometió Olaf, cuando se separaron, al pie de las escaleras.

Muy pronto, los fatigados viajeros quedaron profundamente dormidos.

A la mañana siguiente, la temperatura era fría. Los niños se pusieron jerséis y, mientras se preparaba el desayuno, Helga y su hermano llevaron a los visitantes a la cuadra.

Cuando Olaf abrió la puerta, los Hollister percibieron los ahogados rumores, producidos por una docena de caballitos. Pam notó el olor del heno, y se inclinó hacia uno de los animalitos para acariciarle el hocico.

—Que aspecto tan… tan inocente —murmuró, contemplando al animal.

Helga dijo:

—Es «Thor», mi favorito.

—¿Tu caballito lazarillo?

La ciega asintió y sacó de la cuadra al animal. Le dijo unas palabras en idioma islandés, y «Thor» emprendió el trote, moviéndose en círculos. A otra orden, «Thor», obediente, regresó a la cuadra.

—Más tarde haremos una excursión con ellos —prometió Olaf—. Pero antes será mejor que comamos algo.

Cuando llegaron a la casa, los dos hombres ya habían tomado el desayuno y se disponían a salir.

—Vamos al campo de planeadores, próximo a Thingvellir —dijo el señor Sveinsson, mientras los niños rodeaban la mesa.

Terminado el desayuno, la señora Sveinsson preparó una comida campestre.

—Os mostraremos un «hvir» —dijo Helga—. Seguramente nunca lo habéis visto.

—No —dijo Pam—. ¿Qué es?

—Una sorpresa.

—¡Estupendo! —declaró Ricky—. Yo estoy deseando ver a los gnomos.

Corrieron todos a la cuadra, donde fueron ensilladas siete jacas.

—Sue, ¿sabes montar? —preguntó Helga.

—Claro que «sabo». Pero no veo pájaros.

—Ten paciencia, mujer.

Pam montó en su jaca y cuchicheó a Helga:

—Pocas veces se porta así Sue. No sé qué le pasa.



Olaf abrió la marcha y los niños salieron en fila india, charlando alegremente, mientras sus monturas les llevaban a través de verdes pastos.

De vez en cuando, una lanuda oveja levantaba la cabeza e interrumpía su comida para contemplar al grupo que pasaba.

El terreno describía una inclinación ascendente y pronto las zonas verdes cedieron el paso a la roca oscura y yerma, salpicada de piedrecillas.

—¿Cuándo nos enseñaréis esa cosa tan divertida? —preguntó Holly, mientras continuaban ascendiendo.

—Está al otro lado de aquella gran roca de allí —replicó Olaf.

Pam observó algo así como finas columnas de humo que se levantaban desde el otro lado del peñasco.

—¿Por casualidad el «hvir» es alguna clase de hoguera? —preguntó.

Helga se echó a reír.

—No.

Olaf indicó un alto cerca de la roca y ayudó a Sue a saltar a

tierra, mientras los demás desmontaban por su cuenta.

—¿Es una cosa que asusta? —inquirió Holly.

—No. El «hvir» no os hará ningún daño —aseguró Olaf—. Vamos.

Con cautela, los Hollister fueron tras sus amigos.

Detrás del gran bloque de lava, vieron, en el suelo, una resquebrajadura. De allí brotaba una columna de vapor que siseaba suavemente.

Sue palmoteo, alegremente.

—¡Vivaa! ¡Esto es una isla tetera!

HUESOS CON SECRETO



—Me gustan las teteras —declaró Sue, y sus palabras hicieron exhalar a Pam un suspiro de alivio.

—Creí que iba a lloriquear otra vez —cuchicheó Pam a Helga.

Los niños se pusieron en cuclillas para observar, más de cerca, el orificio. El vapor formaba una pequeña charca de agua caliente que, según Olaf dijo, utilizarían para preparar la comida.

Helga abrió unas alforjas y de ellas sacó, con precaución, una huevera. Su hermano puso los huevos en el agua humeante. Cuando hubo transcurrido el tiempo necesario, los sacó con una cuchara. Entre tanto, las niñas habían colocado platos de papel con rebanadas de pan y mantequilla y tajadas de carne.

—¿Quién quiere huevos pasados por agua? —preguntó Olaf.

Todos quisieron. Una vez se hubieron enfriado, los niños hicieron un agujerito, con un cuchillo, en la parte de arriba y saborearon, a cucharaditas, las deliciosas yemas.

Terminada la comida y cuando se hubieron recogido todos los utensilios, cada uno volvió a montar en su jaca. Como Sue se había quedado adormilada, Pam la montó en su caballito, delante de ella. El caballo que quedaba sin jinete, marchaba al final del grupo.

Cuando llegaron al lugar que los islandeses querían mostrar a los Hollister, la chiquitina estaba profundamente dormida.

Olaf hizo que se detuvieran los caballos a alguna distancia de un hirviente y gorgoteante hoyo. Los niños arrugaron la nariz, molestos por el desagradable olor que allí se percibía.

—Es un pozo de sulfuro —explicó Olaf—. Tenemos muchos en Islandia.

—Debe de haber fuego subterráneo —comentó Pete.

Y Helga respondió:

—Tienes razón.

—¿Hay alguna otra cosa curiosa para ver? —preguntó el pecoso.

Olaf hizo girar en redondo a los caballos y se pusieron en camino de regreso a casa.

—Claro que sí —respondió el islandés, y señaló una pequeña pila de piedras.

—¿La han construido los gnomos? —preguntó Holly.

Olaf se echó a reír.

—No. Lo hacen personas islandesas. Se llama «varda». El plural es «vordur». Se levantan para señalar los caminos.

—Es que en invierno, cuando todo está cubierto de nieve, es muy difícil que el viajero encuentre el camino sin ellos —aclaró Helga.

—Los «vordur» tienen sorpresas —aseguró Olaf, mientras los caballos continuaban su avance—. En el interior, las gentes que pasan escriben, a veces, notas para que las lean otros viajeros.

—¿Y a que no sabéis dónde ocultan los mensajes? —preguntó Helga—. En huesos de cordero. Precisamente los que se llaman tabas. Es la costumbre.

—¿No podemos detenernos a mirar? —preguntó Pam.

—Sí. Sí.

Para entonces, Sue se había despertado y, tanto ella como sus hermanos, desmontaron para examinar el «varda». Buscaron con atención por toda la pequeña pirámide de piedras, pero no vieron ningún hueso.

—¡Eh! —gritó, de pronto, Olaf—. ¡Mirad!

El muchacho señalaba un «jeep» que avanzaba, a bandazos, por el caminillo desnivelado.

—¿De quién es? —preguntó Pete, protegiéndose los ojos del sol con la mano.

—No lo sé —replicó Olaf—. Por aquí no vive nadie.

—¡Qué misterioso! —comentó Ricky—. ¿Os parece que debemos seguirlo?

Olaf consultó su reloj y dijo:

—Tenemos tiempo. ¿Queréis que lo hagamos?

—No me parece bien —objetó Pam—. Esta pobrecilla está muy cansada.

Y oprimió contra su pecho a Sue, que se abrazó a la hermana mayor.

Por fin, se acordó que los chicos y Holly seguirían al «jeep», mientras Pam, Helga y Sue regresaban a casa.

Holly y los muchachos azuzaron a sus monturas para que emprendieran el trote, con objeto de no perder de vista al misterioso «jeep». Olaf había localizado ya las huellas de neumáticos y la persecución no ofreció dificultad. El «jeep» continuaba subiendo por la falda de la montaña. Hasta que Olaf dijo:



—Pete, no sé si debemos continuar la persecución. Puede tratarse de mi cazador que se dirija al interior de Islandia.

—Sigamos sólo un poquito más —insistió Pete.

Pronto llegaron a la cima de un montículo. Pete y Olaf vieron en seguida el «jeep», que había sido aparcado detrás de una casita.

—Es extraño —comentó Olaf—. Me gustaría saber qué puede hacer por aquí el conductor del «jeep».

Ricky propuso:

—Vayamos a preguntárselo.

—No, hombre —protestó Pete—. No es así como trabajan los detectives.

Y Pete opinó que podían ir a dejar los caballos al pie de la ladera, para volver a subir, andando con sigilo, para observar al hombre.

Bajaron, pues, rápidamente, y ataron los caballos en un

pedrusco. Luego, a cuatro pies, treparon por la cuesta de tierra negruzca.

De pronto, de la casita salieron dos hombres. Uno de ellos se encaminó a la pared posterior, miró hacia una pila de negras rocas, e hizo señas al otro hombre para que le siguiera.

—¡Canastos! Vienen hacia aquí —dijo Ricky, inquieto.

—¡Hay que esconderse de prisa! —ordenó Olaf.

Y todos los niños descendieron un trecho, para ir a ocultarse tras unas rocas volcánicas.

Oyeron ponerse en marcha el motor del «jeep», pero el sonido fue decreciendo hasta desaparecer por completo.

Tranquilizado, Olaf dijo:

—Se han marchado por el otro lado. ¡Volvamos arriba!

—¿Y si queda alguien más en la casa? —apuntó Holly.

—Nos moveremos con precaución.

Los niños se acercaron con sigilo a la casita. Estaba vacía. Pete fue a echar un vistazo por la parte trasera. Y se quedó mirando las grandes pilas de rocas durante unos segundos; por fin dejó escapar un silbidillo.

—¡Olaf! ¡Mira esto!

—Es exageradamente grande para ser un «varda» —afirmó el islandés.

Pete empezó a quitar algunas piedras de la superficie. De pronto, en el interior se vio una pieza de madera.

—¡Venid todos y ayudadnos a sacar esta caja! —llamó Pete, muy emocionado.

Cuatro pares de manos se apresuraron a ir sacando piedras.

—¡Los embalajes robados de papá! —gritó el mayor de los Hollister—. ¡Uno…, dos, tres!

—¡Hemos encontrado el planeador! —exclamó Ricky.

Una rápida ojeada general demostró que en los embalajes iba escrito el nombre de su padre y el destino del envío. Uno de los embalajes estaba abierto.

—Es un buen escondite —declaró Olaf, que estaba completamente perplejo.

Holly apremió a iodos, diciendo:

—¡De prisa! ¡Tenemos que volver y decírselo a papá!

Sin entretenerse en revisar la vieja cabaña, los niños corrieron a sus caballos, montaron y regresaron, al galope, a la granja de los Sveinsson.

En pocos minutos llegaron a la cuadra, sonrojados por la emoción. El señor Hollister y el señor Sveinsson acababan de llegar de Thingvellir y bajaban del coche.

Los jóvenes detectives corrieron a su encuentro.

—¡Papá, hemos encontrado tu planeador! —anunció Pete, sin aliento.

—¿Cómo?

—Y tenemos que volver a buscarlo en seguida, antes de que regresen los malos —apremió Holly.

—¿De verdad lo habéis encontrado? —preguntó el señor Hollister, que apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Claro. Hemos seguido la pista a los malos —dijo el pecoso.

Hablando apresuradamente, en islandés, Olaf habló a su padre de todos los acontecimientos del día.

—Bien —dijo el señor Sveinsson, preparado para entrar en acción—. John, iré a buscar mi camioneta.

Y se encaminó al garaje, construido a un lado de la cuadra.

No tardó en aparecer al volante de una camioneta de sólido aspecto.

—Hay sitio para otros dos —dijo el señor Hollister, indicando a Olaf y a Pete que subieran al vehículo.

—Nosotros, entre tanto, iremos a contárselo a los demás —decidió Ricky—. Ven, Holly.

Los dos pequeños entraron, corriendo, en la casa, mientras los otros cuatro salían a toda velocidad en dirección a la cabaña misteriosa.

Durante el viaje, una larga antena situada junto al volante oscilaba al viento.

El señor Sveinsson conectó un micrófono, encajado en el tablero de mandos y llamó a la policía local, a través de su emisor-receptor de radio.

Cinco minutos más tarde se veía un helicóptero, que sobrevolaba en círculos aquella zona, mientras por tierra llegaban dos «jeeps». Todos convergieron en la cabaña al mismo tiempo. El helicóptero

bajó a tierra y de él salió un policía, que se unió a otros oficiales que salían de los coches.

Ellos tomaron nota sobre las mercancías robadas, echaron una rápida ojeada a la cabaña y, luego ayudaron al señor Hollister y a su amigo a cargar los embalajes en la camioneta. Uno de los policías llevó su «jeep» a alguna distancia y permaneció vigilando, por si llegaba alguien más. Luego, todo el mundo se marchó.

Aquella noche, en casa de los Sveinsson todos se sentían muy contentos. Lo perdido había sido hallado y sería posible que, al día siguiente, el señor Hollister hiciese una prueba con el planeador.

—Gracias a mis jóvenes detectives —dijo, sonriendo, el señor Hollister.

—Espero que la policía detenga pronto a esos hombres —dijo Olaf, durante la cena—. Nosotros hicimos la descripción de los dos que vimos, tan concretamente como nos fue posible.

—Y yo he dado la descripción del hombre que quiso robar el modelo a Ricky —añadió el señor Hollister—. Quisiera que descubrieran a los tres.

—Lo que yo quisiera saber es qué han tenido que ver en todo esto los gnomos.

—A lo mejor los gnomos han «disaparecido» —dijo la chiquitina.

—Bueno, muchachos. ¿Os gustaría salir mañana de pesca? —sugirió el señor Sveinsson—. Hay un magnífico arroyo de salmones que cruza la población.

—¡Zambomba! A mí me parece una gran idea —contestó Pete—. ¿Tienes alguna caña de sobra, Olaf?

—Puedes utilizar la mía —ofreció Helga.

Y una vez más Ricky experimentó un asombro total ante las muchas cosas que es capaz de hacer una niña ciega.

—Ya sé a dónde podemos ir nosotras —añadió Helga, dirigiéndose a las niñas—. Al museo. Tenemos un buen museo nacional, lleno de cosas interesantes.



A la mañana siguiente salieron los hombres, llevándose las piezas. Las niñas fueron en coche al museo, mientras los chicos cargaban los aparejos de pesca en los caballos, para trasladarse a un arroyo de rápido curso, situado a una milla de distancia.

Mientras sus monturas les transportaban cómodamente, Pete levantó la vista hacia una colina, al sur de Reykjavik, y preguntó:

—Esos depósitos ¿son para almacenar petróleo, Olaf?

—No. Son depósitos de agua.

—Estás bromeando…

—No. Es verdad.

Olaf dijo a Pete y Ricky que el agua de los arroyos subterráneos calientes se recogía en aquellos grandes depósitos.

—Se utiliza para calentar todas las casas de la ciudad.

—¡Qué económico! ¡La naturaleza os lo da todo a punto!

—También tenemos piscinas de agua caliente. Las utilizaremos

mientras estáis aquí.

—¡Eso, eso! —aplaudió el pelirrojo—. Pero, antes, a ver si pescamos un salmón bien gordo.

Los tres chicos llegaron a orillas del arroyo y desmontaron. Después de sujetar los caballos, se aproximaron al agua, provistos de los aparejos.

El lecho, de aguas rápidas y con muchos remolinos, medía unos nueve metros de ancho y no parecía muy profundo. Olaf colocó moscas artificiales en las cañas y luego todos arrojaron el hilo al agua.

—Veamos quién pesca primero. Por lo general, son los visitantes los primeros —dijo Olaf, sonriendo.

Pete y Ricky habían oído con frecuencia a pescar truchas con su padre, y sabían manejar la caña. Después de arrojar el hijo, movieron las cañas arriba y abajo, por si había algún pez cerca.

Nada sucedió durante unos minutos. Luego, la predicción de Olaf se hizo realidad. Pete notó un fuerte tirón en su caña y supo que había pescado algo.

—¡Vaya! ¡Es un gigante!

Pete lucho con el salmón durante unos minutos. El pez iba y venía, y daba saltos fuera del agua, en un esfuerzo por liberarse. Pero el anzuelo le sujetaba con fuerza.

Ricky se sintió tan emocionado que dejó sus aparejos y se acercó más a la orilla.

Pete retrocedió un poco. Quería ser él solo quien dejase el pez en el suelo. Pero, antes de haber podido pedir a su hermano que se apartase, el pelirrojo se apoderó de la caña.

El pelirrojo la agarró con fuerza y empezó a tirar del pez que no cesaba de dar coletazos. Se inclinó más, más y… De pronto, perdió el equilibrio.

¡Pobre Ricky! ¡Cayó de cabeza al río!

EL «ESQUETELO»



Aunque Ricky sabía nadar, pasó un terrible mal rato, en las aguas espumosas y rápidas del arroyo salmonero. Mientras el pequeño gritaba, pidiendo ayuda, Pete y Olaf corrieron a la orilla.

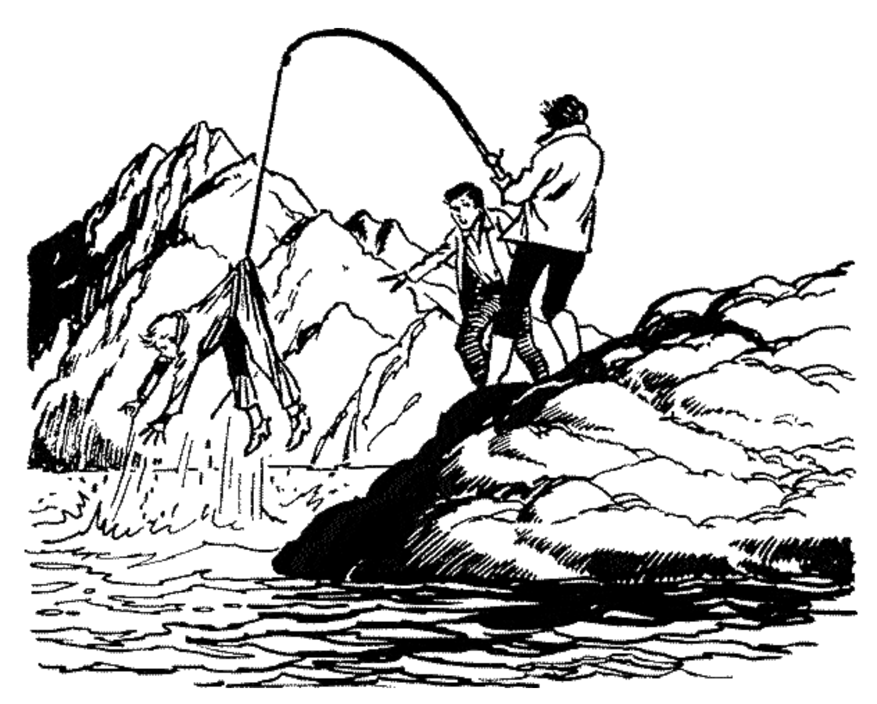
Pete se descalzó y, mientras se quitaba la chaqueta, gritó:

—¡Sigue nadando, Ricky, que ahora voy a ayudarte!

—¡Un momento, Pete! —dijo Olaf—. Tengo una idea.

Y sacudió su caña de pescar hacia un lado y otro, con intención de echar el anzuelo a Ricky. El anzuelo pasó de largo, ante el aterrado pecoso, pero, en una nueva intentona, el islandés apresó los calzones de Ricky. La caña estuvo a punto de partirse a causa del peso.

Olaf tiró suavemente para evitar que se rompiese el sedal.



Lentamente llevó hacia la orilla a Ricky, hasta que el pequeño pudo trepar a la pedregosa orilla. Mientras el pelirrojo se acercaba chorreando. Olaf fue enrollando el hilo y Pete desenganchó el anzuelo de los pantalones de su hermano.

—Gracias, Olaf —dijo el pequeño—. Creí que el salmón me mordería.

—Has tenido suerte de que la corriente no te haya arrastrado al mar. Allí podía haberte tragado la ballena Gormsson —bromeó Pete.

Los tres chicos reflexionaron sobre la situación. A Ricky le daba mucho apuro volver a casa convertido en una esponja mojada, pero tampoco estaba dispuesto a quitarse toda la ropa para ponerla a secar.

Olaf dio la solución al problema.

—Vayamos a la piscina de agua caliente. Podemos alquilar trajes de baño y a Ricky se le secará la ropa, mientras nos divertimos.

Pete sujetó el salmón al arzón de su montura y los caballitos trasladaron al trío de muchachos hasta la gran piscina de Reykjavik, que era descubierta.

Allí, los chicos alquilaron bañadores y recibieron las llaves del vestuario. Ricky extendió sus ropas para que se secasen y los tres corrieron a la piscina. El agua caliente daba una sensación de relajamiento.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Esto es igual que darse un baño en la bañera!

Los tres chapotearon alegremente, nadaron bajo el agua, hicieron carreras y se divirtieron a más y mejor durante casi una hora.

—Estoy seguro de que ahora ya estará seca tu ropa —dijo por fin, Olaf.

Se dieron una enérgica friega con las toallas, se vistieron y, montados en los caballos, emprendieron el regreso al hogar de los Sveinsson.

Un coche se cruzó con ellos e hizo sonar el claxon.

—¡Las chicas! —gritó Pete, el tiempo que la señora Sveinsson detenía el «Volvo».

—¿Cómo ha ido la pesca? —preguntó la madre de Helga.

—Muy bien —repuso Pete, haciendo un guiño a Olaf y mostrando el gran salmón que había capturado.

—¿Os habéis divertido en el museo? —inquirió Ricky.

—Sí, sí —repuso Holly, sacando una mano por la ventanilla, para acariciar el morro del caballito de su hermano—. Había monedas antiguas, trajes de época, muebles muy viejísimos…

—Pero a mí me ha gustado más el «esquetelo» —declaró Sue.

—¿El qué? —preguntó Pete, sin comprender.

Pero Sue empezó a reír y dar saltitos en el asiento, sin aclarar nada, mientras el coche reanudaba la marcha, dejando atrás a los jinetes.

La señora Sveinsson preparó el salmón para comer, y su esposo y el señor Hollister llegaron del aeropuerto a tiempo de saborear el excelente menú.

—Ya está montado el planeador de John —dijo el señor Sveinsson.

—Gracias a tu ayuda —declaró el padre de los Hollister, que se volvió a sus hijos para informar—: Haré la prueba de vuelo esta tarde. ¿Quién quiere ir a verme?

—¡Yo!... ¡Yo!... ¡También yo!... —gritaron todos a un tiempo.

La señora Hollister se llevó las manos a los oídos.

—¡Cielo santo! ¡Van a oíros hasta en el mismísimo aeropuerto!

—Comprendo su entusiasmo —afirmó la señora Sveinsson, acariciando la cabecita de Holly—. Vayamos todos a ver la prueba.

De camino al aeropuerto pasaron ante una enorme cañería que suministraba agua caliente a la ciudad. Dicha tubería se extendía junto a la carretera, semejando un dragón de algún cuento de hadas, que se retorcía y contorsionaba, siguiendo los giros del camino.

Después de muchas subidas y bajadas, la carretera iba a desembocar en un gran valle, cubierto de hierba.

A lo lejos, los Hollister pudieron ver un pequeño hangar. A lo largo del mismo se veían media docena de planeadores.

Al acercarse, oyeron el zumbido de un motor. Se hubiera dicho, a juzgar por aquel ruido, que un avión estaba a punto de aterrizar sobre los recién llegados.



Pete levantó la cabeza y vio un helicóptero de una sola plaza, que zumbaba a sólo unos quince metros de altura.

Pasó veloz como una bala, se elevó y volvió a pasar al poco por encima del coche, con un estruendo ensordecedor. Esta vez, los Hollister pudieron ver mejor el extraño aparato.

Era descubierto y lo ocupaba un hombre que llevaba la palanca de control entre las rodillas. Arriba llevaba un solo rotor y, directamente detrás del asiento, zumbaba una hélice de avión.

Mientras los Hollister iban a detenerse ante el hangar, el helicóptero fue descendiendo y acabó posándose en tierra, junto a ellos.

El piloto desconectó el motor, saltó a tierra y se acercó para saludar al señor Sveinsson. Hablaron unos momentos en idioma islandés.

—Papá está diciendo al señor Kristinsson quiénes sois los Hollister —explicó Helga a Pam.

El hombre del helicóptero se volvió, entonces para decir que celebraba conocer a los americanos. Llevaba una chaqueta de cuero y un casco que se había echado hacia atrás, dejando a la vista su cabello rubio.

Después de hacer una seña a los niños para que se aproximasen al aparato, dijo:

—Podéis examinarlo, si queréis.

—¿No cabe más que una persona? —preguntó Ricky.

—Sólo una, de no ser que lleve a alguien sentado en mis rodillas.

Al decir esto, el señor Kristinsson se echó a reír y en los ángulos exteriores de sus ojos se formaron unas simpáticas arruguitas.

Los tres hombres se encaminaron, entonces, al planeador.

Observaron todos los instrumentos, y el señor Hollister subió a la cabina.

En la parte delantera llevaba, enganchada, una cuerda de remolque. Un tomo, que estaba a cierta distancia, empezó a tirar de la cuerda y el planeador patinó suavemente por tierra, antes de elevarse a los cielos.

—¡Papá ya sube! —exclamó Sue, palmoteando, feliz.

Los niños vieron caer la cuerda de remolque y el planeador

ascendió con rapidez.

—Irá hacia aquella colina de allí —dijo el señor Sveinsson— y tomará una termal, es decir, una corriente de aire ascendente.

Como él acababa de predecir, el planeador se dirigió a una árida montaña. Y fue ascendiendo, ascendiendo, como si una mano invisible lo moviera en sentido circular y ascendente. Hasta que Pete, que lo seguía con el máximo interés, notó un crujido en su cuello.

Luego abandonó aquella observación porque el señor Kristinsson se despidió y despegó en su helicóptero.

Pete hizo preguntas a Olaf sobre el simpático piloto.

El señor Kristinsson, dijo el muchacho islandés, era un impresor que dedicaba sus horas libres a volar en helicóptero.

—Pertenece a la Patrulla de Rescate Mar y Aire —añadió Olaf—. Vive en aquella granja de allí.

El helicóptero, que entonces volaba ya muy alto, se dirigía a una casita de campo roja y blanca, que parecía un globo de colores en medio del prado verde. El helicóptero planeó unos instantes, pero, de pronto, como si se tratase de un pájaro herido, empezó a descender rápidamente.

—¡Oh! —exclamó Pam—. ¡Se va a estrellar!

Los demás también se sobresaltaron. En un momento, el helicóptero había desaparecido detrás de la casita.

—¿Has visto, Karl? —preguntó la señora Sveinsson, angustiada, dirigiéndose a su marido.

—No. Estaba observando a John. ¿Qué pasa?

Cuando le dijeron que Kristinsson había desaparecido de la vista de manera tan repentina, el señor Sveinsson no demostró la menor inquietud.

—Eso es normal. Él toma tierra así siempre. No hay otro como él en toda Islandia.

Tranquilizados, los niños volvieron la vista al cielo, buscando el aparato del señor Hollister. Media hora más tarde el planeador reaparecía. Fue moviéndose en círculos, cada vez más bajos, hasta rozar la pista de aterrizaje y, después de deslizarse un trecho sobre la hierba, se detuvo cerca del hangar.

Los niños corrieron a saludar a su padre, que desmontó,

diciendo:

—¡Karl, funciona perfectamente!

—¡Magnífico!

Durante el trayecto de vuelta a casa, los dos hombres hicieron comentarios, a media voz, sobre los posibles motivos del robo del planeador.

—Lo que yo me pregunto es por qué sólo uno de los embalajes estaba abierto —dijo el señor Hollister.

—Supongo que los ladrones quisieron cerciorarse de que no se habían equivocado de envío.

—Pero fueron a elegir, precisamente, el fuselaje. Puede que pensasen que…

—¿Que el invento ya había sido construido y adicionado al aparato?

—Exactamente.

—Tal vez —admitió el señor Sveinsson—. Pero no podemos estar seguros.

El resto de aquel día lo pasaron los niños jugando con los caballos. Helga enganchó a «Thor» a una carreta y los niños se turnaron para dar paseos por el campo.

El crepúsculo llegaba muy tarde en Islandia. Cuando los niños se retiraron a la casita para invitados, aún asomaba el sol por el horizonte. Más tarde aparecieron nubes y la noche se tomó más oscura.

A Holly no le era posible conciliar el sueño. Las emociones del día surgían repetidamente en su cabecita.

—Sue, ¿estás despierta? —cuchicheó.

—S…ssí —le contestó Sue, adormilada.

—Podemos hablar un rato —propuso Holly, metiéndose en la cama de la pequeña.

—¿Todavía está el sol ahí fuera? —inquirió la pequeñita.

Aquello dio una idea a Holly.

—¿Quieres que salgamos a ver?

Como la ventana de su habitación daba al este, las dos niñas salieron al vestíbulo y se dirigieron a la fachada, que daba al oeste.

El horizonte era una franja de pálida luz, que remataba el extremo del mundo. Sobre aquella franja, como un sombrero de

plumas, se veía un grupo de negras y espesas nubes.

—El sol se ha metido en la cama, también —dijo Holly, con un suspiro.

Ya se volvía, para regresar al dormitorio, cuando Sue la agarró de súbito por el brazo, exclamando:

—¡Mira! ¡Estoy viendo un «esquetelo»!

—¿Qué?

—Allí —dijo Sue, señalando la casa grande.

—No veo nada —replicó Holly.

—Es que ya se ha ido.

Holly miró de nuevo, para cerciorarse. Y entonces, a la luz de la luna, distinguió algo que le dejó sin aliento.

Tras un saliente iban asomando, lentamente, las copas de dos sombreros puntiagudos.

—¡Gnomos! —gritó Holly, echando a correr.

—¡Gnomos! —chilló Sue con su vocecilla estridente.

Se oyó movimiento en el cuarto de los chicos, que se levantaron a toda prisa. Unos segundos más tarde aparecían en las escaleras. Al mismo tiempo, salieron de su dormitorio las dos niñas mayores.

Holly explicó, entrecortadamente, lo que había visto.

—¿Estás segura? —preguntó Pam, y corrió tras los muchachos, a la puerta de salida.

—¡Segura! ¡Estoy segura!

—¡Y yo he visto un «esquetelo»! —informó Sue, estremecida.

Descalzos, Olaf y Pete corrieron por el caminillo.

—¡Hay alguien ahí! —exclamó Pete, viendo una alta y oscura silueta que se deslizaba por la esquina de la casa.

¡Detrás iba otro hombre!

Olaf gritó algo en lengua islandesa.

Se encendieron luces en la casa grande y los intrusos se fundieron en las sombras.

MENSAJES CON ALFILER



El señor Sveinsson y el señor Hollister salieron a toda prisa de la casa grande, provistos de linternas.

—Holly, llévate dentro a Sue —pidió el señor Hollister, uniéndose a los demás en la búsqueda de los intrusos.

Mientras las niñas desaparecían en el interior de la casa, los otros prosiguieron la búsqueda, separándose en abanico para abarcar una amplia área. Pero no lograron descubrir a nadie.

—De nada valdría seguir buscando —dijo, al fin, el señor Sveinsson—. No daremos nunca con esos hombres.

Los niños siguieron al dueño de la casa hasta el teléfono. El padre de Helga puso al corriente de lo ocurrido a la policía. También preguntó al sargento de guardia si había vuelto alguien a la cabaña misteriosa.

No. Nadie había ido, pero sí se vio a un hombre observando el lugar desde lejos, con prismáticos.



—Entonces, los ladrones saben que hemos recobrado el planeador —dedujo Pete—. ¡Ahora no pueden volver a su escondite!

Pam seguía sintiendo curiosidad por lo que Sue había llamado un «esquetelo».

—Es una cosa con rayas —explicó la pequeñita—. Como la que vi en el museo.

Holly propuso ir al museo al día siguiente. Tal vez, así, conseguirían una buena pista.

La señora Sveinsson prometió llevarles, pero pidió que, de momento, todos volvieran a la cama.

—Y cerrad la puerta con llave, por si acaso —añadió.

A la mañana siguiente, los niños despertaron temprano. Al salir al brillante sol, los duendes nocturnos quedaron olvidados. Helga propuso un juego para entretenerse, antes del desayuno.

—Hay un «varda» en el camino de nuestros campos. Podemos jugar a que somos viajeros y nos dejamos notas unos a otros.

Olaf fue a dar de comer a los caballos. Pete le acompañó y Sue fue tras los dos chicos. Los otros formaron dos grupos. Helga y

Holly iban por un lado y Pam y Ricky por el otro.

—¿Ves el «varda»? —preguntó Helga a Pam.

Pam se llevó una mano a la frente, para protegerse los ojos del sol, y miró hacia la parte posterior de la granja.

—¡Ah, sí! Allí lo veo.

—Bien. ¿Lo ves tú, Holly?

—Sí —replicó la niña, sacudiendo las trenzas.

—Entonces, llévame allí y dejaremos una nota —pidió Helga.

Ella y Holly, enlazadas de la mano, cruzaron el campo, pareció transcurrir un siglo, antes de que regresaran, y Ricky ya estaba rezongando sobre lo mucho que se retrasaba el juego.

—Dales tiempo, hombre —aconsejó Pam, conciliadora—. No hay ninguna prisa.

—Pero es que no entiendo por qué tardan tanto.

Antes de que Pam tuviera posibilidad de responder, llegaron las dos niñas corriendo. Tenían un secreto, pero no iban a decirlo.

Inmediatamente salieron Pam y Ricky. Las altas hierbas y los tallos de margaritas les rozaban las rodillas, mientras los dos corrían por los perfumados campos.

Por fin llegaron al «varda». Ricky empezó a levantar las piedras de encima.

—Pero ¿dónde estará esa nota? —exclamó, impaciente.

Pam se arrodilló en el suelo, para examinar las capas de piedras más cercanas al suelo. Inclinando mucho la cabeza, distinguió algo blanco, muy hundido en el interior.

—¡Aquí está!

Las manos de Ricky eran más pequeñas que las de Pam y fue él quien pudo sacar un trocito de cartulina. En seguida miró la cartulina por una cara y por la otra.

—No hay nada. ¡Nos han gastado una broma!

—Déjame ver —pidió Pam.

La niña revisó la cartulina con atención y no tardó en descubrir unos minúsculos agujeros.

—¡Ricky, está escrito en Braille!

—¿Qué dice?

Pam deletreó el mensaje.

—«Ricky y Pam, muy inteligentes, por encontrar la nota tan

rápidamente».

Una vez más, Ricky sintió gran admiración por Helga.

—¡Canastos! Helga hasta sabe escribir versos en Braille. Es una chica listísima.

Los dos hermanos volvieron a colocar las piedras y corrieron a la casa, donde ya les esperaba el desayuno. Al sentarse a la mesa, Pam dijo:

—Hemos encontrado tu nota, Helga. Has tenido una buena idea. Nosotros no hemos dejado nada, porque no llevábamos alfiler.

—Pues deberías llevar siempre uno —dijo Helga, con burlona seriedad, mientras se llevaba a la boca una cucharada de papilla.

Al terminar el desayuno, los niños se acomodaron en la furgoneta, como saltarines arenques islandeses, y pronto se encontraron a la puerta del Museo Nacional.

—A ver si nos enseñas ese «esquetelo», Sue —pidió Pam, tomando a su hermana de la mano para subir las escaleras de piedra.

La pequeñita condujo al grupo a una gran sala llena de reliquias antiguas.

—Aquí es donde está el «esquetelo».

—¡Huy! Este sitio es tenebroso —dijo Holly.

Acababan de detenerse ante el esqueleto de un islandés prehistórico, colocado en la misma postura inclinada en que fue hallado muchos años atrás. Con él había cuentas de collar y pedazos de viejas vasijas.

—¡Un esqueleto! —exclamó Pam—. ¿Y esto es lo que viste rondando alrededor de la casa, Sue?

Sue dijo que sí con la cabeza.

Pete y Olaf que se habían quedado algo rezagados, se miraron, interrogadoramente. ¡Quizá los merodeadores intentaban asustar a alguien!

—Pues nosotros no creemos en fantasmas —declaró Pete.

—Bueno… Hay personas que creen —dijo Olaf—. Hay islandeses, por ejemplo, que tienen ESP. Ya sabes: Percepción extra sensorial. Y no lo llames superstición.

—Está bien. No te ofendas, Olaf.

El celador del museo, un señor bajo y bien vestido, de cabello

gris y ojos azul pálido, pasaba cerca. Al ver al grupo de los Hollister, reunido ante una determinada muestra, se acercó a preguntar si tenían un interés particular en algo.

Pam no le habló del misterio, pero sí dijo lo suficiente para que el celador se diera cuenta de que los americanos eran detectives.

—¡Caramba! Pues tal vez vosotros podáis ayudarnos —dijo, sonriendo—. Hay muchas cosas antiguas que siguen ocultas. Sabemos de un tesoro, en particular, que estamos buscando.

—¿Qué es? —preguntó Pete, aproximándose.

—Una bolsa de monedas antiguas, algunas del Imperio Romano.

El celador prosiguió explicando que un pergamino, descubierto recientemente, decía que las monedas habían sido escondidas por un caudillo, en un «varda» cercano a Reykjavik.

—Hemos estado buscando en todos los «vordur» cercanos. A lo mejor vosotros queréis ayudamos.

—Claro que sí —contestó Pam—. ¿No se esconderían esas monedas en un hueso?

—No. El pergamino dice que las monedas se guardaron en una bolsa hecha de cadenas de plata.

—¡Canastos! Hay que empezar a buscar ahora mismo —dijo Ricky, corriendo a la salida.

Los demás le siguieron, sin olvidar despedirse antes del simpático celador.

Mientras iban entrando en el vehículo, la señora Hollister comentó:

—¿No os parece preferible atacar un problema después del otro?

Pete movió de un lado a otro la cabeza y con una afable sonrisa, dijo:

—Cuantos más, mejor, mamá.

Llegaron a casa poco antes de la hora de comer. La señora Sveinsson dijo que había planeado un viaje a cierta platería de la ciudad, para aquella tarde.

—Allí me están haciendo un broche de filigrana.

Las niñas pidieron que se les dejase ir, pero los chicos prefirieron dedicar la tarde a buscar el «varda».

Con unos cuantos bocadillos en las alforjas, se pusieron en camino, montados a caballo.

Las niñas comieron en casa y luego, en coche, marcharon a la ciudad. La señora Sveinsson aparcó el coche en Adalstraeti, y condujo a sus acompañantes, a pie, hasta un pequeño establecimiento de orfebrería.

El propietario, un hombre fornido, que llevaba gafas sin montura, saludó cordialmente, en islandés, a la madre de Helga. Pero, después de oír a la señora Hollister hablar en inglés, también él habló en inglés.

—El trabajo de su broche sigue progresando, señora Sveinsson. Siéntese y se lo mostraré.

Las dos señoras y Helga se sentaron en unas banquetas bajas ante un mostrador de cristal. Pam y Sue contemplaron, por encima de los hombros de las mujeres el broche a medio acabar, que el platero había colocado sobre un terciopelo negro.

—Es lindísimo —afirmó la señora Hollister.

Mientras las demás charlaban con el platero, Holly se dedicó a husmear por el establecimiento.

Al fondo, una portezuela daba acceso a un par de escalones que bajaban a un pequeño taller. La niña asomó la cabeza y vio a dos hombres sentados ante un banco. Uno era de estatura corriente. El otro era un enano.

De pronto, llegaron hasta la tienda unas notas musicales. Holly se volvió a la puerta principal.

Por la parte baja de la ciudad se veía avanzar una banda de música, dirigida por un tambor mayor. Tras él se alineaban hombres uniformados en rojo y azul, que soplaban sus instrumentos de viento, mientras desfilaban marcando el paso.

¡BUMM! ¡BUM! Era el tambor mayor el que sonaba.



A Holly le gustaba oír las bandas de música. También a Sue y a Pam, y todas salieron a la calle. Cuando el desfile hubo pasado, un grupo de chiquillos marchó tras él.

Holly se unió a ellos, y con ellos dio la vuelta en una esquina y llegó a la plaza, ante el edificio del Parlamento Islandés.

Allí se detuvo el desfile y los músicos se situaron en la plataforma que les estaba destinada. Holly estaba tan emocionada que sacó la pelotita de goma y empezó a hacerla bailar. De pronto, el cordón elástico se rompió y la pelota rodó bajo el tablado de la orquesta.

«¡Oh! ¿Qué haré ahora?», pensó Holly.

A lo mejor Pam podía ayudarla. Holly volvió la cabeza, buscando a Pam, pero no la vio entre el gentío.

«Tendré que buscarla yo sola», se dijo, resueltamente, Holly. Y se arrastró bajo la plataforma.

Rápidamente recuperó la pelotita, y estaba a punto de retroceder y salir, cuando vio un gran pie que le cortaba el paso.

Holly sacó con cuidado la cabecita y… ¡Se encontró con la cara de un policía que la estaba observando!

EL FANTASMA DEL REFUGIO DE INVIERNO



Mientras Holly miraba con angustia al policía, sus hermanos y Olaf se encontraban buscando algún viejo «varda».

—Tendremos que buscar uno que sea verdaderamente antiguo —dijo Olaf.

—Y eso ¿cómo se puede saber? —preguntó Ricky.

Olaf explicó que deberían recorrer caminos en desuso, sendas casi olvidadas.

—Ese «varda» de las monedas seguramente es alguno muy gastado por el tiempo y con las piedras desmoronadas.

Un viejo sendero llevó a los chicos al pie de una montaña. Todavía se podía ver blanca nieve en los intersticios de la piedra.

—En invierno nos divertimos de lo lindo esquiando por aquí —dijo Olaf.

Pete y Ricky miraron a lo lejos. Les faltaba un buen trecho para llegar a la cumbre. A su espalda se extendía una región desolada y yerma, alejada del mar.



Pete examinó un «varda». Sacó gran cantidad de piedras grisáceas, pero no encontró nada. Olaf y Ricky no tuvieron mejor suerte que Pete en su búsqueda.

Hacia el mediodía encontraron un lugar en donde sentarse y descansar la espalda, y sacaron los bocadillos.

Ricky se desperezó, después de comer, y comentó:

—Lo menos se tardará dos años en buscar todos los «vordur» en Islandia.

Advirtiendo el tono de desencanto de su voz, Olaf le dijo:

—Alégrate, Ricky. A lo mejor encontramos algún «huldefolk» que nos ayude.

Ricky recordó haber oído a Helga hablar de las personitas ocultas.

—¿Cómo son esas personas? —preguntó.

—Llevan vestidos de muchos colores —repuso Olaf—, y tienen la cara blanca y dulce.

El pelirrojo miró en torno suyo, muy inquieto. Todo estaba silencioso. Nada se movía entre los pedruscos de origen volcánico, que tan raras y variadas formas tenían. Viéndolos, uno podía imaginar que eran cualquier clase de cosa.

Uno de los pedruscos parecía mantenerse en equilibrio, por pura casualidad, y estar a punto de salir rodando.

—Es muy curioso lo que ocurre con los gnomos —prosiguió Olaf, mascando el último bocado de su comida—. No se dejan ver a la luz del día.

—¿Por qué no? —preguntó Pete.

—Porque se convertirían en piedras.

Olaf empezó a contar la historia de una anciana, duende, que corría a su casa, cargada con un gran pez al hombro.

—Era casi de día. Tenía que darse mucha prisa o…

—¿Consiguió llegar? —preguntó Ricky, anhelante.

—No —respondió Olaf, quitándose una miguita de la barbilla—. Se hizo de día antes de que ella hubiera llegado a casa, y la pobre quedó convertida en piedra. En la actualidad, los visitantes pueden contemplar a la vieja duende de piedra, con el pez a la espalda, en la costa nordeste.

Ricky se estremeció.

—Bueno. No nos cuentes más cosas misteriosas, ¿quieres? —pidió el pecoso.

Pete hizo un guiño a Olaf al preguntarle:

—¿Qué opinas del esqueleto que Sue asegura haber visto?

—Pues… No sé. Hace unos cincuenta años, un esquiador desapareció por una grieta, allí.

Olaf señaló y sus compañeros levantaron la vista hacia la falda de la montaña.

—Hay un refugio para esquiadores al otro lado de aquella loma —continuó Olaf— y la gente dice que el fantasma acude allí y que sus huesos repican en el refugio. A lo mejor se le ocurrió dar un paseo hasta nuestra casa…

Ricky tragó saliva. Pete le palmeó la espalda, preguntando:

—¿Qué pasa, Ricky? ¿No irás a decir que crees en esas historias?

El pecoso, con gran esfuerzo, logró sonreír.

—Claro que no.

Pero se puso en pie y miró a su alrededor, receloso.

—Me gustaría ver el refugio —dijo Pete—. ¿Está lejos de aquí?

—No muy lejos. Pero se encuentra cerrado, ahora. Y una parte del camino tendríamos que hacerla a pie.

—Estupendo. Y quizá encontremos el «varda» del tesoro durante el camino. ¿Vienes, Ricky?

—¡Sí, sí!

Los caballitos llevaron a los chicos un trecho más. Luego, el camino resultó demasiado empinado para los animales.

—Aquí tendremos que dejar trabados a los caballos —dijo Olaf, buscando una roca adecuada para atar a los animales, que se dejaron amarrar con toda calma.

Una de las bestias, que parecía estar siempre riendo, volvió la testuz y quedó contemplando cómo los tres compañeros iniciaban el ascenso por la ladera empinada y rocosa.

El camino estaba muy desdibujado porque, como dijo Olaf, casi nadie se aventuraba a subir por él durante el verano.

Al cabo de unos minutos, Ricky se detuvo para recobrar aliento. Tímidamente, preguntó:

—¿Creéis que podremos oír arrastrarse los huesos del fantasma?

—Cualquiera sabe —replicó, ambiguamente, Olaf.

Los excursionistas tenían que inclinarse mucho para no perder el equilibrio. A veces se desprendía alguna piedra, que rodaba cuesta abajo con estrépito.

Pete se irguió, para descansar un momento, y paseó la vista por la loma de arriba.

¡Allí había una oscura figura que les observaba!

Pete agarró a Olaf por un brazo y le señaló el peligro.

El muchachito islandés, sin embargo, lo tomó a risa.

—No es más que una roca de forma fantasmal.

—¿Falta mucho, todavía, para llegar al refugio? —preguntó Ricky.

—Sólo hay que dar la vuelta por ese barranco. Por allí ya se ve un borde del tejado.

—Menos mal.

El pelirrojo reanudó la marcha animosamente, pero, de repente, se fijó en algo. Era un resplandor, procedente de detrás de un

peñasco, a menos de cien metros de distancia.

—¡Hay un gnomo! —gritó—. ¡Se ha escondido detrás de aquella roca!

Sin embargo, cuando los dos mayores le interrogaron, tuvo que admitir que lo que había visto había sido tan solo un resplandor.

—Podía ser alguien que nos estuviera observando con prismáticos —calculó Pete.

Olaf concordó con Pete.

—Vamos a averiguarlo —dijo el islandés.

Los tres avanzaron en dirección al peñasco.

—Es muy raro. ¿Por qué nos estaría observando? —preguntó Pete a su amigo.

—A lo mejor, para asustamos y hacernos huir.

—Pero ¿por qué?

Olaf no contestó. Estaba mirando al suelo, en el punto en que se veía un trocito de papel color naranja, semioculto por unas piedras.

El islandés se inclinó para recogerlo. Estaba seco y nada arrugado, lo que quería decir que había sido arrojado hacía poco.

—¿Qué es? —preguntó Pete.

—Un billete de autobús. De Reflavik a Reykjavik.

Ricky, que se había adelantado a los otros, oyó el silbido de Pete, volvió la cabeza y vio que le indicaban que retrocediera.

—Hay que tener mucha precaución —dijo Olaf—. Estoy convencido de que hay alguien allí.

—A lo mejor está buscando el «varda» antiguo —opinó Ricky.

—Exacto. Y no podemos correr riesgos.

Caminando con cuidado, para no mover las piedrecillas sueltas, los tres reptaron hacia el peñasco. Llegaron allí, pero casi no se atrevían a mirar al otro lado. Escucharon unos instantes y…, ¡oyeron algo!



¡Tap, tap, tap!

Un escalofrío de terror recorrió a Ricky, que levantó las cejas hasta tocar con ellas el alborotado y rojizo cabello. Sin poder dominarse, se aferró con fuerza a Pete.

¡Tap, tap, tap!

¡Otra vez el ruido!

—¡Es… es el fa-fa-fantasma del refugio de invierno! —balbució Ricky—. ¡Está arrastrando sus huesos!

—¡Un momento! ¡No te pongas…!

Pero Ricky ya había dado media vuelta y marchaba colina abajo, tan de prisa como podía, tropezando, resbalando, deslizándose de cualquier manera, en un frenético esfuerzo por llegar a los caballos.

Iba de prisa ¡Cada vez más de prisa! ¡Hasta que fue incapaz de detenerse!

—¡Vamos a detenerle, antes de que se haga daño! —gritó Pete.

Olaf miró por encima del peñasco. Al igual que Pete, deseaba seguir investigando. ¡Pero Ricky estaba en peligro!

Juntos, los dos mayores corrieron ladera abajo, llamando a

voces al asustado pecoso.

—¡Tranquilízate, Ricky! ¡Ya bajamos! —gritaba Pete.

Después de dar alcance al pequeño, los tres anduvieron unos pasos y fueron a situarse tras un paredón de rocas y pedruscos.

Abajo se encontraba el lugar en que habían dejado los caballos.

Al momento, todos se detuvieron en seco, mirando abajo con incredulidad.

¡Los caballitos habían desaparecido!

HELICÓPTERO OPORTUNO



—¡Alguien ha robado nuestras monturas! —exclamó Pete.

—¡Canastos! ¡Estamos frescos! —se lamentó el pecoso.

Olaf, procurando conservar la sangre fría, dijo:

—Pensemos en lo que podemos hacer.

En voz baja hablaron de la situación. Por lo visto, alguien les espiaba. La persona oculta tras el peñasco debía de tener un cómplice al pie de la montaña, observando a cualquiera que pudiese llegar.

—Pero ¿por qué se portarán así? —preguntó Ricky.

—Porque tienen algo que ocultar —razonó Olaf.

Varias suposiciones se hicieron sobre qué podía ser lo que ocultaran. ¿Algo robado? ¿Algún lugar que les servía de escondite?

Pete opinó que el resplandor que Ricky había visto podía haber sido producido por un espejo, utilizado para hacer señales a alguien que estuviera al pie de la colina.

—Yo creo que se han llevado nuestros caballos para quitarnos las ganas de volver —opinó Pete.

Olaf consultó su reloj y frunció las cejas.

—Nos llevaría mucho tiempo llegar a casa, aunque fuéramos

todo el rato corriendo.

—Pues no podemos hacer otra cosa más que ir andando. En marcha, amigos —dijo Pete.

Decidieron caminar de prisa, pero no correr, para conservar las energías. Mientras escudriñaban la distante loma, observaron en el cielo un puntito negro que, progresivamente, fue agrandándose. Luego, el silencio reinante se vio roto por el zumbido de un motor.

—¡Es el hombre del helicóptero! —exclamó Ricky.

Los tres chicos, de común acuerdo, empezaron a dar saltos y a sacudir los brazos, con la esperanza de llamar la atención del piloto.

El helicóptero descendió en picado, paralelo a la ladera, como una vagoneta de las montañas rusas. Planeó luego durante unos segundos, y acabó por posarse en tierra, cerca de los muchachos.

El piloto salió del aparato, retiró hacia atrás las gafas, y desató la correa de su casco.

—¿Qué andáis haciendo por aquí? —preguntó.

—Alguien ha robado nuestros caballos y tenemos que volver andando a casa —explicó Olaf.

El señor Kristinsson se rascó la cabeza.

—¡Ajá! ¿Con que era eso? He visto a un hombre a caballo, que conducía tres jacas y me pregunté qué querría hacer con los animales.

—¿Podría usted perseguirle y detenerle? —pidió Pete.

—Podría, pero… ¿quién os devolvería los caballos?

Ricky, que se sentía un poco avergonzado por haber corrido al oír el ruido misterioso, abombó el pecho y dijo, valerosamente:

—Yo podría montar con usted, señor Kristinsson. No me da miedo. Así yo me encargaría de traer los caballos.

Olaf y Pete miraron a Ricky con asombro.

—¿Acaso quieres ir sentado en mis rodillas? —dijo el piloto, riendo. Pero en seguida se puso serio y añadió—: Puede ser una buena idea. ¿Cuánto pesas?

—Veinticinco kilos. Y también tengo músculos.



Y Ricky dobló un brazo para mostrar sus bíceps. El señor Kristinsson palpó el brazo del pequeño.

—Muy bien. Valor y músculos constituyen una buena combinación.

Se decidió que Ricky iría sentado en las piernas del piloto. Los dos juntos no sobrepasaban el peso límite. El cinturón de seguridad era bastante largo para abarcar a los dos. De modo que harían un vuelo juntos, buscando al ladrón de los caballos.

—Nosotros seguiremos andando —dijo Pete—. ¡Zambomba, lo que daría yo por poder efectuar un paseo como éste!

Los dos muchachos mayores observaron como el señor Kristinsson se instalaba en su asiento y Ricky se aposentaba encima.

—Mira; tengo un par de gafas de repuesto —dijo el piloto, poniéndoselas a Ricky.

Luego se puso en marcha el motor y el rotor entró en funcionamiento, levantando una polvareda y sacudiendo las briznas

de hierba.

Ricky tuvo una sensación de enorme vacío en la boca del estómago cuando el helicóptero se levantó del suelo, zumbando para alejarse a toda velocidad.

Las negras rocas volcánicas y los trechos de hierba pasaban como una exhalación ante su vista, mientras el aparato marchaba, zumbando, en la dirección tomada por el ladrón de los caballos.

El pequeño abrió la boca, para hacer una pregunta, pero el fuerte viento le cortó la respiración. El corazón le latía tan fuertemente como zumbaba el rotor. Sentía un extraño cosquilleo en los dedos.

Al cabo de pocos minutos, la mano del señor Kristinsson le tocaba el hombro, y señalaba al frente. A lo lejos, semejantes a juguetes vivientes, se veía a un hombre que conducía tres caballos.

Pronto el helicóptero estuvo planeando por encima del ladrón; luego descendió rápidamente.

El jinete miró hacia arriba asustado. Ricky le reconoció al momento. ¡Era el mismo hombre que había visto en Shoreham y en Keflavik!

El helicóptero descendió casi directamente encima del ladrón, y éste dejó caer el ronzal con que tiraba de los animales, inclinó la cabeza, espoleó al caballo y galopó tan rápidamente como pudo.

El señor Kristinsson le persiguió durante un minuto; luego describió un círculo y fue tras los caballos. De momento, los animales habían retrocedido, pero luego quedaron inmóviles, formando un asustado grupo.

El helicóptero tomó tierra lo bastante lejos para no asustarles más y hacer huir a los animales.

Cuando bajó del aparato, a Ricky le temblaban un poco las piernas. Respiró profundamente y, sonriendo al piloto, exclamó:

—¡Carambita! ¡Qué paseo tan bueno!

—¿Estás bien? —preguntó el señor Kristinsson.

—Claro. Pero ¡yo he visto antes a ese hombre!

Ricky contó lo que sabía del ladrón de los caballos.

El piloto se asombró mucho al enterarse.

—Parece como si ese hombre la hubiera tomado contra vosotros, los Hollister. Bien. Lo mejor será que, ahora, tú regreses con los

caballos junto a los muchachos.

Ataron a los animales uno tras otro, y Ricky montó en el de delante.

—Por cierto —añadió, sonriente, el piloto—; podrías quedarte con esas gafas. Te sientan muy bien.

—Gracias —dijo Ricky, risueño.

Hizo dar la vuelta a los caballos y se puso en camino. El helicóptero se elevó por los aires y pronto desapareció de la vista.

El pelirrojo se sentía todo un héroe escandinavo, volviendo de la batalla con el botín de la conquista.

Se había fijado bien en los hitos indicadores durante el ascenso y le fue fácil encontrar el camino. Al poco rato vio a Pete y Olaf que llegaban a su encuentro.

—Aquí están tus caballos —dijo Ricky.

—¡Eres un gran chico!! —contestó Olaf.



Iniciaron el regreso a casa y los dos mayores asaetearon a Ricky

con preguntas, relativas al estupendo viaje en helicóptero.

Habían hecho más de medio camino cuando vieron de nuevo el helicóptero.

Estaba posado en tierra y junto a él se veían dos hombres.

Al aproximarse, los chicos vieron que el piloto vigilaba al otro hombre, que tenía las manos atadas a la espalda.

—¡Le ha detenido! —exclamó Ricky.

Los caballitos cabalgaron.

—¿Cómo lo ha conseguido? ¿Cómo ha conseguido atraparle? —preguntó Pete.

El señor Kristinsson dijo que había estado planeando y zumbando por encima del hombre.

—El caballo acabó asustándose y arrojándole al suelo. Quedó atontado, y yo aproveché eso para atarle. Ya he avisado por radio a la policía. Llegará de un momento a otro.

El detenido estaba muy enfurruñado y masculló algo al ver a los chicos. Pero no quiso contestar a ninguna de sus curiosas preguntas. Por fin el señor Kristinsson dijo:

—Será mejor que os marchéis. Se está haciendo muy tarde.

Reanudaron, pues, la marcha y no tardaron en cruzarse con un «Land Rover» en el que iban dos policías, que se acercaba al helicóptero.

—¿Qué será lo que averigüen sobre ese maleante? —comentó Olaf.

Cuando los chicos llegaron a casa, los padres y las niñas acudieron corriendo al establo, para saludarles y averiguar qué les había hecho retrasarse tanto. Todos se sorprendieron mucho al conocer las noticias.

—¡Enhorabuena! —exclamó el señor Sveinsson—. ¿Así que ya ha sido capturado uno de esos malhechores? Confío en que pronto sigan los otros el mismo camino.

—Alguien os está esperando dentro —dijo el señor Hollister.

Los chicos, con tantas sorpresas, ya no sabían qué esperar. Mientras iban desde la cuadra a la casa, Holly les abrumó con su parloteo. Dijo que un policía gigante la había sacado de debajo de un tablado, sólo porque el presidente de Islandia iba a hablar desde allí.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Has visto al presidente?

—Y me ha abrazado.

Ya entraban en la sala, donde un hombre alto, de rostro ancho y grandes manos, les saludó. Le presentaron como el teniente Gunnarsson, de la policía islandesa. El hombre sonrió a los chicos y tomó asiento.

—He venido a que me lo contéis todo, para tratar de montar todas las piezas de este extraño jeroglífico, y ver si encajan.

Miró fijamente los rostros de los niños, uno por uno, y pidió:

—Ahora, empezando desde el principio, contadme exactamente cómo empezó este misterio.

Pam empezó hablando de la carta escrita en Braille por su abuela, pidiéndoles que fuesen a Froston a conocer a Helga.

Luego Holly habló del desconocido que intentó quitarles el modelo de planeador, en Shoreham. El detective escuchaba atentamente, tomando notas del extraño misterio; de lo que estuvo a punto de ser un accidente con el planeador; del duende a un lado de la carretera, en plena noche, camino de casa de la abuelita, del sombrerito encontrado, que parecía pertenecer a un gnomo; del desbarajuste producido en casa de los Peterson, de cómo se cortó la energía eléctrica y el teléfono, y de las extrañas huellas de pisadas.

El teniente Gunnarsson abrió irnos ojos como platos al oír hablar de una pista consistente en un envoltorio de caramelo islandés.

—¡Huuum! Excelente trabajo detectivesco, niños.

Todavía hizo unas preguntas más sobre el robo de los embalajes, los merodeadores y, finalmente, el episodio del refugio de invierno.

—Iré allí mañana para investigar. —Mirando a los chicos mayores, el detective preguntó—. ¿Querréis venir conmigo?

—¡Desde luego! —replicaron, a un tiempo, Olaf y Pete.

—A mí también me gustaría ir —dijo Pam.

Holly, Helga, Ricky y Sue también deseaban ir, pero sus madres pusieron objeciones.

—Demasiados detectives pueden estropear el caldo —dijo, sonriendo, la señora Hollister.

Hacia la diez de la siguiente mañana, llegó el teniente Gunnarsson, con dos «Land Rover» y cuatro policías. Los tres niños se instalaron en los vehículos, que se pusieron en marcha, camino

del misterioso refugio de invierno.

Después de recorrer un largo trecho al pie de varias montañas, cubiertas de pedruscos, los «Land Rover» iniciaron la subida hacia el lugar en el que los chicos dejaran, el día anterior, los caballos. Allí se aparcaron los vehículos y todo el mundo desmontó.



El teniente les llamó para decirles:

—Debemos movernos con sigilo. Puede que los ladrones tengan un refugio permanente aquí.

Pete y Olaf asintieron e iniciaron la marcha, los primeros montaña arriba.

De pronto, Pam prorrumpió en un grito estridente. Los chicos levantaron la cabeza.

¡Un enorme pedrusco redondeado descendía montaña abajo, hacia ellos!

Según bajaba, ganaba velocidad y… ¡El pedrusco se deslizaba en línea recta hacia Pete Hollister!

EL ESPÍA DE THINGVELLIR



Por espacio de un segundo, Pete se quedó mirando fijamente el pedrusco que descendía, saltando veloz, hacia él. Luego, cuando la piedra se desvió ligeramente a la izquierda, el chico se lanzó a tierra, en dirección opuesta, como quien se da una zambullida en el agua.

Afiladas piedras se hundieron en sus piernas y brazos, pero la gran roca siguió su trayectoria, pasando a pocos centímetros de su cuerpo.

Pete se irguió, trémulo, y observó como el pedrusco iba a caer al vacío.

Los otros corrieron a su lado.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó el teniente Gunnarsson, muy preocupado.

—Sólo tengo algún arañazo —replicó Pete—. Pero ¿sabe una cosa? Creo que alguien ha empujado adrede ese pedrusco hacia nosotros.

El detective movió de arriba abajo la cabeza. Estaba de acuerdo con Pete.

El grupo siguió caminando colina arriba. Cuando estaban a unos

quince metros de distancia del refugio de invierno, dos hombres aparecieron en la puerta.

Ambos corrieron a lo largo de una loma pétrea, en dirección a un par de caballos, trabados juntos en un pedrusco de lava.

—¡Deténganse! —gritó el teniente Gunnarsson, pero los hombres no se detuvieron.

Uno de ellos volvió la cabeza y miró por encima del hombro. Luego tropezó y cayó de bruces. Antes de que hubiera podido levantarse, Pete y Olaf se lanzaron, corriendo, y cayeron sobre el hombre.

Después de una fiera lucha, el fugitivo quedó tendido en el suelo. Pete le sujetaba un brazo, y Olaf el otro.

Un policía hizo levantarse al caído y le esposó, mientras los otros salían en persecución del otro hombre.

Pero este último logró llegar al caballo, montar y escapar montaña abajo.

—¡Suban a un «Land Rover»! ¡Deténganle! —rugió el teniente.

Y dos de sus hombres se apresuraron a obedecer.

El sospechoso capturado estaba ceñudo y dirigió a los chicos una mirada encendida, mientras el teniente Gunnarsson le registraba, buscando su documentación.

—Vaya. Ya he oído hablar de él. Tiene malos antecedentes. Es un hombre de cultura. ¡Qué lástima! —dijo el oficial—. Bien. Registraremos la casa.

Los dos policías se quedaron con el detenido y el teniente entró en el refugio montañés con los niños.

—Se ve bien claro que alguien ha estado viviendo aquí —dijo Pam, contemplando el amplio y desnudo vestíbulo.

Quedaban brasas en la chimenea. Había varios botes de conserva vacíos y, sobre la mesa, el resto de una hogaza de pan.

—Lo que yo quisiera saber, es por qué estos hombres se ocultaban aquí —dijo el teniente Gunnarsson—. Yo creo que hay lugares mucho mejores para eso, en la ciudad.

—¿Estarían buscando el «varda» que contiene las monedas de oro? —se le ocurrió decir a Olaf.

—Pero ¿cómo estaban al corriente de eso? Bien. Lo mejor será registrar este lugar, por si hay alguna pista.

Pero, aunque buscaron en cada esquina y recoveco del edificio, nada apareció que pudiera considerarse desusual.

Al cabo de un rato, Pete salió del edificio.

—¿A dónde vas? —le preguntó Pam, yendo tras él.

—Tengo una corazonada —dijo Pete, deteniéndose en el lugar en donde el detenido había tropezado y caído—. Puede que haya dejado caer algo.

Y Pete rebuscó en aquel área con todo interés, levantando cada piedrecilla que veía.

Pam le ayudó. Los dos hermanos buscaban, moviéndose en círculos cada vez más amplios, y mirando el suelo muy de cerca para no perderse el menor detalle que pudiera constituir una prueba.

—¿Qué es esto? —preguntó de pronto, Pam, que acababa de remover con el pie algo marrón, que parecía una hoja de árbol.

—¡Es papel! ¡Algo como pergamino! —dijo Pete.

Los dos hermanos volvieron al refugio de montaña, precisamente cuando volvían los dos policías para notificar que el segundo sospechoso había conseguido huir.

—¡Nosotros hemos encontrado algo! —dijo Pete, entregando la hojita al teniente, que la extendió con cuidado. En ella se veía escrito algo en antiguos caracteres góticos.



—Es muy raro y no puedo leerlo —dijo el oficial—. Es trabajo de un erudito descifrar estos símbolos.

—¿Puedo quedarme con ello? —preguntó Pam.

—Sí. ¿Por qué no? Si nos hiciera falta, ya os lo pediríamos.

Durante aquel rato, Pete había mantenido la vista fija en el detenido, cuyos ojos, según notó, no se separaron ni un instante del pergamino.

«Él sabe lo que es y debe de tratarse de algo muy importante», pensó Pete.

Los oficiales condujeron al hombre colina abajo y los niños les siguieron.

—Lleva a nuestro hombre a jefatura. Le interrogaremos más tarde —ordenó el teniente a uno de sus hombres—. Yo iré a llevar a estos niños a su casa.

Minutos más tarde estaban todos en camino.

—Quisiera saber quién es capaz de entender esa escritura gótica

—murmuró Pete, como hablando consigo mismo.

—Mi madre sabe —dijo Olaf, explicando a continuación que la señora Sveinsson había traducido algunos viejos manuscritos para el Museo Nacional.

—¡Entonces, podrá leer lo que dice este pergamino! —exclamó Pete, ansioso ya por llegar a casa.

Pero ¿y si había un mensaje secreto, oculto en la extraña nota que llevaba en la mano?

Al llegar a la granja de los Sveinsson, los niños dijeron adiós al teniente Gunnarsson y corrieron a la casa. Las señoras hablaban en la sala, donde los más pequeños, sentados en el suelo, jugaban a montar un puzzle.

Pete se hallaba tan excitado que a punto estuvo de caer sobre el juego, cuando corría a mostrar, a la dueña de la casa, el trocito de pergamino.

—¿Puede traducimos lo que dice aquí, señora Sveinsson?

La señora se levantó para ir a un escritorio, de donde sacó una gran lupa. Luego extendió el rollo sobre la mesa.

—Esto es muy antiguo. Mucho. ¿Dónde lo habéis encontrado?

Olaf se lo dijo.

—Se diría que ha estado escondido en un «varda» —comentó la señora Sveinsson.

Pete exclamó, entonces:

—¡Tengo la corazonada de que esos hombres enterraban algo! Apuesto, Olaf, a que el detenido tiró algo antes de que le atrapase la policía.

La señora Sveinsson estudió el mensaje con atención. Pam, a su lado, miraba por encima del hombro de la señora.

—¿Es un mensaje secreto? —preguntó.

—Me parece que es una pequeña rima —replicó la señora, y luego leyó lentamente esta frase:

«La bolsa de plata que no encontráis aquí,
está oculta y a salvo en Thingvellir».

Pam sintió un escalofrío de emoción.

—¡La bolsa de plata de las monedas antiguas! ¡Es una pista de

dónde está escondida! —exclamó Pam.

—Pero ¿dónde está ese «tinterín»? —quiso saber Ricky.

Olaf sonrió:

—¿Quieres decir Thingvellir? Es un lugar famoso. El primer parlamento del mundo, que se llamó «Althing», se reunió allí.

Ricky siguió sin comprender gran cosa y la señora Sveinsson se explicó en términos más sencillos.

—En los tiempos antiguos de Islandia, los caudillos se reunían allí una vez al año. Dictaban leyes y decidían cómo debía protegerse.

—Era como una gran fiesta —añadió Helga—. Cuando los clanes se reunían, se divertían y tenían grandes festines, y hablaban de todo lo sucedido durante el año.

—Pero Thingvellir es un lugar muy grande —observó Olaf—. No será fácil encontrar la bolsa de plata.

—Tengo una idea —dijo Helga—. ¿Podría estar en uno de los lugares donde los caudillos tenían sus tiendas?

Su madre explicó que algunos lugares correspondientes a las tiendas estaban marcados con piedras, pero otros no. Y añadió:

—Pero ¿no os parece que deberíais hablar primero en el museo sobre esto? Quizá ellos se unirían a vosotros en la búsqueda.

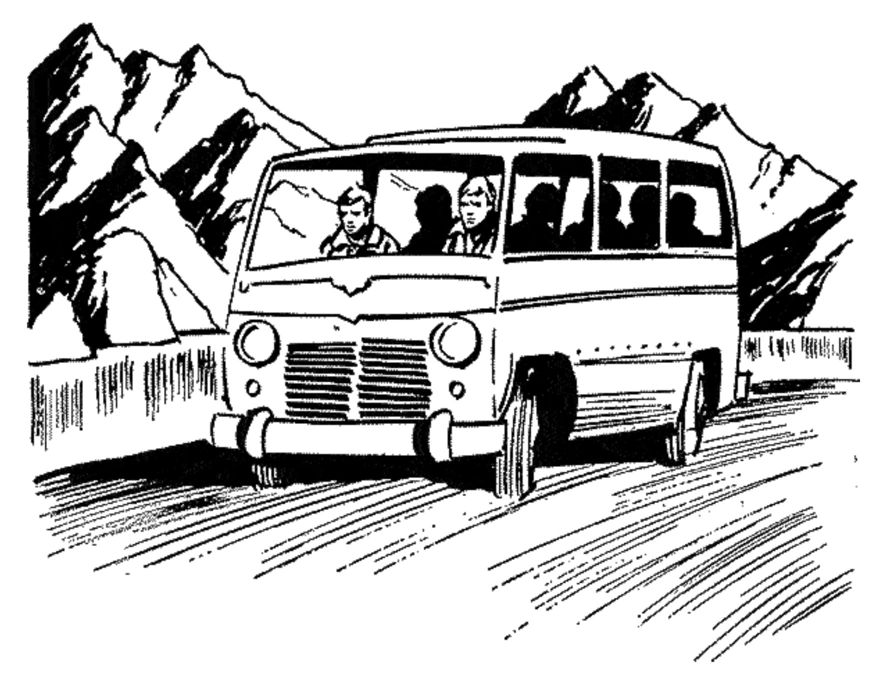
—¡No lo digamos todavía, mamá! —suplicó Helga—. Déjanos un poco más de tiempo para buscarlo sin ayuda. ¡Tenemos que encontrar la bolsa de monedas nosotros solos!

La señora Sveinsson quedó pensativa durante unos momentos.

—Está bien —dijo, al fin—. Os llevaré allí, después de comer.

Transcurrida una hora escasa, la furgoneta volvía a estar ocupada por todos los niños que, emocionados, se dirigían a Thingvellir con sus madres. La carretera corría a través de una llanura yerma, bordeada por segmentos de roca purpúrea.

Al cabo de un rato, la señora Sveinsson condujo hasta un caminillo vecinal y aparcó en vehículo al borde de un acantilado. Todos desmontaron. Abajo se extendía un gran lago, en el que desembocaba un río de rápida corriente. Directamente debajo del acantilado se veía el verde tejado de un restaurante.



—Allí, a la izquierda —indicó la señora Sveinsson— está la ladera de la montaña donde se reunían los caudillos. ¡Id y localizad el tesoro!

Un caminillo desigual y empinado bajaba hasta un barranco rocoso, donde, según explicó Olaf, los antiguos escandinavos dejaban los caballos, mientras ellos celebraban la reunión o «Althing».

—Es un corral natural —observó Pete—. Mirad. Ahora mismo hay un par de jacas allí.

La señora Hollister decidió volver con Sue al vehículo, porque soplaba un vientecillo helado que hizo estremecerse a la pequeñita.

Conectó la radio, pero pronto otra cosa llamó su atención. Una motocicleta frenó allí cerca y fue a detenerse detrás de la furgoneta.

Un hombre con grandes gafas oscuras se acercó al borde del barranco y estuvo observando a los niños que, para entonces, ya habían llegado al trecho en que habían acampado, en épocas remotas, los grandes caudillos.

Helga y Pam se arrodillaron para palpar las piedras. Ricky y Holly iban y venían con la rapidez de ardillas, mirando y rebuscando en todos los resquicios y repliegues del terreno.

El motorista empezó a descender. La señora Hollister hizo sonar el claxon un par de Veces, pero debido al fuerte viento, Pete fue el único que advirtió la señal, que llegó allí muy apagada. El chico miró a su alrededor y vio al hombre que le miraba, pero al momento éste cambió de dirección, como si pensara dirigirse al lago.

Sin embargo, después de un rato, sus ojos volvieron a posarse en él grupo que registraba el lugar.

Pete hizo señas a Olaf.

—¿Pasa algo? —preguntó el islandés.

—Creo que nos están espiando —dijo Pete—. ¿No te resulta familiar ese hombre?

Olaf se volvió en redondo.

—¡Ya lo creo! —siseó, muy nervioso—. ¡Es el que se nos escapó en el refugio de esquí!

—¡Y ahora sabe que estamos enterados del secreto!

—¿Qué haremos?

—Vayamos junto a las chicas. Tengo un plan —afirmó Pete.

Cuando llegaron al lado de Pam y Helga, Pete les habló en voz baja. Las niñas anduvieron un trecho y empezaron a representar el papel que les correspondía.

Helga se arrodilló y palpó un manojo de hierbas. Introdujo la mano por debajo y, de pronto, gritó:

—¡La he encontrado! ¡He encontrado la bolsa de plata!

El hombre reaccionó al instante. De un gran salto llegó a la extensión pedregosa donde se encontraban las niñas, gritando:

—¡Dámela! ¡Es mía!

—¡No! ¡No puede usted quitármela! —repuso Helga, valerosamente, colocándose las manos a la espalda como si, verdaderamente, ocultase algo. ¡Pero no tenía otra cosa más que sus manos vacías!



Como el individuo avanzaba, amenazador, Pete y Olaf entraron en acción. Llegaron corriendo y se abalanzaron sobre el hombre, por la espalda. Los tres cayeron al húmedo suelo, formando una extraña maraña de piernas y brazos.

Pam se apresuró a llamar a la señora Sveinsson. Con un grito, también la madre de Helga se lanzó al ataque.

El pobre espía tenía ahora tantas oportunidades de salvarse como pueda tenerlas de conservarse intacta una bola de nieve, expuesta al sol del mediodía.

Entre la señora Sveinsson y los chicos le dominaron rápidamente. Olaf se quitó el cinturón y otro tanto hizo Pete, para amarrar al hombre de pies y manos.

Cuando el hombre se enteró de que había sido detenido gracias a una farsa, gritó y se contorsionó, desesperado, pero no le valió de nada.

Con las manos a ambos lados de la boca, Olaf gritó, pidiendo ayuda al restaurante. Dos hombres se presentaron al momento. Al

conocer lo ocurrido, dejaron libres los tobillos del detenido, le ataron firmemente las manos y se lo llevaron, colina abajo, para esperar a la policía.

Ya camino de casa, la señora Sveinsson comentó:

—No se ha encontrado la bolsa de plata pero, al menos, hemos atrapado a otro de la banda.

Aquella noche, el hogar de los Sveinsson era un nido de actividad y nerviosismo.

Llegó el teniente Gunnarsson para notificar que el hombre detenido en Thingvellir era un marinero, conocido como poco recomendable.

Dio las gracias a los chicos por su inteligente truco, y sugirió que se hiciese entrega del pergamino al museo.

Los niños estuvieron de acuerdo en dejar para el gobierno el trabajo de buscar el tesoro. Además, la competición de planeadores se celebraba al día siguiente y todos querían presenciarla.

Después que el policía se marchó, se sirvió la cena, y una hora más tarde los niños se iban a acostar. Poco después, la casa para invitados, donde dormían los niños, quedó silenciosa.

Pam permaneció un rato gozando del silencio reinante, antes de conciliar un sueño ligero. Se estuvo moviendo en la cama, inquieta, y de pronto se sentó, completamente despejada. Miró el reloj. Era medianoche. ¿Había oído un ruido o eran imaginaciones suyas?

Salió de la cama y se dirigió a la ventana. Al momento se llevó una mano a los labios, para no prorrumpir en el grito de terror que quería salir de su garganta, ante lo que estaba viendo.

¡Fuera había dos gnomos y un esqueleto!

Uno de los hombrecillos señaló la puerta y luego hizo indicaciones a Pam.

—¡Helga! —gritó Pam con voz temblorosa—. ¡Han venido los duendes!

—¿Qué? —preguntó Helga, saltando de la cama, medio dormida.

Las dos niñas salieron al vestíbulo, llamando a Pete y a Olaf.

Los dos chicos mayores bajaron, veloces, las escaleras, con Ricky pisándole los talones.

Muy excitada, Pam les explicó lo que acababa de suceder.

Después de respirar profundamente, Pete abrió la puerta. En efecto, allí estaban los gnomos. Y esta vez no huyeron… Por el contrario, dijeron, en islandés:

«Viltu gjera svo vel og hleypa mer okkur inn?».

UNA CAPTURA FANTASMAGÓRICA



—¿Quéee? ¿Qué dice? —preguntó Pam a Helga.

—Dice: ¿Tenéis la bondad de dejarme entrar?

—Sí. Quieren entrar —concordó Olaf.

Los niños, atónitos, permanecieron inmóviles en la puerta. Los dos duendes llevaban calzones verdes, chaquetas rojas y sombreros puntiagudos. El tercer visitante llevaba un disfraz de esqueleto, que resultó todavía más tétrico cuando asomó la luna, por detrás de un grupo de nubes.

Ahora los perplejos niños pudieron ver mejor. Y de repente se oyó gritar a Holly:

—¡Pero si no son gnomos ni nada! ¡A éste le conozco! —afirmó, señalando a uno—. Es el enano del taller de platería.

—Os ruego que nos dejéis entrar —pidió el hombrecillo, esta vez en inglés—. Hemos venido para avisaros de algo sobre los ladrones.

Su voz sonaba apremiante y sincera. Olaf les indicó que entrasen y buscó un interruptor eléctrico. Pero los duendes le suplicaron que no encendiese.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Pete—. ¿Qué significa todo esto?

El más diminuto dijo que era Kari, el platero. Los otros eran sus amigos Einar y Rasn.

—Tenemos que darnos prisa, si queremos atrapar al ladrón…

Olaf y Helga hablaron con los enanos en la fluida lengua islandesa.

—¿Qué «dicís»? —preguntó Sue, llena de curiosidad.

—¡Chisst! —siseó Helga—. Venid. Uno detrás de otro. Y os ruego que guardéis silencio.

—Agachaos lo más posible —aconsejó Olaf—. No interesa que nadie nos vea.

Helga se arrastró rápidamente en dirección a la casa grande. La oscuridad no tenía importancia para ella, que se conocía el camino centímetro a centímetro. La seguían Olaf y los Hollister. Los enanos iban detrás.

Helga se encaminó a la puerta trasera de la casa grande. Los otros seguían sus pasos, en silencio. Hacía frío, iban descalzos y Holly notó que iba a estornudar. Pero se apresuró a apretarse la nariz con dos dedos, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás. El estornudo desapareció.

Olaf llevó al grupo hasta la sala, mientras Helga subía las escaleras.

El más absoluto silencio parecía haberse adueñado de Islandia. Si algún ladrón rondaba por la casa, era tan silencioso como las mismas nubes que se deslizaban por encima de la casa.

A los pocos momentos bajaba Helga con el señor Sveinsson y el señor Hollister. Pete miró la esfera luminosa de su reloj de pulsera, eran las doce. Medianoche en punto.



De repente, un rumor dio la alerta todo el mundo. Una oscura silueta estaba trepando por la ventana del comedor. La silueta se detuvo a escuchar, antes de bajar un pie a la alfombra.

Y entonces, algo ocurrió.

Las luces de la casa se encendieron. Y al mismo tiempo el señor Hollister y el señor Sveinsson se abalanzaban sobre el ladrón más asustado del mundo. El rostro del hombre palideció y sus manos se tornaron blandas y trémulas como la jalea.

—¡Me… me rindo! —dijo—. ¡Esos chicos del diablo!…

Ya bajaban las madres, cargadas de mantas para echar por los hombros de sus hijos.

—Ahora, a ver si se nos dan algunas explicaciones —dijo, severo, el señor Sveinsson, mirando a los enanos.

—Lamentamos mucho haberos asustado —dijo Kari a los niños

— y os pedimos disculpas. Todo empezó cuando mis amigos y yo nos trasladamos en avión a Montreal, para pasar las vacaciones. Durante el trayecto, irnos hombres se sentaron detrás de nosotros.

—Pero no se dieron cuenta de nuestra presencia —añadió Einar.

—Estaban planeando un robo —añadió Kari—. Les oímos decir: «Una vez tengamos el invento, lo venderemos por un millón». También mencionaron una colección de piezas de plata de filigrana y hablaron de asaltarles a ustedes en los bosques.

—De modo que acudimos a la policía, tan pronto llegamos a Montreal. Pero se rieron de nosotros.

—Como no podíamos probar nada… —prosiguió Kari—. Y ni siquiera sabíamos dónde estaba ese lugar de los bosques.

—¡Seguro que hablaban de la casa de tío Sig, en Froston! —dijo Olaf.

Einar sacudió la cabeza, al decir:

—Lo cierto es que la policía nos dijo que nos marchásemos y dejásemos para ellos el trabajo de investigación.

—Por eso decidimos capturar a los ladrones por nuestra cuenta —Kari continuó diciendo que habían seguido a los ladrones en el viaje que hicieron a Froston—. Nos hospedamos en el mismo motel y les estuvimos espiando. ¡Cuando anduvieron merodeando por la casa de los Peterson, les dimos un susto y huyeron!

—Y estuvieron a punto de hacernos huir también a nosotros — dijo Pam—. ¿Por qué lo hicieron?

Fue Kari quien contestó, diciendo:

—Esos malhechores andaban cerca y queríamos que vosotros estuvieseis a salvo, en casa, durante la noche. Por eso os asustamos y rebobinamos la cinta de vuestro magnetófono.

—Y entre tanto, esos hombres registraron la casa —recordó Einar, con voz triste.

Pete movió la cabeza, diciendo:

—Ojalá hubiéramos estado en casa aquella noche.

—De todos modos, de allí sacamos una pista —informó Kari—. Oímos decir que, puesto que el botín no se encontraba allí, debían de tenerlo los parientes de Reykjavik.

Holly preguntó:

—¿Y siguieron ustedes a los malos hasta Islandia?

—Sí. Les vigilamos cuanto nos fue posible en nuestro tiempo libre, y averiguamos que su objetivo era la casa de los Sveinsson. Pero no sabíamos cuándo iban a actuar. Por eso hemos estado viniendo aquí todas las noches, vestidos de duende, y les asustábamos.

—Esta noche hemos visto una jaca atada a poca distancia de aquí —dijo Rasn—. De modo que supusimos que, al menos uno de ellos estaba oculto por aquí, dispuesto a registrar la casa.

No deseaban que se encendieran las luces. Por eso acudieron antes que nada a la casa para invitados, con la esperanza de que los niños fuesen más discretos que los mayores.

Holly soltó una risilla y se retorció una de sus trenzas.

—Y lo hemos sido, ¿verdad?

—Tres de esos hombres ya habían sido detenidos —dijo Pete.

—¿Sí? No lo sabíamos —repuso Kari—. Entonces, ya está descubierta toda la banda.

Entonces se vieron brillar unos faros en la carretera y no tardó en llegar el teniente Gunnarsson con otro oficial.

Inmediatamente le presentaron a los enanos y fue puesto al corriente de todo. Luego se volvió al detenido, que quedó asombrado de que la policía conociera su nombre y antecedentes.

—Tus compañeros han hablado —dijo el teniente— y creo que ahora ya tenemos el caso resuelto.

Según explicó el teniente, la banda se había enterado de que el señor Peterson tenía una invención para planeadores, y decidió robarla. Luego, por casualidad, oyeron hablar a los Sveinsson de la bonita colección de filigranas que tenían las dos hermanas.

—Uno de la banda se trasladó a Shoreham, porque el grupo sospechaba que en el modelo enviado por correo iba el invento —prosiguió Gunnarsson—, pero no tuvo suerte. Los otros dos fueron al Canadá.

»Cuando fracasaron, tanto en Shoreham como en el Canadá, se apoderaron de los embalajes con el planeador, pensando que el nuevo invento ya habría sido aplicado al aparato del señor Hollister.

—¡Por eso abrieron uno de los embalajes! —exclamó el señor Hollister.

—Sí. Al no encontrar tampoco allí, el invento, siguieron a los niños, pensando encontrar alguna pista. En el museo se enteraron del secreto del «varda». —El oficial de policía sonrió, al añadir—: Esta banda era muy ambiciosa. Si no hubieran ido a buscar ese «varda» y no se hubieran ocultado en el refugio de invierno, todavía estarían en libertad.

—Lo dudo. Habría sido difícil, estando los Hollister en Islandia —dijo, sonriendo, el señor Sveinsson.

El teniente Gunnarsson se volvió a Kari para decir:



—De todos modos, habría preferido que acudiesen ustedes a nosotros con la información.

—Es que empezaba a gustarnos jugar a los detectives —confesó el enano.

—Por lo visto, es un trabajo que gusta a todos —dijo el teniente,

haciendo un guiño a los niños. Luego se marchó con su detenido.

Al día siguiente, todo era animación y bullicio. En aquella fecha tenía lugar la competición y el tiempo era perfecto para ello.

Grandes cantidades de público se agrupaban en las márgenes de la gran pista verde del aeropuerto, mientras los planeadores, uno tras otro, iban elevándose, silenciosos, hacia el cielo.

Los niños aplaudieron estrepitosamente cuando el planeador del señor Sveinsson ascendió hasta las alturas del cielo azul, y viendo planear al señor Hollister, aplaudieron y gritaron, hasta enroquecer.

La espera se hizo casi interminable pero, al fin, los aparatos regresaron a tierra. Los oficiales se apresuraron a consultar sus cronómetros electrónicos y examinaron el cuadro de instrumentos de todos los planeadores.

Se declaró ganador al señor Sveinsson. Había estado arriba más tiempo que nadie. Pero el señor Hollister también tuvo una mención. Su altímetro demostraba que había volado más alto que los demás.

Los espectadores aplaudieron, mientras se efectuaba el reparto de premios. Hasta los enanos, que habían pedido fiesta en su trabajo, estrecharon la mano a los ganadores.

¡Qué buen humor tenía todo el mundo aquella noche! Los trofeos; unos pequeños aviones montados sobre una esfera de plata, habían sido colocados sobre la repisa de la chimenea y resplandecían a la parpadeante luz de las llamas del hogar.

Sue, tumbada boca abajo en el suelo, con la barbilla apoyada en sus manos regordetas, murmuró:

—En todo el tiempo que he estado en Islandia, no he visto ni siquiera un «monjito».

Sin decir nada, Helga se levantó de su asiento y subió al piso alto. No tardó en volver con un pájaro disecado, montado sobre un trozo de lava.

—Toma, Sue. Tu frailecillo —dijo.


FIN